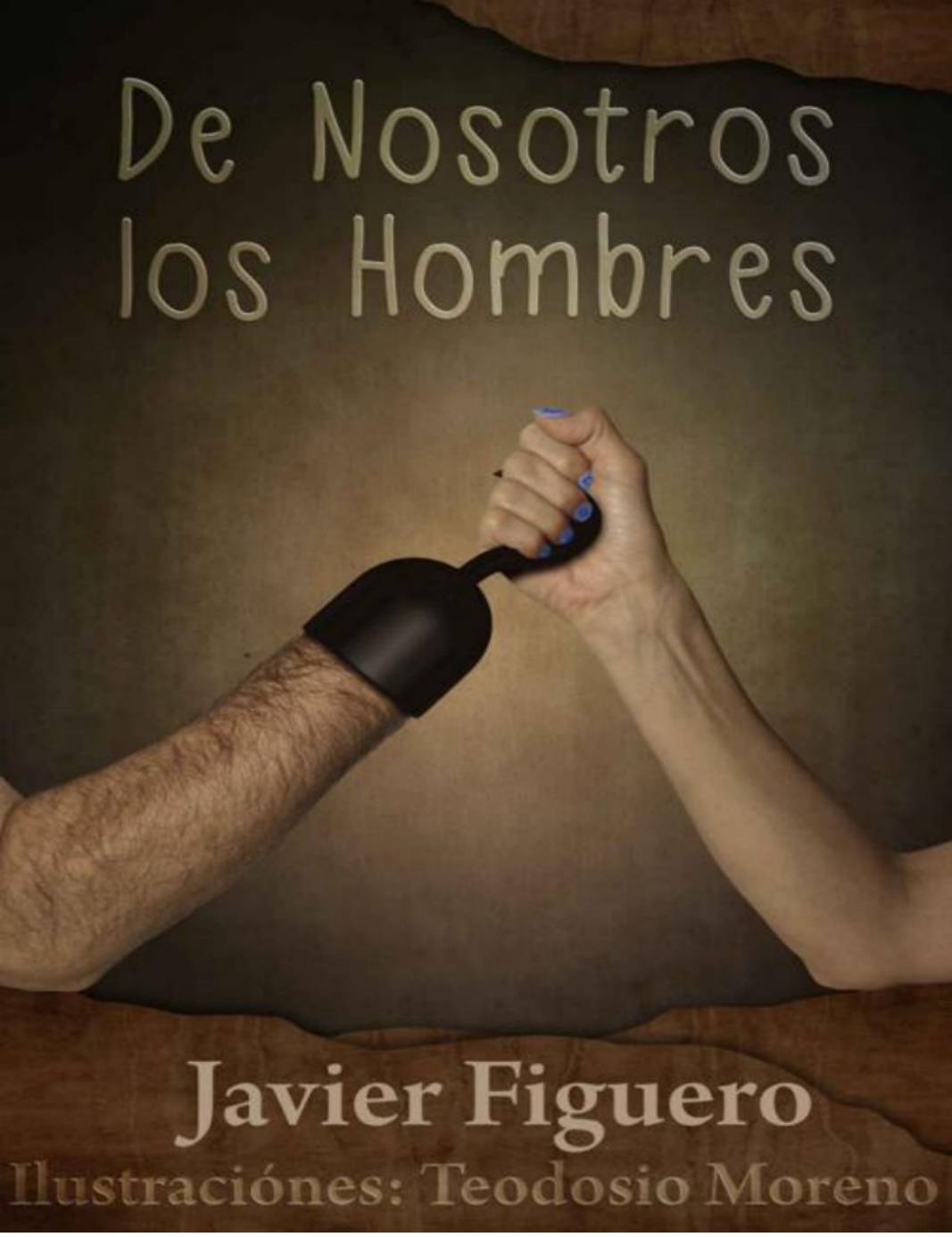
De Nosotros los Hombres



Javier Figuero

Ilustraciónes: Teodosio Moreno

L

icenciado en Ciencias Políticas y Sociológicas por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Ciencias de la Información. Periodista. Ha trabajado en prensa escrita (Pueblo, El País, El Mundo…) y televisión como reportero internacional (Televisión Española). Ha publicado 24 libros entre España y Francia (ensayo, novela, poesía…). Nacido en Valladolid (España), vive en Madrid.

Ha realizado estudios de electrónica en la Escuela de Maestría Industrial de Valladolid. Dibujo lineal en la escuela de Artes y Oficios y ha impartido clases de Fotografía en Madrid. Desde hace una década se ha especializado en tratamiento gráfico por ordenador de forma autodidacta. Primer premio Antonio Corral Castanedo que otorga la Fundación Andres Coello de Valladolid, libro con seudónimo Adan Pucel, escrito por Javier Figuero. <

Javier Figuero

Ilustraciones Teodosio Moreno

De Nosotros los Hombres

Ilustraciones Teodosio Moreno

De Nosotros Los Hombres ISBN: 978-84-608-4550-8

© Javier Figuero
jfiguero@telefonica.net
https://twitter.com/JavierFiguero1
https://www.facebook.com/profile.php?id=100010577591950

© Teodosio Moreno (Diagramación, ilustraciones y cubierta) morenote04@gmail.com
http://teodosiomoreno.blogspot.com.es/
www.facebook.com/teo.moreno.100
https://twitter.com/TeodosioMoreno

Prohibida la reproducción parcial o total sin previa autorización

A mi hermana Mari Carmen. De cuando contar cuentos, era la vida.

Índice

De Nosotros los Hombres 3
Margarita 1
Problemas domésticos 5
Despiste 17
Agenda 19
La Traviata 27
Cobardía 47
Autorretrato 49
Callos a la madrileña 56
Gato 65
Disputas conyugales 67
Higos frescos 72
Sirena 85
Ruleta rusa 87
El pianista 93
Oportunidad 110
Lo que los tres tenemos en común 112
La carta 125
Aniversario 134
Antigüedades 136
Despertar 150
Vocación 152 Estatura 163 Lluvia 165 Despedida 167

Margarita

Aprecia, Margarita, que insistencia la suya, que, otra vez hoy, como si fuera nuevo, volvieron con el tema... Sí, sí, claro está que te hablo de mis buenos amigos... Ya sabes, esos que nos juntamos los viernes al almuerzo para hablar de

mil cosas; darle la vuelta al mundo, del revés al derecho; sacarle punta a todo: Al partido de fútbol del domingo inmediato; las acciones de Bolsa que caerán en picado, nos dicen los expertos, por los males del dólar; de esa chica italiana que aparece desnuda en no sé que revista, tersa como el cogote de un merluza cántabra; el libro de un eslavo con el nombre endiablado que pone en la picota las últimas tendencias del arte y la escritura; los cargos designados en cierto ministerio con tanto despropósito; de locos terrorismos o la crisis del PSOE... Qué sé yo, Margarita: El orbe es un pañuelo que, tal como conoces, metemos en la mano una vez por semana y lo estrujamos juntos con nuestras opiniones. De sobra que lo sabes, pues que nada te oculto...

Estima, Margarita, con la obsesión que andan esos grandes canallas que llamo “mis amigos”, que una vez más, como si nunca antes, suscitaron el tema en medio del encuentro, ¡aguántate el descaro!.. Pero no por el vino que nos obsequia el maitre, de la mejor cosecha que queda de rioja en las grandes bodegas y que amansa la fuerza de esas bravas viandas con las que compartimos el goce de estos ratos. No, no por atrevimiento que nace de los whiskys o licores de pera que alargan las disputas y también los acuerdos. No es por razón de euforia que asciende con los humos de los grandes vegueros en que

algunos se ocupan o rubios cigarrillos, que es cosa más común, o por algún porrete en que andan los menos todavía en la vida. Te lo juro que no, no se trataba de eso. Aunque tu bien lo sabes, que nada que me ocurra te es ajeno de veras y antes haría mutis de mis propias creencias que ocultarte a ti el roce siquiera de una sombra de mirlo que se cruzó a lo lejos, mientras yo caminaba.

Fíjate, Margarita, en la tremenda intriga que parecen sumidos aquellos grandullones que tengo por amigos, que, cual si fue

Margarita 9

ran niños de afanes caprichosos y cortos recorridos, al igual que otros días en que nos reunimos, sobraron tiempo y ganas para dar con el tema. Y es obvio que te hablo de claros hombretones que caminan la tierra con colmillos de lobo tras tantas experiencias de los mismos colores que quepan en los cuadros del pintor más cromático o en el propio arco iris. Notorio es que te aludo a varones muy serios, fuertes como castillos, cuyas muescas de amores se cuentan de infinitos, a machos de una pieza que pasaron por todo y todo lo agotaron: Pasiones, sombras, luces, querencias, odios, luchas y, de lances galantes, para qué entretenerme... ¡Bastante los conoces!.. Bastante, pues te he hablado de ellos como de cada uno que es alguien para mí,

como de cada cosa que me haya sucedido, como te hablaré siempre de cuanto me suceda. Ya lo sabes, amor.

Advierte, Margarita, cual debe ser su asombro. Ellos que consiguieron mujeres exquisitas que envidiaron las gentes que moran nuestro entorno. Tan bellas, tan esbeltas, tan cultas, tan formadas, tan ricas, tan vividas.... Pero no como tú. Y ahora me ven contigo.

Lo sé bien, Margarita, sé lo que están pensando. Este tío asqueroso... bajito, tuerto, manco, tartaja, sin un euro... Y ella que es, sin embargo, la más bella del mundo, el cuerpo más perfecto que se haya dado en ver, la gran inteligencia de los tiempos presentes, la fortuna más grande que registran los censos de las grandes fortunas que existen en la tierra, la nobleza más pura de que hablan los gold gothas, el ejemplo más culto que cupiese elegir. Y que, por si aún es poco, encima cose y plancha y sabe cocinar, quitar caca a los niños o limpiarles los mocos, manejar la fregona y sacar, si es preciso, la raya al pantalón. Ella que es una diosa, un ser ultraterreno, un arcángel con sexo y hembra por demás... Lo sé bien, Margarita, sé lo que están pensando y comprendo su envidia, su intriga, su ansiedad...

Escucha, Margarita, mira si les comprendo, si asimilo su urgencia, si entiendo su pesar que les he contestado, al fin, a sus preguntas. Qué quieres, lo que oyes. No me ando con tapujos, ya sabes como soy.

Les dije que aquel día de nuestro impar encuentro tu no me hacías caso, y todos comprendieron partiéndose de risa. Ya ven que soy bajito, y también tuerto y manco, además de tartaja, y que estoy sin un euro. Lo saben de memoria, no lo puedo ocultar, y rieron de veras.

Mas entonces les dije que te salí al encuentro y que al mirar tus ojos te confesé sincero:

-- Margarita, te voy a contar un cuento.

Y que entonces me amaste.

Problemas domésticos

I. La Ida

Era una ventosa y anodina tarde de primeros de agosto, esa época sin carácter en que todavía no ha empezado la Liga Nacional de Fútbol y las cadenas de televisión languidecen a su espera, ese tiempo cruel en que se han consumido las

vacaciones veraniegas y la gente hace planes para adaptarse a la rutina laboral. En fin, que, hablando de planes, Santiago Hervás creía para entonces tener el suyo perfectamente resuelto.

Aun así, antes de salir de casa, nuestro hombre juzgó conveniente proceder a un repaso puntual de las distintas fases del empeño y calculó que contaba con unos cuarenta minutos para desarrollarlo. A partir de ahora sería decisivo estar en el momento oportuno en el lugar apropiado, pues suscitar sospechas por conducta ansiosa o precipitada podría resultarle fatal. Decidido a conjurar la amenaza, acomodó las manecillas de su reloj con el indicativo facilitado por el servicio telefónico de información horaria y pasó a ocuparse de otras cosas con inmejorable ánimo. Se le agrió sin apenas solución de continuidad: Para desplegar el mapa en que días antes marcó el itinerario, tendría que disputar el mismísimo suelo de su cuarto de trabajo a un montón de papeles con mejor conocimiento del terreno, pues nacieron y crecieron allí como las setas en los bosques. Se agotó

apartándolos hacia los lados a patadas, pero el botín fueron apenas unas cuantas cuadrículas del solar. Las disfrutó tendido sobre ellas cuan largo era en medio de un paisaje caótico como el que suelen dejar atrás todas las batallas. El desorden de la estancia resultaba desmoralizador. Como la mesa de trabajo donde se agolpaban los proyectos profesionales o el resto del mobiliario, el pavimento estaba completamente invadido por los más variados objetos: libros, camisas y calcetines sucios, platos con restos petrificados de comida y botellas de alcohol y latas de bebidas refrescantes a medio consumir. Por cierto, que, mientras pasaba revista al campo de operaciones, una botella de tónica a medio consumir, en equilibrio inestable sobre una silla cualquiera desde no se sabe cuantos días, vino a derramarse en los pantalones de Hervás que no pudo controlar los nervios y se puso a llorar como un niño. Minutos después se limpiaba resignado las perneras y las mejillas con un calzoncillo usado que encontró al alcance de la mano y volvía a la tarea inicial. Era lo que se llama sacar fuerzas de flaqueza.

Resaltada en la guía con un círculo rojo, la vía de acceso a la meta no presentaba dificultades aparentes; al menos en teoría, como suelen matizar los estrategas para no pillarse los dedos. Lo importante sería evitar las callejuelas secundarias del tramo final, pues las contingencias de tráfico eran frecuentes en ellas y podrían dar al traste con la operación. Mejor arriesgarse por la ruta principal sin mayores consideraciones, pese a lo cual Hervás señaló en el mapa con trazo verde una alternativa de emergencia, porque es bueno preverlo todo. En cuanto a la vuelta, huiría de las arterias más iluminadas, donde resaltan las pistas y abren la posibilidad de concurrir a cualquier cegato inesperado capaz de identificarle.

Recompuesto en sus dobleces originales, Hervás introdujo el plano en el bolsillo interior de su chaqueta, mientras ocupó el exterior del lado izquierdo con un pequeño estuche de terciopelo negro que extrajo de uno de los cajones de la mesa de trabajo. Luego fue hasta el dormitorio principal y, tras encaramarse a lo alto de un sillete, se hizo con una manta zamorana de cuadros rojos y verdes almacenada en el altillo del armario. Semejante a las que acostumbran a llevar otros automovilistas en el asiento trasero de sus coches, no desentonaría en el suyo. Una misión como la que se proponía precisaba de cuidados exquisitos y él valoraría cualquier detalle hasta sus últimas consecuencias, aunque no se le ocultaba que siempre podría tropezar con lo inesperado.

Tropezó. Al descender de las alturas, pisó el casco de cristal de aquella tónica derramada poco antes sobre sus perneras del pantalón. La

pirueta del desplazamiento acabó en una aparatosa caída sobre la tarima que le llenó la cabeza de burbujas y le señaló la frente con una herida sangrante que vistió con yodo y esparadrapos. Esta vez se puso a blasfemar como si fuera un desarraigado, pero Dios no se lo tendría en cuenta pues cumplía con las fiestas de guardar y entregaba a la iglesia católica la asignación voluntaria del impuesto sobre la renta.

Hervás aprovechó el trayecto en el ascensor para hacer unos ejercicios relajantes de respiración, pero su pulso no encontró la estabilidad deseada. Ya en el garaje, puso la manta zamorana de cuadros rojos y verdes en la parte trasera del coche que sacó a todo gas del local, pues los imprevistos le retrasaron más de lo debido.

Conductor experto en un recorrido contrastado, tardó siete minutos más de lo calculado en alcanzar el punto de destino, aunque dos menos del límite de seguridad previamente decidido, que consumió remoloneando ante el último paso de peatones a superar. En fin, llevaba apenas veinte segundos detenido en el emplazamiento previsto cuando Hervás distinguió en la acera inmediata a la mujer que buscaba sin posibilidad alguna de error. Con el pulso agitado, como pasa siempre con los novatos cuando les llega la hora de la verdad, sacó del bolsillo correspondiente de la chaqueta el estuche negro del que ya dimos cuenta y extrajo de su interior un pequeño frasco cuyo contenido derramó sobre el algodón que encontró en la misma caja. Entonces descendió del vehículo con determinación y se lanzó sobre la mujer como se lanza el tigre de Bengala sobre el misionero que se adentra en su territorio para llevar la palabra de Cristo a los tigres de Bengala.

II. El regreso

Si hasta ahora las cosas habían salido a pedir de boca, a partir de aquí Hervás mantendría por un tiempo aún la suerte de cara. Pese a que tardó en transitarla no menos de tres horas, la elección de aquella ruta de regreso a la guarida resultó un verdadero acierto. Apenas se encontró con unos pocos coches y, lo que era mejor, ninguno de sus ocupantes evidenció la menor sospecha al cruzarse con él en la carretera. Marcaba el reloj cerca de la una de la madrugada cuando estacionaba por fin en el garaje de su casa, tan solitario como de antemano imaginara. Lo peor que le hubiera podido ocurrir allí era encontrarse con algún vecino, pero, a salvo de un ex matador de toros de segunda fila divorciado de una cantante folclórica de tercera que vivía en el cuarto derecha y llevaba una vida muy disipada, todos eran personas de intachable conducta y se recogían en sus viviendas a las

horas de orden. El largo paseo consumido por carreteras secundarias tenía sentido, ya hemos dicho que nuestro héroe estudió previamente hasta el último detalle de la operación, lo que le permitía saber, por ejemplo, que la una de la madrugada era hora de orden para el ex matador de toros, nunca en el coso propio antes de las cinco o las seis. En fin, que ganar el domicilio particular resultó juego de niños. Y eso que transportó desde el sótano y sobre los hombros un fardo de considerable tamaño protegido por una manta zamorana de cuadros rojos y verdes. El considerable esfuerzo de musculación que realizó en el gimnasio las últimas semanas tampoco fue inútil. Y es que a estas alturas de nuestro relato debería haber quedado claro que el plan era prácticamente perfecto.

III. La convivencia

Cuando la mujer superó el estado de inconsciencia, su mirada quedó unos segundos suspendida de un ángulo impreciso de la habitación que no acertó a racionalizar. La movió, con la avidez que cabe suponer, de arriba abajo y de izquierda a derecha, pero no encontró referencias y el ejercicio agrandó su desasosiego. Decidió que soñaba, pero se hizo tanto daño en las mejillas a fuerza de pellizcarse que acabó por tomar sentido de la realidad, no en vano aparentaba contar con más de sesenta años, los suficientes para saber lo cruda que puede resultar la existencia si las cosas vienen mal dadas.

De manera harto confusa se recordó resistiendo la agresión de un desconocido que le aprisionaba boca y nariz con sus manos, protegidas por un algodón humedecido del que no fue capaz de despegarse. Agobiada por la rememoración, se incorporó echa una furia del lecho en el que permanecía tendida y se puso a gritar como si hubiera irrumpido un ratón en la escena. Desgañitada por el esfuerzo, decidió que resultaba mucho más práctico abrir la puerta de la habitación y arriesgarse por el pasillo que abría, a ver lo que encontraba.

Encontró a un desconocido sentado en el salón donde murió el corredor. Por cierto, la estancia estaba hecha un asco: latas de cerveza y de cola y botellas de alcohol por el suelo, libros y papelotes esparcidos en completo desorden por los sitios más inoportunos, hasta ropa sucia por aquí y por allá. El hombre comía de modo descuidado una porción de pizza con anchoas, aceitunas negras y salami, mientras seguía por televisión el capítulo del día de un culebrón colombiano que identificó de inmediato, pues jamás se lo perdía en su morada, porque le gustaba una barbaridad. Según la nota previa publicada en

las revistas especializadas, ese día se sabría si el embarazo de Dulce, la protagonista de la telenovela, era consecuencia de su relación con Julio Aristóteles o con Pablo José. Un dato fundamental que ansiaba conocer...

“Usted disculpe”, arriesgó la intrusa, “es de Pablo José, ¿verdad?...”.

Hervás se volvió hacia ella que reaccionó al verle del modo que cabría esperar.

“¿Quién es usted?, preguntó tan alterada como si hubiese visto al diablo. “¿Por qué me ha traído hasta aquí?”.

Tras engullir el bocado de pizza que llenaba su boca, el hombre se incorporó para presentarse.

“Santiago Hervás”, dijo mientras le tendía la mano. Ella se la rechazó al tiempo que afirmaba:

“Hortensia, ese es mi nombre. Pero no tengo el gusto de conocerle...”.

“Se equivoca”, corrigió él con educación. “Soy amigo de Julio Peláez. Nos conocimos en su casa”.

“¡Julio Peláez!..”, extrañó la interlocutora recreándose con repugnancia en el paisaje circundante. “No le creo”, negó. “El es de una limpieza exquisita y jamás se relacionaría con seres tan marranos como usted. Discúlpeme, pero sé de lo que hablo”.

“Ya, ya”, reconoció Hervás. “No obstante le ruego que no saque consecuencias precipitadas. Yo también soy muy limpio, no vaya usted a creer”, aseguró ofendido.

“En todo caso”, cambió de tema la mujer tras dedicar una nueva mirada de incredulidad al espacio circundante, “¿le importaría decirme que hago yo en esta casa?”.

“La he secuestrado”, confesó el tipo sin perder la compostura.

La víctima dio un grito de tal naturaleza que se pudiera pensar en la aparición en escena de dos ratones, al menos. Y como la estridencia no parecía terminar nunca, Hervás la desanimó con las palabras que siguen:

“He aislado la vivienda contra el ruido. Primero una inyección de fibra entre lo muros y, luego, varias capas de corcho prensado. Soy arquitecto y sé muy bien como hacer estas cosas”, se ufanó. “No la oirán por más que insista con sus gritos”.

Después pensó ofrecer a la mujer una porción de pizza con anchoas, aceitunas negras y salami, pero a ésta le dio un soponcio y quedó sin sentido en el suelo.

IV. La huida

Durante los dos días siguientes no cruzaron apenas palabra. Al salir del desvanecimiento, la mujer había intentado arañar a Hervás, pero pronto se convenció de que era mucho más fuerte que ella y renunció al sueño de rectificar su destino mediante el uso de la violencia. En realidad, hubo un momento en que renunció a casi todo. Impotente para hacer frente a la locura del carcelero, fue presa de una profunda depresión y se negó a dialogar con él tipo. Y hasta a comer, por más que éste le ofreciera jamón de Jabugo y fabadas de lata calentadas al baño María. Permaneció tumbada las horas muertas en el cuarto donde despertó en aquella maldita casa la primera vez. Salvo, claro, cuando daban por televisión el capítulo correspondiente del culebrón colombiano, pues su afición al mismo era sincera y no tenía fuerzas para reprimirse. Desvelado el secreto del embarazo de Dulce, resultado de la relación con Pablo José, la trama prometía emociones crecientes por la aparición en escena de un nuevo galán, Fernando Alberto, que acosaba sexualmente a la muchacha sin poner reparos a su estado. En aquella hora mágica del día, la secuestrada olvidaba su situación y era tan feliz que comentaba las incidencias de los episodios con don Santiago (en ningún momento se atrevió a perder el respeto a Hervás), sensible también al drama que envolvía a los personajes de la ficción.

Y, sin embargo, el problema seguía estando ahí: Si la situación no se desbloqueaba, podía asistir en aquella cochambre al final de la serie, producida por una empresa que jamás abordaba proyecto alguno de menos de mil capítulos, y sólo se habían emitido hasta la presente quinientos veintisiete. Consciente de la dimensión del problema, la mujer no dejaba de pedir un milagro a la Virgen y, como era persona

de buenos sentimientos, un día le llegó el turno cuando ya desconfiaba hasta de los cielos. Los lectores no creyentes encontraran estúpida la situación, pero estas cosas ocurren y no hay que darlas más vueltas.

Hervás se quedó de pronto sin tabaco y bajó al estanco para reponer existencias. Lo malo (para él) fue que olvidó echar la llave a la puerta de salida de la casa, un error de novato que le iba a costar muy caro. Ella no tuvo más que girar convenientemente el picaporte y se encontró con las escaleras que conducían a la libertad. Las bajo como si la persiguieran tres ratones, cuanto menos.

Se cruzaron cerca del estanco, cuando la mujer corría la calle escopetada y él la desandaba con un par de cartones de cigarrillos bajo el brazo. Al verla se quedó de piedra, pero, como era un caballero, se sobrepuso para decir:

“Suerte, señora”.

Y Hortensia, que, sin perderle el respeto tampoco le parecía apropiado dejarle con la palabra en la boca, le contestó del siguiente modo:

“Y a usted, don Santiago, que le den por culo”.

V. El interrogatorio

Dos policías de uniforme le introdujeron en el despacho. Desde el fondo de la sala, el comisario-jefe levantó la vista que entretenía en un informe sobre la penetración en Europa del opio afgano.

“Hervás, supongo”, dijo para romper el hielo.

“Santiago Hervás”, matizó el interpelado dudoso de acertar con la fórmula apropiada para responder a un comisario-jefe que te lanza de sopetón una pregunta tan privada.

El comisario jefe se puso a leer el expediente abierto ya sobre su mesa de trabajo. De vez en cuando movía la cabeza y su cara enseñaba un gesto de asombro. Cualquiera hubiese dicho que se trataba de un cuento de Edgar Alan Poe o de Javier Figuero, tal era el interés que mostraba.

“¡Arquitecto!”, exclamó de pronto estupefacto.

“Pues ya ve…”, musitó Hervás, que se creyó en la imperiosa obligación

de musitar algo, pero que tampoco estaba seguro de que fuera eso lo que convenía musitar en una situación tan comprometida como la suya. Huelga decir que nuestro héroe no había estado nunca en una situación tan comprometida.

El comisario-jefe le observó sin terminar de creerle.

“¡Pero si es una mujer de sesenta y dos años!..”, exclamó con descarado desprecio.

Hervás dudó unos segundos.

“No, no es lo que piensa…”, negó al fin como si se cayera de repente del guindo.

“¡Degenerado!”, exclamó fuera de sí el comisario jefe.

“Juro por mi honor que no la he tocado ni un pelo”, sentenció Hervas mientras se llevaba a la boca los dedos pulgar e índice de la mano derecha dispuestos en forma de cruz.

El policía se concentró en el expediente, pero al cabo de unos minutos dio con un dato que le hizo reaccionar de nuevo.

“Cierto”, reconoció. “Doña Hortensia ha declarado que en ningún momento fue importunada por usted con acto o propuesta deshonesta”. Y, como la lectura del párrafo le dejó algo confuso, se vio obligado a aclarar: “En este oficio uno tiene que ponerse siempre en lo peor”.

Hervás se encogió de hombros.
“Todos somos humanos”, aceptó comprensivo.

“Entonces, está claro”, cayó en la cuenta el comisario-jefe: “Usted pensaba pedir dinero por el rescate”...

“Frío, frío…”, negó Hervás. “Hortensia es una pobre mujer que no tiene donde caerse muerta y uno se gana bien la vida, modestia aparte”. “No”, reiteró con firmeza, “de ningún modo”.

El interrogador repasó el expediente hasta dar con el apartado en el que se hacía evidente que la ofendida era una pobre mujer que no tenía donde caerse muerta y el presunto ofensor un tipo que se ganaba bien la vida.

“ Señora que se lo monta trabajando como empleada de hogar en

viviendas ajenas", leyó. Y, al levantar la cabeza para mirar al sospechoso, sus ojos tenían la forma de las admiraciones.

"Así es, señor comisario-jefe", corroboró Hervás. "La conocí como asistenta de mi amigo Peláez". Su tono compungido encogió el corazón de la autoridad: "Debería usted ver que le tiene la casa como los chorros del oro", agregó presa de un ataque de envidia.

El comisario-jefe miró al arquitecto con la profundidad que sabe hacerlo un profesional del interrogatorio. Desde sus muchos años de oficio, algo le decía que aquel tipo estaba maduro para la confesión definitiva. Aquello apestaba a caca por todas partes, signo inequívoco de que el detenido se estaba derrumbando.

Y Hervás, desde luego, no le defraudó. Su voz era la de la indefensión cuando dijo lo que aquí sigue:

"Le hice proposiciones en casa de Peláez para que se ocupara también de la mía. Le hubiera pagado lo que pidiera, pero Hortensia aseguró que tenía exceso de trabajo".

Sí, la fruta estaba a punto de caer del árbol. El comisario-jefe la notó tan madura que casi le resultaba empalagosa.

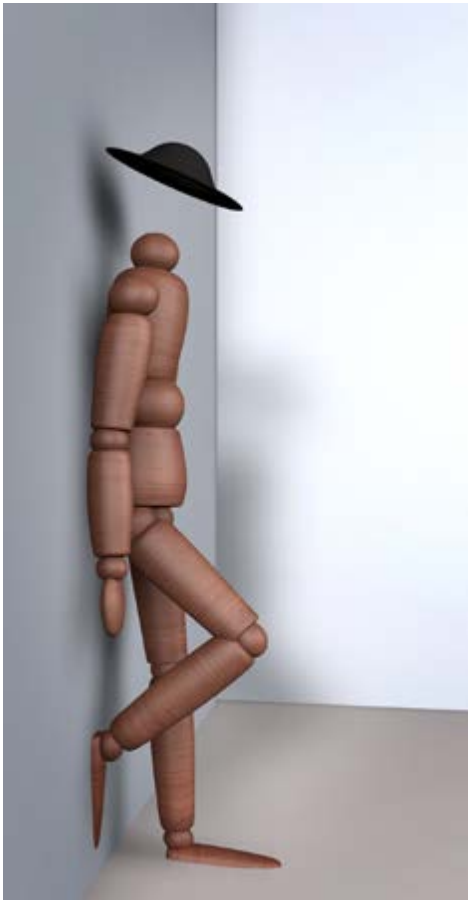
"Desde que me separe de mi mujer", dijo Hervás a medio camino ya entre la rama del árbol y el suelo, "todo fue de mal en peor. La doméstica se fue con ella y con los niños y, aunque conseguí una empleada por horas, me tomó enseguida por el pito del sereno y tuve que despedirla. Pasó lo mismo con otras diez o doce mujeres que contraté sucesivamente. Unas me robaban la comida y la ropa para dársela a sus familiares y otras metían a los novios en casa cuando yo andaba fuera y se bebían el whisky y me ensuciaban las sábanas". Liberado por el sentimiento, el hombre cantaba ahora con una facilidad pasmosa: "Compréndalo", apeló al interlocutor, "luego me daba mucho asco meterme en la cama...".

Hervás estaba completamente abatido.

"Debería ir usted a mi apartamento", dijo todavía entre hipidos. "Todo está hecho una porquería...". Y acabó el parlamento con esta sentencia que agrandaba la pendiente de su dolor: "Allí no hay quien viva".

Al comisario-jefe se le escaparon también algunas lagrimitas. Pese a todas las medallas y distinciones ganadas en el desempeño del oficio, era un hombre de carne y hueso como los demás. Pero tenía que cumplir con su obligación y llamó por el dictáfono a dos subalternos

para que recogieran la fruta del suelo. A él nunca le gustó mancharse las manos.



Despiste

Sin razón aparente que lo justificara, el autor apartó la vista de la pantalla y se puso a mirar a las musarañas.

Luego corrigió la posición de la silla giratoria y miró a través de la ventana. Era de noche, pero aún permaneció un buen rato abstraído. De pronto, apagó el ordenador y se puso de pie. Fue al baño y se lavo la boca con mucho cuidado y después se perfumó las axilas y el cuello con un pulverizador que encontró en el estante. Por fin, marchó excitado al dormitorio luciendo una sonrisa que le iluminaba la cara.

Al llegar a la estancia encontró la cama vacía. Entonces recordó que su última compañera le había abandonado siete meses atrás para formar pareja con otro hombre.

Agenda

Lunes

El avión llegará a las once y veintitrés de la mañana: “I’ll arrive next friday 11’23 a. m. from London”... Once y veintitrés antes del meridiano. Está claro... En fin, saliendo del despacho hacia las diez y media me sobraría, al menos, media

hora. Suficiente para tomar un café y confirmar la puerta de desembarque. Claro que la Avenida de América se pone a veces muy cargada y, para coger la M-40, tendría que dar una vuelta demasiado grande... Mejor a las diez: Voy sin prisas, aparco tranquilamente, desayuno, leo el periódico... No me perdonaría llegar tarde. Seguro que ella tampoco me lo perdonaría. ¡Después de tanto tiempo!.. Sí, sí, total por unos minutos...

¿La reconoceré?.. Bueno, ¡esa va a ser otra!... ¿Se parecerá a mi?, ¿a Margaret...?. Lo lógico sería esto, uno acaba pareciéndose a la persona con la que vive… En tal caso, no tendría problemas. Recuerdo bien sus facciones: la tez blanquísima, el pelo rubio, la boca carnosa, la nariz respingona... Peor sería que hubiera sacado la mía, grande y aguileña, de marcada personalidad en los hombres, pero fea, muy fea para una chica... Ya, ya sé, está el caso de Cleopatra, que cambió el mundo, pero han pasado muchos siglos y la moda de los apéndices nasales no ha parado de evolucionar. Este no es el siglo de Cleopatra... ¡Sería

mejor que hubiera sacado mis ojos! A Patricia le gustan y creo que le pasaba lo mismo a Margaret, aunque nunca lo confesó... En fin, debería haberme enviado una foto. ¡Veremos lo que encuentro!.. ¡Con tal de que no se parezca al marido de Margaret!..

Me pondré la chaqueta de napa marrón y los pantalones beige con el canutillo de pana ancho, un traje sería demasiado formal. No quiero que tenga la impresión de que su padre es un carroza... Con una camisa beige quedaré estupendamente. Son colores que armonizan mi cara, demasiado pálida, según Patricia. El cuero me estiliza, no sé, me siento bien con esa americana... Eso sin considerar que me he quitado tres kilos en cinco días. Privándome de todo, claro; alimentándome a base de batidos energéticos o merluza cocida... Aunque me sobran otros cuatro para alcanzar mi peso ideal... No pienso dejar de ir al gimnasio, pero ya no creo que lo consiga. Los últimos son los más difíciles de bajar...

Estoy desfallecido. Ahora mismo me comería un bocadillo de sobrasada y me bebería una buena jarra de cerveza… No, no…

Martes

Creo que no iré al despacho en los días que faltan, lo del inglés me preocupa una barbaridad y apuesto a que ella no habla una palabra de castellano. Solo al final de la carta hace una despedida convencional: “Muchos besos, querido papá”. Se la ha podido enseñar cualquier amigo, no quiero hacerme ilusiones... Margaret decía que el mío era un idioma inventado para doblegar a los indios y nada habrá hecho para que lo estudiara. ¡Cuando a una persona quieres borrarla de tu imaginación eres capaz de decir cualquier cosa!.. ¡Anda que no tendría yo que decir del inglés!.. El de su marido, un egipcio que se ganaba la vida vendiendo alfombras por las casas, le parecía maravilloso, pero dudo que alguna vez le entendiera una sola palabra. En fin, ahora no me extrañaría que mi hija hubiera aprendido árabe. Margaret fue siempre una mujer muy vengativa.

Decididamente dedicaré estos días a repasar los videos de la BBC. Desde que regresé de Londres, hace ya muchos años, no he tenido demasiadas oportunidades para practicar inglés. Sí, aún hay tiempo de refrescar el vocabulario… Si las cosas no se hubieran precitado de esta forma, hubiera podido contratar a una profesora particular... Desde luego, para llevar una conversación corriente no debería de tener problemas. Claro, ¡qué es nuestro primer encuentro después de mucho tiempo!.. La última vez que la vi era todavía una niña y ahora será

una mujer y hablará como una mujer... ¡No puedo hacer el ridículo!..

Además, tengo los discos del Fallow me... ¡Me esperan unas jornadas de perros!..

Miércoles

Conviene preparar muy bien el programa turístico, quiero que se lleve una buena impresión de España. ¡Con lo vengativa que es Margaret, seguro que le ha puesto en contra!... ¡Ingrata!, porque a ella bien que le gustaba pasar los veranos en Ibiza, las gambas a la plancha o la paella mixta... Lo que no haré será llevar a mi hija a comer cus-cus, aunque me lo pida de rodillas. La verdad, no creo que vaya a ofenderme hasta ese punto... Me esforzaré para que, al final de su estancia, ame este país como si fuera el suyo. Si ella quisiera, sería el suyo...

Patricia me dice que no hay que hacerse demasiadas ilusiones porque, después, la realidad pone a cada uno en su sitio. Son demasiados años sin verla y, según sus palabras, puedo encontrarme "con cualquier cosa". Ha llegado a decirme que, a lo peor, es drogadicta... Para mí que habla así porque está loca de envidia. ¡Cómo nunca accedí a tener hijos con ella!.. Hay cosas que las mujeres no te perdonan... He tenido que pararle los pies... Voy a encontrarme con mi hija tras muchos años de vivir alejados. ¡Creo merecer un poco más de respeto!...

Si mi hija se muestra cariñosa, tendrá de mi lo que quiera. Cierto que nunca me he esforzado por hacerle regalos o pasarle dinero a su madre. Pero es que todo quedó muy claro en el juzgado. Y, si al egipcio no le ha ido bien con lo de las alfombras, a mi no me gusta que me tomen el pelo… Margaret me habrá puesto de sinvergüenza para arriba ante mi hija, pero ella podrá comprobar ahora que soy un hombre de honor y un buen padre… ¡No me extrañaría que la hubiera hecho estudiar árabe como segunda lengua!.. En fin, no quiero hacerme mala sangre, lo pasado, pasado está... De cualquier manera, si viene a verme, es porque piensa lo mismo. No cabe el odio entre un padre y una hija… Le habrá sido muy duro vivir sin mi, pero, tras la separación, intenté verla muchas veces y Margaret nunca me lo permitió… En una ocasión su marido me ofreció una de sus alfombras para que me alejara definitivamente de Londres, donde vivían los tres. Pero, como vio que yo no era egoísta, me amenazó con meterme una navaja por la tripa... Seguro que mi hija no sabe nada de esto. Tendré que contárselo, porque la verdad le hará entender... Va a costar olvidar, pero de aquí en adelante cada uno jugará el papel que le

corresponde. ¡Cada uno en su casa y Dios en la de todos!..

La llevaré al Museo del Prado, al Escorial, a Aranjuez... No se trata de atosigarle con el arte, no todos tienen los mismos gustos y yo desconozco los suyos… Mejor dejar que muestre sus preferencias. Por mi parte estoy dispuesto a lo que sea. Si le gusta el deporte, la llevaré al Club de Campo. En el tenis me defiendo y espero estar a su altura si jugamos... Claro que ella estará acostumbrada a las pistas de hierba y ya se sabe que los españoles preferimos la tierra batida... Aunque quizá fuera mejor el parchís, por nada del mundo me gustaría que se lesionara... Me hará mucha ilusión que mis amigos me vean a su lado. Estoy seguro de que será tan guapa como lo era Margaret... Nunca comprendí que se casará con aquel energúmeno cuya solo atributo destacable eran las alfombras...

En cuanto a los restaurantes, he seleccionado algunos muy apetecibles; nada de lujos, pero buena cocina española... Por muy coqueta que sea no le importarán los excesos: alguna paella, algún cocido madrileño y, desde luego, unos buenos pescados... En Inglaterra no saben nada de pescados... Con los vinos tendré mucho cuidado, aunque tampoco me gustaría que bebiera coca-cola con las comidas... También quiero llevarla a Toledo, a Ávila y a Salamanca. Por más que lo crea Margaret, el Nilo no es su referente paterno...

Una noche iremos de discotecas. El ambiente de Madrid no es el de Londres... Claro que, a lo peor, yo no soy la compañía más apetecible para determinadas cosas. Lo que no quiere decir que vaya a dejarla salir con un cualquiera… Quizá mejor un tablao flamenco, ¡se me caería la baba viéndola defenderse con una sevillanas!.. Y, de madrugada, un bar de marcha en Malasaña para que vea el otro lado de la vida...

Patricia, que se ha dado cuenta de su metedura de pata con lo de la droga, dice que los padres que quieren parecer demasiado modernos, resultan muy patéticos. Ya lo he dicho, está muerta de envidia…

Lo que no tengo claro es si debo llevarla a los toros. Con la propaganda contra la fiesta que hacen en su país, estará muy sensibilizada... No soy un salvaje y me gustaría que diferenciase el arte y la barbarie... En fin, si ella no se manifiesta, no seré yo el que enseñe sus cartas.

Desde luego, estaría muy guapa con una mantilla sobre los hombros y un clavel en el pelo… Ese día iba a tirar yo la casa por la ventana. ¡Ole!..

Jueves

Para cuando llegue a Madrid su cuarto estará perfectamente preparado. Se trata de mi estudio, pero he comprado una cama abatible y confío que le resulte cómoda. Yo le hubiera dejado el dormitorio principal, pero mi compañera ha puesto el grito en el cielo y me ha dicho que ella no sale de su cama por nada del mundo, qué hasta ahí podíamos llegar... Le pondré un flexo cerca de la suya por si acostumbra a leer antes de dormirse. De momento he llevado a la habitación algunas novelas de Stenvenson y de P.D. James, como también una versión del Quijote y las poesías completas de Cernuda. Al fin, el poeta vivió en Londres y alguno de sus temas le resultarán próximos... Pero me temo que esté más familiarizada con Las mil y una noche que con Cervantes o Cernuda. Y no porque crea que la cultura de su padre adoptivo sea como para tirar cohetes, sino por lo de las alfombras mágicas que salen en algunos de sus episodios... ¿O es en las novelas de Terenci Moix donde pasa eso?.. Ahora no estoy seguro...

Por la tarde iré a la peluquería. Ahora se lleva el pelo más corto y quiero retocarme las puntas. Patricia dice que el cabello largo me hace más joven pero seguro que es por llevarme la contraria... No sé, me gustaría que mi hija me viera el hombre más guapo del mundo. Pero, no nos engañemos, los años van haciendo su labor...

Por la noche volveré a repasar los cursos de la BBC. Poco tiempo, hoy no quiero acostarme muy tarde porque luego se me marcan las ojeras y no es el momento… Todo lo más hasta la una… Tres o cuatro lecciones, pero algo es algo...

Viernes

Desde las ocho de la mañana despacharé en la oficina los asuntos urgentes. Después daré instrucciones a mi secretaria porque no pienso aparecer por la oficina durante el tiempo que mi hija esté en Madrid. La empresa no se resentirá por ello.

Iré con flores al aeropuerto. No conozco una sola mujer a la que no le gusten las flores.

Sigo obsesionado con el encuentro. ¿Nos reconoceremos?... ¿Se parecerá a Margaret?, ¿a mí?... Lo de la nariz aguileña sería definitivo... Lo mejor será confiar en la llamada de la sangre...

Aunque, debería haber preguntado a alguna persona autorizada si una hija nacida por inseminación artificial puede sentir la llamada de la sangre... La verdad es que, cuando vendí el esperma a Margaret y a su marido, no me preocupaban esos temas... Ellos llevaban varios años

intentando tener descendencia... Para mí que él padecía un problema de impotencia... Por cierto, que, gracias a ello, pude ver entonces aquel inolvidable concierto de los Beatles en directo... ¡Qué tiempos aquellos, let it be, let it be..!

La Traviata

Cuando Emiliano conoció a Cecilia sintió una incómoda punzada en las proximidades del corazón, sino en el corazón mismo, y, como a las tres o cuatro horas de separarse de ella no remitía la molestia, se puso a racionalizar el hecho. Así llegó a la conclusión de que se había enamorado.

Acostumbrada a que el marido rechazara la sopa Juliana que, con imperturbable determinación, llevaba cada noche a la mesa para iniciar la cena, eso de "la punzada en las proximidades de corazón, sino en el corazón mismo", no le parecería sin embargo a Mari Tere un pretexto demasiado ingenioso. Molesta pues por la vulgaridad y para no ser tomada por imbecil, intentaría devolverle la afrenta donde más pudiera dolerle.

"Tomas demasiados embutidos", le espetaría fríamente a Emiliano cuando, con cara de circunstancias, acababa de contarle su cuento. "Vosotros los catalanes (esto lo dijo con cierto retintín, por lo que ya se verá) vivís en la permanente nostalgia del fuet de Vic, de tan penosas consecuencias para el colesterol. Pero, claro, luego te permites el lujo de hacerle ascos a mi sopa Juliana".

Mari Tere era una convencida de las ventajas del guiso. "La verdura absorbe el exceso de grasas y el caldo conduce las toxinas de los alimentos a los riñones, que las eliminan finalmente", solía arengar a los desprevenidos, futuros soldados, quizá, de la implacable cruzada que ella, casi desde la cuna, libraba contra el colesterol. Miguel Ángel,

el anterior marido, apreció siempre sus cenas, iniciadas, invariablemente, con sopa Juliana. Al parecer, no pudo prescindir jamás de las mismas, aunque tuviese que prescindir de la esposa, que le dio la receta con las arras en el momento de la despedida. Esto también acostumbraba a repetirlo Mari Tere, convencida de manejar entonces el argumento irrefutable y segura de que vengaba así los desagradables y reiterados desplantes que el actual cónyuge le brindaba en la mesa. El otro seguía sano como una manzana, sin que hiciera falta explicar la razón del logro, pues caía por su propio peso, como la de Newton.

“Pues a Miguel Ángel mis sopas Juliana le gustaban una barbaridad”, diría Mari Tere esa noche al esposo para terminar la perorata. “Y fíjate en el envidiable aspecto que mantiene…”, añadiría como el que no quiere la cosa.

Emiliano había conocido a Cecilia esa mañana cuando, a mitad de la misma, entró en el despacho de Miguel Angel que le escuchaba recitar las virtudes de los últimos programas informáticos fabricados por la firma que representaba. Formalizadas las presentaciones, se incorporó con toda normalidad a la conversación, tal era la confianza establecida entre los dos hombres, pues nunca delimitaron territorio alguno de privacidad que no pudieran compartir.

“Cecilia representa a la marca Informaticón que elabora materiales de gran interés para nosotros”, dijo distendido Miguel Ángel al recién llegado. “Emiliano es mi socio”, siguió dirigiéndose a la chica, mientras apoyaba su brazo izquierdo en el hombro del entrometido. “Y es, sobre todo, mi mejor amigo”.

Pues bien, fue en ese preciso instante cuando Emiliano sufrió esa incómoda punzada en las proximidades del corazón de la que dimos cuenta; una impresión profunda y sutil al tiempo, incalificable ciertamente, que le descolocó sin remedio, por lo que apenas pudo ya emitir sino una sarta de monosílabos. De estar en condiciones para hacerlo, le hubiera agradecido a Miguel Ángel las palabras que le dedicaba. En realidad, más que socio, era su empleado, al margen de que les uniera un cariño sin fisura. Él lo sentía por el anterior marido de su esposa Mari Tere que, un lustro atrás, solucionó, de manera harto generosa, la difícil situación personal a la que hubo de enfrentarse. Tras abandonar los estudios de Arquitectura, en los que empleó, sin éxito, unos años preciosos, había decidido formar con ella una familia, por más que, como medio de vida, contara apenas con una mano delante y otra, detrás.

“Sería un verdadero canalla si me evadiera del problema. Las sopas Juliana de mi ex mujer, que tanto contribuyeron en otro tiempo a nuestra felicidad, no llueven del cielo”, le había reconocido entonces Miguel Angel con un tono entre comprensivo e irónico que no quiso precipitarse en catalogar. “Aunque a veces cueste creerlo”, siguió éste, “el colesterol es enemigo de la hombría”. Aquí le guiñó el ojo y le dio con el codo un ligero toque en el estómago que Emiliano recibió circunspecto, pues hay que comprender que no es plato de gusto hablar de ciertas cosas con el ex marido de la propia señora. “Tus conocimientos de dibujo”, le agregó para simplificar el encuentro con ese desparpajo tan grato del personaje, “pueden resultar muy importantes para la pequeña empresa de diseño gráfico que saco adelante cada día con el sudor de mi frente, y al que deseo sumes el tuyo de inmediato”. A Emiliano le sudaba en este momento la frente por el sofoco, pero hubiera creído disimular su debilidad si el otro no le tendiera un inmaculado pañuelo blanco de batista que sacó de los bolsillos de su pantalón de lino. Hoy, tras dos años de relación laboral con este ser refinado y pulcro, había sabido revelarse como el creativo más sólido y original de su compañía y buena parte de los proyectos sancionados por la misma en ese tiempo llevaron su impronta. Miguel Angel, que sabía valorar el mérito de los demás, reconocía su talento ante el resto de los empleados. Aún más: En la práctica, delegaba en él la dirección técnica de los proyectos, mientras atendía personalmente el departamento de comercialización e imagen de la firma que, coincidiendo con la incorporación de Emiliano, registró ostensibles mejoras de facturación. Satisfecho por la respuesta que recibían en el mercado sus iniciativas, el anterior esposo de Mari Tere ofreció reiteradamente al nuevo esposo de Mari Tere una participación a bajo precio en el accionariado, pero Emiliano se mostró receloso aun sin atreverse a confesar la razón.

Tampoco se atrevió a confesársela a Mari Tere una de las noches que mostraba su inapetencia en la mesa donde humeaba ya la perola con la sopa Juliana, pila bautismal de la sagrada cena de cada día. El asunto latía en el ambiente, y ella, que no tenía un pelo de tonta, le explicó lo que sigue:

“Aquel matrimonio murió de muerte natural, como tantas veces sucede en las parejas, pero dejó, entre Miguel Angel y yo, un cariño que nos hermanará para siempre”. Y enseguida, como si aún no le hubiera avergonzado lo suficiente, le lanzó al marido estas palabras que siguen a la cara: “He dicho ‘cariño’, y no ‘amor’. Resulta morboso que puedas recelar del hermano de quien has elegido libremente para compañera de tu vida”. Y por fin, como si quisiera contrarrestar la dureza de las postreras frases, hizo un puchero con la boquita y, tras

una profunda expiración que exhibió ante el mundo la magnitud de su pena, dijo todavía: "¡Yo si que tenía que sentir celos!.. Me gustaría saber la clase de pelandruscas con las que alternas cada tarde al salir de la oficina, de manera que llegas a casa sin ganas de tomarte mi sopa Juliana...".

Seriamente afectado por las consecuencias de su desconfianza y, mientras llenaba su plato hasta los bordes con el humeante contenido de la sopera, Emiliano había peguntado mimoso entonces a Mari Tere,:

"¿No verás en mí, con el tiempo, a otro nuevo hermano?..". Y ella le tranquilizó llamándole por su nombre:
"¡Tonto!.. ¡Cómo puedes imaginarlo siquiera!

Todo esto lo rememoró oportunamente Emiliano en la soledad de su despacho. Y es que, protegido en el escudo de su mejor educación, había abandonado poco antes el de Miguel Ángel cuando la punzada se le hacía ya irresistible. De Cecilia se despidió con el corazón desgarrado, muchas veces es mejor alejarse del peligro que hacerlo frente. Como el buen boxeador que conoce su punto débil, prefería protegerse para evitar dar con sus huesos en la lona.

Sentado en su silla de trabajo, corrió de momento de un lado a otro del ring como si estuviera sonado. Ora tratando de concentrarse en la ristra del fuet de Vic que guardaba tras unos diccionarios en cierto estante de la librería, una forma como otra cualquiera de conjurar la nostalgia de la Cataluña de su alma; ora valorando la conveniencia de aceptar el importante paquete accionarial de la empresa de diseño gráfico en que se empleaba, y que esa misma mañana le había vuelto a ofrecer, a bajo precio, claro, el ex marido de Mari Tere. Todo para tratar de alejar de su mente la figura de la representante de programas informáticos que acababa de conocer en el despacho de Miguel Angel, tal fue el impacto que le produjo la condenada. Pero la estratagema resultó inútil... De manera inesperada, la chica dio unos etéreos golpecillos con los nudillos de la mano derecha sobre el panel de cristal que aislaba su cubículo del resto de la oficina y él abrió la puerta del mismo para corresponder, seguro, sin embargo, de que el upercut del amor le alcanzaría como un mazazo en pleno plexo solar, donde las posibilidades de recuperación son, precisamente, más escasas.

"Dice Miguel Ángel que tomes tu la decisión final", rompió a hablar Cecilia una vez dentro de la habitación, por cuyo interior se supo abrir paso con suma gracia a pesar del desorden que la presidía. "El ha

seleccionado algunos programas, pero quiere que corrobores la decisión. Tiene una comida inaplazable y parece que te tiene una confianza ilimitada...".

Emiliano cargó el ordenador con uno de los CD que le tendió la joven y ejecutó determinados comandos en el teclado, pero pronto se cansó de la operación.

"Y tu, ¿no podrías aplazar, para comer conmigo, cualquier comida inaplazable que tuvieses?..", preguntó a la chica, mientras revolvía su silla giratoria hasta quedar con la mirada enfrentada a la de ella, acomodada para entonces en una butaca próxima. "Conozco un colmado catalán con embutidos de ensueño", presumió para tentarla.

"Verás", sinceró Cecilia, "jamás hago almuerzos tan pesados en jornadas de trabajo". ¿Embutidos?.. ¡Ni pensarlo! ¿No has oído hablar de la peste porcina?.. Deberías saber que los informáticos tenemos pavor a los virus"... Y, para corregir la desilusión que asomaba con sus palabras en la cara del interlocutor, agregó por fin: "A estas horas me suele bastar con un emparedado o una ensalada sin calorías. La cena ya es otra cosa... Nada de sopitas y chorradas así, la hago abundante... Ya ves, justo al contrario de lo que recomiendan los especialistas en nutrición".

"Conozco un sitio cercano ideado para los que solo almuerzan emparedados y ensaladas sin calorías", mantuvo ufano Emiliano. "Todo muy aséptico, nada de virus... ¡Te lo digo yo que he seguido demasiado tiempo las recomendaciones para la cena de los especialistas en nutrición".

Colgado del brazo de aquella auténtica guía de comedores con que acababa de tropezar, al entrar en el restaurante Cecilia tuvo, en efecto, la impresión de que lo hacía en un hospital.

"Parece un hospital", dijo la chica mientras se fijaba en la decoración, resuelta a base de plásticos asépticos que aquí conformaban una especie de mesa y, allá, algo parecido a la pasarela de un salón de modas, sentados a la cual se solazaban ya varios comensales.

Se sentaron acá, en una especie de mesa.
"Es un templo de la modernidad madrileña", aclaró Emiliano.

Pidieron emparedados de plástico, que en la carta se llamaban de la casa, y una ensalada de granada y berros aliñada con vinagre de manzana; ochenta y cuatro calorías en total, según la información que facilitaba el establecimiento.

“Exquisito”, dijo ella al terminar de comer.
“Ufff ”, dijo él.

Que fue lo que le dijo también a Mari Tere esa misma noche cuando, a la hora de costumbre, apareció ésta en el comedor de la casa con la sopera de siempre repleta de Juliana. Después, para matizar la ofensa, le informó de que, en el curso de la jornada, había sufrido una incómoda punzada en las proximidades del corazón, sino en el corazón mismo, que le dejaron sin apetito. Pero ya les contamos que la mujer no era de las que se chupan el dedo.

“Te estás destruyendo”, le espetó Mari Tere con la cara congestionada por la rabia y tras ofenderle como ya contamos... “¡Bien te habrás empapuzado de embutidos durante la comida!..”.

“Te equivocas”, negó desafiante Emiliano. “He comido emparedados de plástico, que en la carta se llamaban de la casa, y una ensalada de granada y berros aliñada con vinagre de manzana; ochenta y cuatro calorías en total, según la información que aportaba el establecimiento”.

Para entonces, Emiliano llevaba poco más de un lustro casado con Mari Tere, a la que, tres o cuatro meses antes de intercambiarse los anillos de esponsales, conoció en Barcelona, ciudad donde, además de las asignaturas pendientes de los anteriores, estudiaba él tercer curso de Arquitectura por cuarto año consecutivo, y a la que ella viajó en una excursión organizada para visitar el templo de la Sagrada Familia.

En principio, sus vidas no parecían destinadas a confluir. La del hombre no fue nunca fácil. Miembro de una familia charnega procedente de Archena, Murcia, tuvo que aplazar durante casi una década el sueño de iniciar estudios superiores para que sus nueve hermanos más pequeños siguieran los inferiores. Pese a que nunca pudo dejar su puesto de delineante en el estudio de ingeniería donde se empleaba desde que alcanzó esa capacitación a base de mucho esfuerzo, un día decidió matricularse en la Escuela de sus amores, pero enseguida murió su padre. Cayó de un andamio en la obra donde prestaba servicios de encofrador, y los compromisos se le multiplicaron. Razón por la cual le fue tan difícil avanzar en sus estudios, pese a que los profesores le apreciaban condiciones.

Cuando decidió invitarlo a la cama de aquel hotel de la Rambla en que se hospedaba, Mari Tere no podía imaginar que hubiera hecho una elección tan problemática. El elegido no podía seguir en la ciudad condal, donde los familiares se acostumbraron a abusar de él y no se

preocupaban de sacarse las castañas del fuego. Así se lo hizo ver él cuando ella le dio confianza, pero, tras casi un cuarto de siglo en la localidad, se sentía más catalán que Albert Boadella, como mostraba su gusto por el embutido de Vic con que se solazó en su desayuno, y no consentía que nadie pensase otra cosa. Con los labios pringados de la mermelada del suyo y, aunque pareciera una provocación, le hizo saber que la consumida en común fue una noche toledana. La mirada fija en los labios, él sólo dijo: "Estás para comerte" y se volvieron a la cama hasta consumir el fin de semana contratado por Mari Tere en la excursión organizada. Cuando periclitaba definitivamente y esta se aprestaba a subirse al autocar que la devolvería a Madrid, Emiliano se metió en el mismo sin una sola camisa de repuesto. Por suerte quedaban plazas libres, y así cerró definitivamente una etapa de su existencia.

Desde luego, fue un gran gesto de amor, pero ella también le haría ver, cuando le conviniera, que perdió entonces la oportunidad de visitar el templo de la Sagrada Familia. Ni siquiera consideró la posibilidad de abandonar un momento la cama del hotel de la Rambla donde el galán permaneció siempre tan deprimido que apenas le pudo hacer el amor una docena de veces. Todavía a la entrada de la que iba a ser su nueva localidad de residencia, se le escaparon a Emiliano algunas lágrimas al ver los adosados que adornaban los últimos kilómetros de la autovía. Construirlos habría sido su ilusión. Pero no todos los sueños tienen un final feliz. Se casaron unos meses más tarde, y ninguno de los hermanos de él se dejó ver siquiera en el juzgado. Miguel Angel, el ex marido de su señora y su empleador ya, no paró de tirarles arroz a la salida. Para esas fechas, este y Mari Tere eran ya toda su familia.

Cinco años más tarde, Mari Tere seguía siendo una mujer de gran atractivo que mantenía intacto el deseo de Emiliano por poseerla. Como jamás desatendía sus obligaciones para consigo misma, mantenía un cuerpo terso y prieto. Por demás, era de natural elegante y de ágil e inteligente conversación, y, a pesar de lo incomodo que le resultaba a veces su determinación de hacerle cenar cada noche sopa Juliana, él nunca consideró la posibilidad de perderla. A su lado se sentía seguro y, si le hubiera mostrado intención de abandonarle, se vería como el inválido al que amenazan con robarle las muletas. Lo de Cecilia era solo una locura, un impacto pasajero, una gamberrada de Cupido. Aunque hay veces que uno no puede evitar ser arrastrado por la locura.

Establecida cuatro días atrás en aquel templo de la modernidad madrileña en que comieron emparedados de plástico y ensalada de

granada y berros aliñada con vinagre de manzana, la cita próxima sería, sencillamente, un paso más hacia el definitivo paroxismo. Con los platos acabados, y como no era del todo insensible, aunque vendía programas informáticos, comprendió ella la dimensión de la tragedia del comensal y aceptó entonces encontrarse de nuevo sin condiciones en el terreno que él eligiera. Emiliano, que, a lo que se ve, no tenía resueltos ciertos traumas, le confesó que en días de enorme nostalgia se adentraba por algunas de las autovías de salida de Madrid para ver, a ambos lados de la misma, los adosados que perlan sus límites, y Cecilia, emocionada por la revelación, le dijo que pocos cosas le harían tan feliz como acompañarle en alguna de tan emotivas excursiones. Pues bien, la tarde de autos recorrieron un tramo de la de La Coruña antes de acceder a la desviación de El Escorial y, cuando él detuvo el coche en el restaurante de un motel de la carretera subsiguiente, que no le debía de ser del todo desconocido, tenía los ojos empapados de lágrimas.

“Yo hubiera hecho unos adosados monísimos, no exentos de funcionalidad”, le aseguró entre hipidos a la compañera de viaje.

“¡Me hubiera gustado tanto entrar en uno de ellos contigo!”, respondió la muchacha con la cara completamente ocupada por un gesto de comprensión.

Como cabía esperar, Emiliano volvió a padecer durante la cena aquella perturbación que sintiera al conocerla, la incómoda punzada en las proximidades del corazón, sino en el corazón mismo, pero no le preocupó porque ya sabía a que atenerse. Sin acordarse para nada de la sopa Juliana, que para entonces gozaría sola Mari Tere, estaba ahora junto a Cecilia compartiendo unas huevas de atún y una trucha salvaje y asalmonada, y era el hombre más feliz de la tierra. Por cierto, que la molestia física referida se le pasó en la cama de una habitación del piso inmediatamente superior al restaurante donde Cecilia se dejó arrastrar sin más trámites, tras disfrutar todavía de un helado de dos sabores y de una deliciosa copita de oporto.

“Nunca hice mejor el amor”, reconoció Emiliano cuando consiguió normalizar la respiración, alterada por aquel brutal orgasmo que acababa de sentir.

“Aquí el aire es mucho más puro que el de la ciudad”, dijo Cecilia que parecía tener la clave de la brutalidad de los orgasmos. “Quizá sea una tontería, pero para mí que estas cosas influyen”, agregó como si temiera malas interpretaciones.

Se oyó un silencio que rompieron los grillos, el ramaje de los pinos acunados por un viento suave que transitaba el exterior, las mariposas de la luz que revoloteaban en torno a la lámpara de la habitación; en fin, esos deliciosos ruidillos que amenizan la vida rural y que uno aprecia cuando se desprende de tensiones, impertérritas compañeras en la cotidianidad de la ciudad.

“Creo que nunca agradeceré lo bastante a Miguel Angel por habernos presentado”, dijo Emiliano con un aspecto relajado que para nosotros lo quisiéramos todos...

“El tiene también mucho que agradecerte”, matizó ella impresionada por la excesiva responsabilidad que contraía el interlocutor. “Tengo entendido que tu mujer está todavía de muy buen ver”, agregó para que apartara de sí ese cáliz.

Se produjo un silencio sepulcral durante tiempo indeterminado en el que callaron los grillos, paro el viento que mecía el ramaje de los pinos cercanos y se detuvieron las mariposas de la luz en pleno vuelo. Si, desde las proximidades de la lámpara de la habitación que antes revolotearon, cayeron algunas de éstas hasta el suelo. Ningún ruido lo delató, así pueden llegar a ser de respetuosos los insectos con el dolor de los hombres; aunque ellos, por lo general, se desentiendan por completo de su suerte.

“El muy canalla ha vuelto a iniciar relaciones con esa tal Mari Tere con la que estuvo casado antes de unirse a ti”, siguió Cecilia que aún tenía cosas que decir. “Mientras tu andas por ahí viendo los adosados que limitan las autopistas de los alrededores de Madrid, ellos se suben a los rascacielos del placer”, metaforizó con rabia. Un poeta maldito empapado en absenta no hubiera conseguido mejor imagen: “Me lo ha contado el propio Miguel Angel con la misma tranquilidad que podría haberlo hecho a sus amigotes en el bar”.

“¡Menos mal que te tengo a ti!”, acertó a exclamar Emiliano cuando encontró la fuerza de ánimo para superar la primera impresión de aquel nuevo golpe que le daba la vida...

“Bueno”, dudó ella, “yo he cumplido con lo de hoy. No voy a negarte que he hablado impulsada por los celos. ¡Tampoco te creo tan idiota para pensar otra cosa!.. Ya habrás deducido que Miguel Angel y yo somos amantes”.

Durante el trayecto de vuelta a Madrid, el rostro de Emiliano parecía una máscara de porcelana que congelaba un gesto insulso, a medio

camino entre cualquier emoción y su contraria. Ni siquiera se animó en los tramos iluminados de la autovía, cuando eran visibles los adosados que limitaban su trazado.

Dejó a Cecilia ante el portal de su casa y se retiró en seguida a la suya. Tumbada en la cama común, Mari Tere parecía interesada en un tríptico publicitario que enseñaba las ofertas del mes en un supermercado cercano.

“Me preocupa la afición que sientes últimamente por la lectura”, dijo el recién llegado dispuesto a brindar el enfrentamiento en el terreno del cuerpo a cuerpo.

“En la cocina ha quedado sopa Juliana”, respondió Mari Tere sin acusar la grosería. “A mí me siguen preocupando tus índices de colesterol”.

Aunque apenas concilió el sueño durante la noche pasada, a la mañana siguiente Emiliano entró en su despacho más pronto que ninguna otra. Parecía tranquilo, no en vano acababa de desayunar un inmenso tazón de valeriana de Soria. Enseguida comunicó con el domicilio particular de Alma, que atendió la llamada telefónica cuando salía de la ducha.

Se disculpó, por supuesto. Pero es que tenía que hablar inmediatamente con ella... Nada de excusas. Se encontrarían dentro de una hora en la cafetería más próxima a su casa.

“En fin…”, condescendió la mujer acorralada.

Antigua colaboradora de Miguel Ángel en la empresa de diseño gráfico de éste, Alma se había establecido tiempo atrás por cuenta propia y, aunque Emiliano apenas se relacionó laboralmente con ella, mantenían buena armonía profesional y la sabía al corriente de su prestigio en el ramo, que pensaba esgrimir para solicitarle trabajo. Desde que descubrió lo de Mari Tere no podía permanecer por más tiempo al lado de aquél tipo que burló de tal manera su amistad. Para colmo, el problema afloraba un par de días después de que el ex marido de su mujer le vendiera el cincuenta por ciento de la firma, a un precio, eso sí, bastante interesante.

“…Como comprenderás”, concluyó Emiliano ante Alma, no puedo seguir al lado del amante de mi esposa, aunque fuera antes su marido y sea ahora mi socio… Pero te prometo que esta vez reiré el último… Desde la tuya llevaré nuestra empresa a una situación crítica, cosa nada difícil pues de sobra sabes que soy el verdadero cerebro de la misma. Entonces compraré su parte a un precio todavía más bajo y le echaré a la calle a patadas…”. Mientras hablaba, se relamía como si ya estuviera vendida la piel del oso. Pero, de repente, cayó en la cuenta de que el oso seguía vivo y confesó sus propósitos con humildad: “Solo que, de momento, necesito un empleo… En fin, he pensado en ti”.

“Anda”, le animó ella mientras le despeinaba el flequillo con una ternura que él agradeció, pues andaba muy necesitado de cariño… “Subamos a casa y te prepararé otro café”.

Alma se lo sirvió con dos pastitas en el saloncito de música, pero luego consideró que él necesitaba todavía mucho más cariño y se lo llevo a su cama. Por cierto, estaba sin hacer, lo que demuestra que la chica era muy natural con las visitas.

“Nunca hice mejor el amor”, reconoció Emiliano cuando consiguió normalizar la respiración, alterada por el brutal orgasmo que acababa de sentir. “Creo que nunca agradeceré lo bastante a Miguel Ángel el habernos presentado”, siguió con un aspecto tan relajado que todos lo quisiéramos…

“Es él quien debe agradecerte lo que haces”, corrigió ella. “Tengo entendido que tu mujer está todavía de muy buen ver y que la tal Cecilia tampoco es cualquier cosa… Tu le cubres sus ausencias mientras él busca carne fresca sin contraer la menor responsabilidad con ninguna… ¿Es que no comprendes la jugada?..”.

Se produjo un silencio sepulcral que hubiera podido durar eternamente, pero que, por fortuna para nosotros, rompió al cabo de pocos segundos el propio Emiliano.

“¡Menos mal que te tengo a ti!”, acertó a exclamar cuando encontró la fuerza de ánimo para superar la primera impresión de aquel nuevo golpe que le daba la vida. Por lo visto sus intimidades las conocía ya todo Madrid…

“Bueno”, dudó ella, “yo cumplo mi papel en esta película revelándote solo un dato mas: Miguel Ángel ha descapitalizado la empresa de diseño gráfico y, con el traspaso de acciones, te ha endosado deudas importantes que contrajo en otros negocios…”.

Emiliano se sintió confundido. Por un lado sabía que tenía que hacer algo y, por otro, no sabía lo que tenía que hacer… Por fin se levantó de la cama y se puso los calzoncillos. Parecerá una tontería, pero con calzoncillos se vio a sí mismo mucho menos ridículo…

“¿Por qué me cuentas todo esto?”, preguntó, aunque sospechaba la respuesta.

“No voy a negarte que he obrado impulsada por los celos…”, admitió Alma. “Miguel Angel y yo somos amantes desde que comenzamos a trabajar juntos”.

Emiliano acabó de vestirse y salió a la calle que vagó durante mucho rato antes de decidirse a volver a la oficina. ‘Su oficina’ (o la mitad, al menos), podía haber dicho ahora con más razón que un santo.

“Cenamos esta misma noche, si te parece”, se adelantó a proponerle Miguel Ángel al verlo aparecer por su despacho con aire de estar dispuesto a proponerle lo mismo, y es que los tiempos son como son y muchos hombres de hoy día no saben arreglar sus asuntos fuera de los restaurantes. “Por cierto, tu pagas”, decidió unilateralmente. Y, como el recién llegado se asombró de la impertinencia, el otro no tuvo inconveniente en exponer las razones que le llevaron a formularla: “Es lo justo. Por dejar que te acostaras con Cecilia y con Alma me deberías dos comidas. Pero, con lo de Mari Tere, te debo una. Pues bien: dos menos una, igual a una. Está bien claro”.

Emiliano abandonó el despacho sin rechistar. Desde luego, aquél tipo sabía de cuentas.

“Alma se ha equivocado en lo de las acciones”, volvió a adelantarse Miguel Ángel horas después, cuando el camarero acababa de

ofrecerles la carta. “Es verdad que no vivo la mejor situación de mi existencia, pero son problemas transitorios de los que todos saldremos reforzados”, siguió con ese desparpajo tan grato del personaje. “Siempre quise tenerte como socio. Sin ti, me faltarían las manos y las piernas”... Y como lo que tenía que decir a continuación era mucho más intimo, encargó al servidor unas gambas a la plancha y un par de cervezas con las que abrir boca. Solo tras retirarse éste se abrió por completo al amigo; para él seguía siéndolo, al menos: “Mari Tere y yo nunca agotamos la pasión, aunque sí el matrimonio. Contra lo que haya podido decirte ella, fue por culpa de su maldita sopa Juliana que llegó a hacérseme insoportable. Por eso te quise en cuanto te vi. Para mi eras el héroe capaz de pasar por donde yo no pude hacerlo”... El camarero dejó sobre la mesa las gambas y las cervezas antes de escabullirse de nuevo. Con una de aquellas todavía en la boca, el orador encontró inspiración para retomar la palabra: “Ignoro si es por la dieta, pero habrá que admitir que Mari Tere está absolutamente en sazón, si me permites la expresión, claro”, se disculpó... “Pues bien, cierto día me telefoneó para tratar asuntos comunes que coleaban tras nuestra separación. Como de pasada me informó de que empezabas a flojear con las cenas... ‘Ah, eso si que no’, me dije... ¡Por fin éramos iguales!..”.

“Eso no te autorizaba...”, intervino Emiliano, aunque con tan escaso convencimiento que dejó la frase sin concluir. Al principio del discurso de Miguel Angel había estado ceñudo, pero, a medida que lo escuchó, fue convenciéndose de que las cosas son en realidad como son y que hacerse mala sangre solo va en contra de uno mismo. No se trataba de un gran descubrimiento, pero le evitó un mal rato que pareció inevitable y le permitiría gozar de la cena como gozaron tantas otras antes, siempre bajo un envidiable espíritu de camaradería. ¿Merecía la pena prescindir de esto por una mujer o incluso por tres?.. Sin necesidad de concretar la respuesta, degustaron un magnífico arroz con bogavante, rieron de la cruzada contra el colesterol que libraba Mari Tere, de la manía de Cecilia por los ambientes bien oxigenados y del comportamiento tan natural que mantenía Alma con las visitas. Es más, no se rieron de sus respectivas madres porque no vino a cuento. Luego se pelearon por pagar la cuenta, que afrontó finalmente Emiliano, y se fueron a un bar de copas a ponerse ciegos de whisky y a hablar de fútbol, de política y de hembras; en fin, lo normal.

“La penúltima la tomamos en mi casa”, mantuvo Miguel Angel tambaleándose, mientras Emiliano satisfacía el importe de la nueva factura. “Esto no acaba así”, advirtió aquél al encargado del establecimiento que les rogó poco antes que lo abandonase, superada

ya con creces la hora de cierre.

“¡De doce años!”, alardeó el dueño de la vivienda cuando, ya en terreno propio, tendió a su invitado un generoso vaso de whisky que éste engatusó con un par de piedras de hielo y una sombra de agua mineral.

“Exquisito”, reconoció, aunque, después de refrescarse la boca con un par de sorbos, abandonó el recipiente encima de un velador para escoger entre los compac discs distribuidos en un mueblecito próximo. Lo intentó seriamente, pero, con tanto alcohol como llevaba en el cuerpo, pronto se sintió incapaz para tomar decisiones.

Solícito como siempre, Miguel Ángel vino desde atrás para ayudarle a conseguir su objetivo.

“¿Qué tal La Traviata?, sugirió cuando llegó a su altura.

“Me encantaría”, dijo aquél tras unos segundos de concentración en que consiguió desentrañar la propuesta del bosque de eructos que se le escapó al amigo al formularla.

Sonó como si la interpretara en directo la Filarmónica de Filadelfia en el propio salón. A los primeros compases Emiliano se puso ya a llorar como un niño.

“¡Este maldito Verdi siempre consigue emocionarme!”, dijo para explicar la situación.

Miguel Angel tomó una de sus manos entre las suyas y el otro se lo agradeció porque estaba muy necesitado de cariño. Aquél lo comprendió así y enseguida le acarició la cabeza y luego le presionó para que siguiera sus pasos. Incapaz de racionalizar la situación, Emiliano se dejó conducir al dormitorio del amigo que, una vez allí, comenzó a desnudarle y a desnudarse entre evidentes signos de excitación hasta que quedaron ambos en la intemperie más desoladora o, dicho de otra manera, en pelotas. Para él todo acontecía en una nube, pero antes de que empezara a llover, se sintió iluminado por un extraño rayo de lucidez y entendió lo que se estaba jugando. En fin, no contento con todo lo que le había hecho, aquel hijo de puta le trataba ahora como a una de esas rameras (con perdón de Mari Tere, su señora) a las que humillaba cuando le venía en ganas.

Cargado de nuevo de un rencor que todo el alcohol del mundo no

ahogaría jamás, Emiliano olfateó por un momento la posibilidad de la venganza y, sin encomendarse al diablo ni mucho menos a Dios, sacó a pasear sus mejores dotes de seducción y consiguió poner a Miguel Ángel en la cama boca abajo, inmediatamente de lo cual aproximó su feroz virilidad a ese agujero del yacente que todos enseñaríamos en su misma posición.

Si por un instante Emiliano congeló sin embargo el movimiento, fue para regodearse con el inmediato momento en que se vería vindicado de las afrentas infringidas por el propietario de aquel asqueroso agujero que ahora tenía ante sus ojos. “El dulce placer de la venganza”, como estaba reconocido por los clásicos.

Pues bien, fue una decisión fatal.

Sacando, de no se sabe bien donde, fuerzas para lograrlo, Miguel Ángel consiguió invertir, en menos de lo que tarda en contarse, la posición de los cuerpos, y fue su miembro ambidiestro el que forzó la entrada por la cueva diabólica y virgen del antagonista.

Con el cirio de todas las grandes injusticias de la vida en su mismísimo culo, Emiliano emitió un lastimero aaaaay que no logró, sin embargo, apagar los trinos imperecederos de La Traviata.

Cobardía

En una de las mesas más retiradas del Harry's Bar, en la calle Vellaresso de Venecia, el reportero mostraba

su disposición a acabar el solo con los famosos martinis del establecimiento. Venía de una guerra maldita en el Asia central y no le estaba resultando fácil tragar el polvo y el humo que acumulaba en la garganta. Como en cada conflicto bélico registrado en la última década en el mundo, sus crónicas asombraron a los lectores de los más importantes periódicos de Occidente, que apreciaban sus lúcidos análisis, su prosa brillante y su enorme valentía para llegar a los escenarios de las batallas. En realidad, ninguno de ellos sabía su verdad, pues era un ser cobarde que no merecía estima. Musset, Byron, Proust, Mann, Hemingway y tantos consiguieron superarlo. Pero el se sentía desamparado ante la impresionante belleza de aquella ciudad conocida también como la Serenísima.

Autorretrato

Hasta Marta, que nunca fue precisamente una gran aficionada a la novela negra, cuestionaba el extraño empecinamiento de aquel policía inglés, engatusado en un señuelo que un niño llamaría "inocente" y que serviría al asesino para gozar de un tiempo precioso, fatal quizá para sus perseguidores. Absurdo de todo punto. Sobre todo, en un policía de esa nacionalidad que, aunque no lo aclarase el autor, sin duda por obvio, tendría varias licenciaturas por Oxford, al margen, claro, de las titulaciones específicas que lo acreditaban para ejercer el oficio.

Sin titulación específica alguna, no le resultó difícil a la mujer identificar el estridente griterío que se expandió entonces por la suya desde la habitación de al lado. Llegaban los indios a la pradera del televisor ante la que dormitaría Nicolás, su marido, y la inesperada irrupción alertó en su mente la fundada sospecha de que también ella pagaría las consecuencias.

De pronto, todo fue silencio y, enseguida, el hombre se enseñó, en efecto, en el quicio de la puerta del dormitorio con los ojos hueros por un vértigo delator, que se revelaba, además, en la indefinición de su paso. Al verlo de nuevo en traje de andar por casa, Marta sintió que un calambre de estremecimiento recorría su cuerpo. Sí, Nicolás era el asesino de aquellos pobres sioux que no cometieron otro pecado que el de defender el terreno que fue suyo hasta el último aliento de sus vidas. El mando a distancia del aparato en su mano derecha era prueba irrefutable. Como de costumbre, ya no lo soltaría en toda la

noche. Incapaz de alcanzar el final de una película cuando creía intuir el desenlace, de ese chupete mamaba día tras día la sangre que le alimentaba el sueño, la de Jeannette McDonnald y Gard Gable, a los que no permitió culminar jamás el beso que incendió San Francisco; la de Joel Grey, al que nunca dejó clausurar dignamente su Cabaret, o la de tantos otros héroes del celuloide merecedores de mejor trato. Por eso la mujer se negaba a acompañarle en sus sesiones asesinas de video con la que el esposo remataba indefectiblemente las jornadas. No quería irse a la cama con las manos manchadas. A él, eso no le preocupaba. En el aseo anexo a la estancia borraría ahora el sabor de la sangre de los indios, que le quemaba en la boca con un largo ejercicio de gárgaras cuya repugnante sonoridad le ofendería a ella sin remedio.

Cuando le volvió a ver, las fauces de Nicolás parecían dignas de recibir el cuerpo de Cristo, de relucientes como estaban. Para entonces ella empezaba a dudar de que el policía inglés de la novela hubiera estado alguna vez en Oxford; es decir, empezaba a dudar de que fuera realmente inglés. La pista que seguía no llevaba a ninguna parte y el malo de la narración ganaba así un tiempo precioso para desarrollar sus planes. Ajeno a toda impaciencia, el hombre le gastó una broma por el abusivo número de almohadas que había acaparado en torno suyo y Marta recompuso la postura para cederle las que le correspondían, según el régimen de bienes gananciales que les ligaba. Por su parte, se interesó por el interruptor del gas y, cuando él le dijo que acababa de apagarlo, iniciaba ya un nuevo capítulo del libro, aunque sin demasiado interés, eso sí, dado el confuso estado de la investigación.

En un segundo plano de su atención, los últimos movimientos de Nicolás tampoco estimularon las neuronas de su sorpresa. Desde luego, si el policía inglés fuese un egresado de Oxford, ni siquiera hubiera advertido Marta que aquél se despojaba del batín, escogía de la cómoda un pañuelo moquero para esconderlo en uno de los bolsillos del pijama e ingería la pastilla para la tensión con un largo trago de agua. Pero la bastardía de ese agente de pacotilla dificultaba su concentración, de modo que podía ser, al tiempo, lectora de una novela de misterio, crítica silente de la rutina del cónyuge y cazadora de moscas si alguno de esos insectos le hubiera importunado, cosa improbable pues la historia que contamos acontecía en un invierno frío por demás.

Dentro ya del lecho, Nicolás se acomodó en el filo del mismo sobre su lado izquierdo y se cubrió por completo con el edredón para entrar cuanto antes en calor y protegerse de la luz que le llegaba desde la

mesilla de la esposa. Pero, como el resultado en relación con la última pretensión no fue el apetecido, amenazó a ésta con decirle el nombre del asesino si mantenía la lamparilla encendida. Al parecer, había leído la novela una tarde cualquiera en que se olvidó de alquilar DVDs en el establecimiento donde lo hacía cada tarde antes de volver a casa. Marta, que no era de las que desconocen sus derechos, hizo ademán de marcar el número de la Asociación Contra los Malos Tratos a las Mujeres en el teléfono móvil que, en su presencia, mantenía siempre al alcance de la mano. Y él, resignado, se incorporó un tanto sobre las almohadas, iluminó su propio espacio y se puso a hojear un semanario de información y entretenimiento que ella le cedió con la misma displicencia del que da un juguete al niño para que deje de molestar.

La verdad es que a esas alturas de la velada la propia Marta sentía ya esa picazón en los ojos por la que se suele abrir paso la modorra. Y quizá hubiese cedido en la pelea de no ser porque el párrafo que acaba de leer parecía enseñar un nuevo hilo de la trama, al cabo del cual bien pudiera suceder que el policía inglés (no podía ser más que eso) acabase por desenrollar la madeja. Un dato sin aparente importancia que el agente valoró con exquisita inteligencia y oportunidad. Hay ciertas cosas que delatan la educación de la gente y Marta no albergaba de nuevo duda de que aquél contaba en su expediente académico con más de una licenciatura por Oxford. Al margen, claro, de las titulaciones específicas que lo acreditaban para ejercer el oficio. Sí, el caso estaba muy emocionante.

Marta reflexionaba sobre las derivas del mismo con la vista perdida en el vacío y Nicolás terminaba para entonces de leer el editorial del semanario, texto desasosegador por el enfriamiento de la economía europea que presagiaba. Prendida la mujer en sus elucubraciones, no prestó atención al esposo que, de modo mecánico, comenzó a pasar las páginas siguientes del semanario a un ritmo tal que apenas le permitía leer sus titulares: Ahora, el de una información sobre las tensiones étnicas en las repúblicas periféricas de la antigua URSS; después, el de la entrevista a una prostituta senegalesa que ejercía por las tardes el oficio en la Casa de Campo madrileña y estudiaba el tercer curso de ingeniería Naval por las mañanas; más tarde, los de la inevitable sección rosa donde las viejas estrellas nacionales de la farándula lucían al lado de jóvenes cubanos, dulces y sorprendidos por la atención que se les prestaba en España; enseguida, el del reportaje gráfico erótico en el que el hombre apenas se detuvo, ávido como esta

ba por llegar a las viñetas humorísticas. Sólo cuando apreció las mismas, volvió Nicolás sobre los propios pasos para detener su atención donde no la había detenido antes.

Marta oyó sus primeros suspiros como si oyera el vuelo de un moscón superdotado capaz de desafiar el frío del invierno. Incluso se mantuvo un tiempo en estado de alerta por si se hacía necesario intervenir. Cuando comprobó que la respiración del esposo se tornaba entrecortada y arrítmica, se volvió hacia él de inmediato, pues aquellos bien pudieran ser los prolegómenos de la desgracia, una angina de pecho, por ejemplo, y enarboló el teléfono móvil por si se hacía inevitable avisar al servicio de ambulancias. Para entonces, la trama de la novela parecía desentrañada y no esperaba mucho más de ella.

Nicolás era ya el único capaz de sorprenderla. Tal que las alas de una mosca cojonera, sus manos revoloteaban nerviosas sobre la publicación como si en lugar de ésta gozará entre las mismas de la presencia real de la modelo allí representada: Una caricia en este cachete del culo, un pescozón en uno de los pezones... La tía, desde luego, estaba como para comérsela. Nicolás se comió una foto en que

la maniquí posaba a cuatro patas para enseñar el volumen esférico de su trasero; otra en la que se abría de piernas frente al objetivo, mientras su cara, medio oculta por unas medias de seda, enseñaba la encendida oquedad de una boca absorbente... Fue todo un festín y, de no reparar a tiempo en que allí se acababa la chicha, se hubiera comido el artículo de Javier Figuero impreso en la página donde acababa el Edén, tanta hambre atrasada tenía el tipo.

Excitada como aquella manada de indios que defendió su identidad en las praderas del televisor, Marta arrojó el libro a varios metros de distancia y clavó una flecha envenenada en el entrecejo del policía inglés, allá se las apañase él con los conocimientos adquiridos en la Universidad de Oxford. A punto éste de expirar, Nicolás se volvió a ella y, al notarlo próximo, dudó si el equipaje que le estaba depositando en el muslo era el semanario arrebujado en que inspirara antes su fantasía o el músculo viril que tan raras veces sacaba a pasear de la entrepierna. Muerto definitivamente el detective, tendría que resolver el misterio por sí misma.

Lo resolvió al verle despojarse del pijama. El cuerpo de Nicolás quemaba de tal modo que el problema era ya pan comido. Lo que hizo en adelante lo hubiese hecho cualquier mujer a su temperatura. Dispuesta a cuatro patas para enseñar el volumen esférico de su trasero, él embistió como una fiera hasta llenárselo, pero Marta se abrió de piernas frente al objetivo del oponente, que se vació de nuevo en el sitio propuesto, mientras su cara, medio oculta por unas medias de seda, enseñaba la encendida oquedad de una boca absorbente a la que no tardó en llegar el esposo, confiado de topar al fin con el mejor extintor.

Quedaron como pavesas sobre el campo de batalla, a merced del aire, pues, con todo, se vieron obligados a abrir la ventana para relajarse, aunque era pleno invierno. Antes de dormirse, Nicolás no tuvo siquiera fuerzas para ponerse el pijama. Por lo que a Marta respecta, apenas lo encontró para prometerse una próxima llamada de agradecimiento al director de la publicación.

Cumpliría el compromiso a la mañana siguiente, porque hay cosas que no conviene dejar para más adelante. Y es que no era solo el dinero que se le dio por posar en aquella sesión fotográfica reproducida en el último número de la revista, y del que se sirvió para tapar alguno de esos agujeros que siempre hay en toda economía doméstica... Ciertas cosas están, incluso, por encima del dinero.

Callos a la madrileña

Este será un día para recordar", se dijo Daniel Santacruz con la vista fija en la copa balón que estrangulaba entre sus manos y a la que todavía pensaba arrancarle un último sorbo del gin gonic, el que mejor sabe de todos. Caía la tarde, y él, como siempre, la despedía recién duchado y exquisitamente vestido. El tiempo idóneo para hacer balance de una jornada que le ofreció dos razones al menos para hablarse como se habló. Primera: En toda su vida de jugador esmerado y constante jamás consiguió antes un recorrido de uno bajo par al campo de golf del club donde practicaba cada atardecer. Segundo: acababan de avisarle de que había muerto su madre. Todavía en el bar del complejo deportivo, unos amigos le felicitaban por aquello enseñándole sus mejores sonrisas y otros le mostraban su sentimiento por esto con caras compungidas. En fin, una de esas situaciones incongruentes que permite la vida.

Desde que le metió la teta en la boca para proporcionarle el primer alimento de su existencia hasta esa misma mañana en que le despidió con el beso de costumbre, Daniel Santacuz había recibido los mimos puntuales de una madre insuperable que jamás dejó de verle como un niño, aunque ya contaba cincuenta y cuatro años. La mujer no tuvo mejor misión en vida que ocuparse de él y bien se puede afirmar que murió en acto de servicio. Aún le parecía verla en el quicio de la puerta de salida de la casa donde convivieron hasta ese día sin otra presencia extraña y ocasional que una externa peruana contratada para afrontar los trabajos más duros. ¡Una verdadera santa! La madre, claro, no la peruana.

No intentamos decir con esto que el nuestro fuera uno de esos hombres enmadrados con los que con tanta facilidad tropiezan los freudianos argentinos y las escritoras de manuales feministas. No, no, Daniel Santacruz tenía su propia vida laboral como podólogo, otra de relación con los amigos para jugar al mus y al golf y beber gin tonics e, incluso, una tercera de crápula con tres o cuatro amantes para alternar, ninguna de las cuales se parecía a la madre, aunque tampoco se le ocurría pensarlas para sustituirla en su corazón. En definitiva, un tipo normal que no tuvo la suerte de encontrar a su debido tiempo la mujer ideal para acompañar su existencia y la de la progenitora. Por fortuna para él, ésta supo paliar con creces la desgracia: Le hacía comiditas, le planchaba las camisas a su gusto y jugaba con él cada noche a la canasta y a las tres en raya. Se comprende que la pobrecita dejara tras ella un terrible vacío en el protagonista de nuestra historia.

"Ahora tendré que contratar una interna", siguió diciéndose Daniel Santacruz sin decidirse a consumir el último sorbo que aún guardaba la copa balón estrangulada entre sus manos. Ahí ahogaba la vista y la imaginación y, solo si consiguiera ponerlas a salvo, se levantaría y saldría corriendo para casa donde la externa peruana estaría pintando los labios y las mejillas al cadáver de su madre, tal y como se comprometió entre sollozos cuando le llamó al teléfono móvil para darle la noticia. Aunque, poco a poco, iba tomando conciencia de la magnitud del problema. "O tendré que casarme...", se concedió. Siempre, claro, que encontrase una chica hacendosa y buena "como mamá".

Sería difícil. Para un hombre con sus méritos intelectuales y con su sensibilidad, los matices más nimios de relación con los extraños están siempre acompañados de sorprendentes incomodidades y pequeños resquemores. Además, sustituir a la más santa entre todas las mujeres no era empresa fácil. ¿Dónde encontrar una mujer que planchara los cuellos de camisa como ella, dónde que cocinara sus platos sin traicionarlo?.. Sin ir más lejos, esa misma noche, superados los enojosos trámites que se ven obligados a afrontar los familiares tras la muerte de un ser querido, Daniel Santacruz dejó un rato a la externa peruana a cargo del velatorio y se fue a casa a comer unos callos a la madrileña que mamá le había reservado desde el mediodía. ¡Qué obra de arte!.. Sí, sí, ¿dónde encontrar a una mujer capaz de hacer unos callos a la madrileña como aquellos y reservártelos para la cena sin que pierdan aroma ni sabor?..

Durante el mes que siguió, Daniel Santacruz probó a tres internas, pero en ninguna encontró las cualidades que exigía. La primera, que era filipina, cortaba todos los alimentos en porciones muy pequeñitas

y a él eso le daba mucho asco porque no sabía si le estaba dando ternera o rata; la segunda y la tercera eran españolas, pero aquella le quemó el cuello de una camisa de seda en la que se había hecho bordar sus iniciales en el delantero y esta cantaba durante todo el día por bulerías. También salió con un par de mujeres, una clienta suya a la que en una sesión previa le había dejado unos pies como para exponer, pero que le gustaba mostrar a demasiados hombres, y una consocia del club deportivo de la que se alejó enseguida, abochornado al enterarse de que jamás subía de – 4 en el recorrido del campo de golf del complejo. Las hembras que te humillan en el deporte suelen ser insolidarias y poco dóciles en casa, lo contrario de lo que él estaba buscando.

Siguió aplicándose a la tarea en los meses siguientes, pero las cosas no salieron como el esperaba. Desesperaba en realidad, cuando una tarde, con la vista fija en la copa balón que estrangu

laba entre las manos, se dijo con el fatalismo que cabe imaginar: “Tendré que ocuparme de mí mismo... No queda otro remedio”. Caía la tarde, y él, como siempre, la despedía en el club deportivo, recién duchado y exquisitamente vestido. Pero fíjense el estado en el que se encontraba que llegó a hablarse de esta terrible manera: “Yo seré mi propia mama”... Estaba muy desanimado, no cabe duda.

Dicho y hecho. Si en vida de la progenitora le llegan a decir que algún día se vería como se veía, no lo hubiera creído. Pero estaba dispuesto a todo antes de entregarse al desordenado capricho de una mujer incapaz o demasiado sabihonda. Para vacunarse contra ese mal, asistió a cursos de cocina, uno de ellos de alta repostería, aprendió a planchar

a base de mucho tesón, a distinguir la merluza fresca de la que ofrecen los dependientes en las pescaderías y a ponderar las distintas ofertas de los supermercados para que la compra le saliera ajustada. En casa ya todo lo hacía él, que era, por otra parte, la única persona que la habitaba, y cuando tuvo que tirarse al suelo para darlo de cera, pues se tiro, y en paz. Pronto, la única cosa que le faltó a Daniel Santacruz para poder considerarse su propia mamá fue preparar unos callos a la madrileña tan deliciosos como los que dejó en herencia aquella santa que le dio el ser. Sería la prueba definitiva para considerar superado el desamparo. En el cielo, cuando la pasara, la auténtica mamá podría descansar tranquila.

Le echó voluntad, eso desde luego. Un día tras otro cocinando callos, dale que dale... Compraba las tripas de la vaca y las lavaba con agua de vinagre, cortaba los bordes a las pieza, que suelen estar algo resecos; los troceaba, los ponía a la lumbre con su choricito y su morcilla; los condimentaba... Pero, no, no, para qué nos vamos a engañar: Nunca le salían como los de mamá. Cada prueba se saldaba con un nuevo fracaso y eso le quitaba autoestima y agrandaba en su interior la nostalgia del ser querido. Definitivamente, nuestro héroe había pinchado en hueso.

Pero como, mientras hay vida, hay lo otro, cierta mañana Daniel Santacruz acunó, de pronto, una nueva esperanza. Esperanza, una señora de buen ver y mejores formas con la que alguna vez había coincido a la hora del desayuno en una cafetería cercana a su consulta, le dijo que organizaba excursiones a localidades cercanas a Madrid de gente sin relaciones, que podían así establecer nuevas amistades. Ella era sargento de la Guardia Civil y no hacía aquello por negocio. Solo quería ser solidaria con la sociedad en la que vivía, siempre con un fuerte déficit de solidaridad. Concienciada del problema, se comprometió un día con el cuerpo, pero aún podía aportar mucho más, de ahí lo de las excursiones de fin de semana, cuando no estuviera de servicio, naturalmente. Pues bien, el próximo no lo estaba. Irían a Zaragoza a saludar a la Virgen del Pilar y contaba con nuestro protagonista. Para afianzar el grupo, los viajeros cenarían la noche del viernes en un pequeño restaurante de comida tradicional con cuyos propietarios ajustaba siempre ella un precio muy razonable. Esta vez les harían unos callos a la madrileña. Seguro que se chupaban los dedos.

“¿Callos?”, preguntó nuestro hombre con la curiosidad que cabe imaginar. “¿A la madrileña?”, insistió... La verdad es que a estas alturas del cuento estaba ya muy escaldado y no quería hacerse demasiadas ilusiones.

“Callos”, confirmó Esperanza, algo ofendida de que se pusiera en duda la palabra de un miembro de las fuerzas de seguridad nacional. “A la madrileña”, enfatizó desafiante.

“¡Un intento más!”, se arengó Daniel Santacruz con la vista fija en la copa balón que estrangulada entre sus manos y a la que todavía pensaba arrancarle un último sorbo de gin gonic, el que mejor sabe de todos. Caía la tarde del viernes, y él, como siempre, la despedía en el club deportivo recién duchado y exquisitamente vestido. Aunque ya estaba muy escaldado de todo, no quería perder definitivamente la esperanza. Iría a cenar al lugar fijado por la amiga.

Fue. Y, dentro ya del local, mientras esperaba que el camarero les sirviera el guiso, Daniel Santacruz tenía la boca hecha materialmente agua. El grupo lo conformaba gente amable y extrovertida y alguna mujer estaba incluso de buen ver. Se fijó en las manos de cada una de ellas por si revelaban práctica en las tareas domésticas. Alguna parecía prometer.

Le pusieron el plato de callos a la madrileña delante de los ojos. Tenían buena pinta, con su choricito, su morcillita y todo... Sirvió vino tinto a tres o cuatro personas próximas a él y luego lleno su propia copa. Dio un sorbo. Pincho uno de los trozos que parecían más jugosos... No quería hacerse demasiadas ilusiones...

“¡Cómo los de mamá!”, exclamó sin ser consciente de que elevaba su voz por encima de la del resto de los comensales que le miraron entre sorprendidos y divertidos...

“Este tipo tiene gracia”, dijo uno de los comensales. “Me gustaría ir a su lado en la excursión”, agregó...

Todos rieron. El hizo lo propio, como si aquella fuera la cosa más divertida que había oído nunca.

A mediodía del lunes siguiente volvió a hacer el almuerzo al restaurante en el que cenó el viernes. Solo, esta vez. Pidió callos a la madrileña. La excursión del fin de semana resultó un tanto agobiante y un plato contundente como ese le reanimaría, aunque tampoco se trataba de ocultar otros intereses. Como Esperanza, la organizadora de la misma, era sargento de la Guardia Civil, les llevó por Zaragoza a paso de instrucción, si bien no fue él de los más perjudicados. Por el contrario, algunas de las viajeras le admiraron por su buen estado físico y él las informó de que jugaba cada tarde al golf y les dio su

teléfono por si necesitaban algún arreglo de pies o se entendían en alguna cita común. Pero todo esto ya no importaba demasiado... Los callos estaban nuevamente deliciosos, eso era lo importante.

“Daría algo por conocer la receta”, le dijo Daniel Santacruz al camarero...

“Comprenda usted, señor, que no podemos ir revelando nuestras especialidades por ahí”, le respondió. “Ya sabe que el secreto industrial es uno de los pilares de la economía capitalista”.

Daniel Santacruz le enseñó un billete de cien euros, pero el tipo dijo que “de ninguna manera”. Dobló la oferta, la quintuplicó... Inútil.

“Déjalo de mi cuenta”, le dijo Esperanza al ver que el problema era serio y una vez informada de todo. Como buena guardia civil sabía hacer cantar a las personas.

Pero falló.

“Bien es verdad”, aclaró al amigo, “que no me ha parecido oportuno emplear ciertos métodos”.

El estaba dispuesto a emplearlos. Se trataba de mamá, eso lo justificaría todo. La santa sólo descansaría tranquila cuando supiera que a él no le faltaba de nada...

“La receta”, pidió imperativo Daniel Santacruz con la vista puesta en el cuchillo que colocó en el gaznate del camarero, y éste no tuvo ya la menor duda de su determinación. Aquella tarde el tipo se había pasado más de una hora merodeando por los alrededores hasta que no quedaba un solo cliente en el restaurante, momento en el que irrumpió en el local para consumar la felonía que planeaba... “La receta o la vida”, concretó todavía el intruso por si quedaba algún cabo por atar. Nada excesivamente original, pero cosas así siguen dando resultado.

“La vida”, acertó a hacerse entender el secuestrado con apenas un hilillo de voz.

“Pues canta”, le impelió el terrorista con un gesto de crueldad que daba miedo.

“Son de lata”, informó al fin el camarero con la sinceridad del terror instalado en sus ojos… “Se lo juro”, reiteró lloroso por si el otro se lo tomaba a broma y le soltaba un tajo en el pescuezo.

“¡No joda!”, acertó a exclamar al agresor en pleno ataque de desilusión.

“Si usted me permite…”, solicitó el camarero mientras se zafaba del abrazo malintencionado de Daniel Santacruz que le siguió alelado hasta la despensa del establecimiento. “Vienen en tamaños familiares”, le informó enseñando el recipiente de conserva que alcanzó de uno de los estantes superiores de la misma…

Daniel Santacruz quedó unos instantes abstraído… Después aceptó la lata que le tendía el azorado interlocutor y la miró con mucha atención. Por fin musitó:

“Vámonos a casa, mamá. Debes estar cansada”.

Y, sin más, dio media vuelta y salió del local.

Gato

Cuando notó que el animal hacía las primeras marcas a lo que consideraba su territorio, él dijo: “Habrá que castrar al gato”. Pero ella, que amaba mucho a los animales y lo había traído a la casa recién nacido, mostró su desacuerdo.

Aquello lo consideraba “un crimen” y no estaba dispuesta a consentirlo.

En los días siguientes él se siguió quejando del “olor infernal” que provocaba en la vivienda el minino y, aunque ella fregaba incansablemente con lejías y detergentes y rociaba ambientadores muy buenos por todos los rincones, un imprevisible capricho de la bestia convertía en inútiles todos sus esfuerzos.

Mientras a ella se le escapan por las mejillas alguna que otra lagrima, una mañana él empaquetó sus pertenencias y puso los bultos dentro del maletero y sobre los asientos traseros del coche y partió hacia un apartamento que consiguió alquilar poco antes por teléfono. Tumbado en la cama del que iba a ser su nuevo hogar, lloró un buen rato, después de haber distribuido sus cosas por aquél espacio sin referencias. Enseguida se quedó dormido y al despertarse de madrugada miró por la ventana y sintió que

la soledad formaba pacientemente un nudo en su garganta que pronto le ahogaría. Entonces abrió de par en par las hojas y trepó hasta el tejado del edificio.

Encaramado allí, pasó maullando el resto de la noche, pero las gatas de la vecindad notaron que no era uno de los suyos y ninguna se dejó seducir por sus zalamerías.

Disputas conyugales

“Querida...”.
“Amor...”.
“¿Todo bien, cielo?”.
“¡Puafff..!”.
“¿Pasa algo?”.
“Que me gustaría tenerte conmigo”.
“¡Cielo..! Pero dime, ¿qué haces, amor?”.

“Punto... ¡Qué voy a hacer, tonto! Tu jersey. ¡Lo sabes de sobra!”.

“Me gusta oírtelo decir, eso es todo. Me gusta saber que solo estás pendiente de mí, que nadie existe para ti salvo yo mismo”.

“Bueno, mi amor, eso si que no... ¡También veo la televisión!”. “¡Eso no importa!.. ¿Y qué dan ahora, cariño?”.

“¡Tonto!.. Quieres oírmelo decir, ¿verdad?.. Pues bien, estoy viendo tu serie favorita”.

“¿A que no te has acordado de grabarme el capítulo?..”. “¿Tu que crees?”.
“Seguro que sí”.
“¿Entonces?..”.

“No sé, cielo... ¡Te imagino tan ensimismada con el punto!”. “Lo estoy.
“¿Por dónde vas?”.
“Por la sisa”.
“¿Y estará terminado para el domingo?”.
“Claro. Estate tranquilo, cielo”.
“Te adoro”
“¡Tonto!..”.

“Pero no quiero que sigas mucho rato... No, de verdad, cielo, ya sabes que luego te duele la columna”.

“Lo dejaré cuando vengas”.

“No, no, amor... Precisamente tenía que decirte que llegaré t a rd e”.

“¿Tarde?..”.
“Aún nos falta un buen rato”.
“Pero, amor...”.
“¡Qué quieres, en la agenda hay varios temas por discutir”. “¡Pensaba hacer arroz!..”.
“¡Si fuera por mí!.. ¡Ya sabes lo que me gusta el arroz!..”.

“¿Por quién entonces?... Anda, cariño, diles que ya está bien por hoy”.

“No, querida, de verdad...”.
“Hazlo por mí”.
“Te lo juro, cielo, no puedo”.
“Si puedes”.
“No puedo”.
“Sí, sí puedes”.
“No, querida, esta vez me es imposible”.
“Pues no me sienta nada bien”.
“¡Mi vida!..”.
“Como lo oyes”.
“Pero amor...”.

“Es lo mismo de cada día. Tu siempre fuera de casa y yo aquí, pudriéndome, sola como un hongo”.

“No me digas eso, vida, que me destrozas”.
“Sí, lo digo, lo digo”.
“¡Querida!”.

“Y estoy hasta las narices, te lo advierto”.
“No seas así, amor”.
“Claro, para ti es muy fácil... Ahora mismo dejo el jersey...”.
“¡Mujer!”.
“Sí, lo dejo, lo dejo. Aunque se suelte la sisa...”.

“Está bien. ¿Sabes lo que te digo?.. Que hagas lo que te de la g a n a”.

“Me da la gana que vengas ahora mismo”.
“Mi amor, sabes que eso es imposible”.
“No lo es”.

“Si lo es. No es solo mi opinión la que cuenta...”.

“Pues que se enteren que es la que vale. ¡Ya va siendo hora de que lo entiendan!”.

“Tu también tendrías que entender algunas cosas”. “Ah, ¡si?.. ¿Qué tendría que entender yo?”.
“Nada, amor, olvídalo. Era una tontería”.

“Tendría que entender quién lleva los pantalones en casa, ¿no?.. Eso era lo que querías decir, ¿verdad?... Anda, dilo, dilo...”. “No seas tonta... Sabes muy bien que yo jamás te diría una cosa así”.

“Pero lo piensas, lo piensas”.
“No lo pienso”.

“Sí, sí lo piensas... Ves, me has hecho llorar...
“Pero, amor... No hay ninguna razón...”.

“La hay... Tus insinuaciones de siempre. Esa es la razón... Anda, reconoce que era eso lo que ibas a decir...”.

“Que no, cielo, que no... Te pido que me creas”.
“Pues entonces, di, ¿qué era?”.

“Esta bien, querida. Deseaba únicamente recordarte que soy el presidente del Gobierno de este país y que el consejo de ministros discute hoy el nuevo plan de modernización de infraestructuras viarias. Nos ocupará más tiempo del que todos pensábamos. Solo eso, cielo. Solo eso...”.

Higos frescos

Se mire por donde se mire, aquello fue un mal trago. Al menos yo no he conseguido desprenderme todavía de ese gusto que se me impone repentinamente sobre cualquier otro en los momentos más insospechados e inoportunos. Por ejemplo, el otro día me llegó cuando apenas había dado un par de bocados a una langosta prieta y bien salseada con que me homenajeaba tras seducir a mi profesora particular de alemán, una hembra sólida a la que conocí semanas antes como esposa de un ex compañero de la Universidad y que despertó de inmediato en mi la vieja aspiración de llegar a leer a Goethe en versión original. Gracias a sus enseñanzas, el marido interpreta con soltura los balances contables que la casa madre de Colonia envía a la sucursal bancaria donde trabaja. Es decir, que tenía autoridad para recomendármela, como hizo. El dinero extra ingresado con las clases les ayudaría a pagar la hipoteca y, aunque la mujer adivinó desde el principio en mi mirada la complejidad del asunto, él la convenció de que la sociedad capitalista en que vivimos exige la colaboración de toda la familia. Siempre fue un tipo muy capaz. En cuanto a ella, para qué contar, con esos morritos que dibuja para forzar la pronunciación de su idioma natal, consciente ya de mi dudoso oído para las lenguas...

En fin, que fue un momento inoportuno. Claro, que peor hubiera sido si el gusto al que aludo me llega a venir cuando estaba comiéndome a la tedesca. Lo de la langosta se solucionó tras retirarla de mi vista; a ella no hubiera renunciado tan fácilmente. Además, ni siquiera me cobraron el servicio. El restaurante donde sucedió el hecho se honra

desde tiempo atrás por tenerme como cliente y su maitre asoció mi falta de orden con una descalificación, si bien educada, a la labor del cocinero. Me rogó encarecidamente que no insistiera con lo de la cuenta y me invitó a un whisky de doce años, auténtica ambrosía. Se portó como un caballero. Ya digo, yo voy mucho por el local, y es que hay ciertas cosas que merecen celebrarlo a lo grande.

Lo que cuento no es un caso aislado. Y no me refiero a lo de la tedesca, pues no es mi intención quedar como un presuntuoso, pero el gusto en cuestión irrumpe inesperadamente en mi paladar sin que nada logre evitarlo. Una especie de maldición que alcanza asimismo a Florencio y a Santiago. Afectados por el mismo mal, ellos son partidarios de ponerse en manos de un psicólogo, pero yo les contesto que la herida no está curada y que quizá sea normal que las cosas sucedan todavía de este modo. Dejémosla cicatrizar sin que nadie hurgue en su interior.

Como ustedes no saben nada de ellos, les diré que Florencio y Santiago son mis mejores amigos; hermanos, diría. La larga tradición de nuestros encuentros, los versos recitados al unísono y las lecturas comentadas hasta altas horas de las madrugadas, las comilonas compartidas, las magnificas borracheras que alimentamos y gozamos en común, las empresas amorosas en que nos vimos envueltos; en fin, todo eso y muchas otras experiencias me autorizan a darles ese tratamiento. Nos une un cariño filial y la rivalidad no tiene cabida en nuestro ánimo. Como no sea, claro, para jugar al mus, ocasión en la que solemos implicar a un cuarto punto (así se habla en el argot de los aficionados) de entre el resto de los habituales a El Balandro, un pub en el que recalamos cada tarde con la seguridad de encontrarnos.

Amigos para lo que haga falta, jamás competidores. Créanme, a mí, cuando escribo, me gusta ser exacto y no perderme en conceptos ambiguos a los que tan aficionados son otros prosistas modernos. Ni siquiera el hecho de que Florencio, Santiago y yo mismo, Adolfo Tápero, para servirles, nos movamos en el mismo campo de actividades, malicia nuestra relación en lo más mínimo. Somos poetas, excelentes poetas diría, si se me permite la inmodestia. Y, al margen de la lírica, lo único que nos interesa de verdad a los tres en esta vida es divertirnos. Esto nos interesa una barbaridad, para qué les voy a engañar... En fin, que, como pueden ver, estamos en dos empeños dificilísimos. Pero juntos, hombro con hombro para lo que haga falta. Cada uno con su personalidad, eso sí. Nada tenemos que ver con esos poetastros que formar efímeros grupitos para significarse y acaban sacándose los ojos los unos a los otros. Nuestros credos estéticos son diferentes; nuestro modelos literarios, muy varios. Y, aunque no

entraré en materia al respecto por no cansarles, sí les diré que nos respetaremos y apoyaremos hasta la muerte, pues sabemos, como el Dante, lo que aquellos ignoran; esto es, que en la gloria caben tantos poetas como luceros en el cielo. Mas no teman, no voy a ponerme trascendente.

Hace tan solo unas semanas, y eso servirá para ilustrar mis últimas reflexiones, Florencio publicó un excelente libro titulado La oscuridad de la luz, que esa pandilla de ineptos que domina ahora la crítica poética en España y copa las instituciones capaces de dar resonancia a la tarea lírica trataron inmediatamente de silenciar. Con el paso de los días, resultaba desalentador comprobar que ningún medio de comunicación se hacía eco del trabajo. Encendidos por el sin sentido, Santiago y yo decidimos acudir a una serie de actos de esos que han dado en llamarse culturales, cuando solo son el escaparate del nepotismo que rodea nuestro mundo. Como podrán figurarse, se trataba de llamar la atención sobre el despropósito. Por eso, viniera o no a cuento, interveníamos en los coloquios y ponderábamos el texto del compañero, mientras descalificábamos la importancia de las reuniones. No les ocultaré que estuvimos a punto de ganarnos más de una hostia, pero lo importante era el resultado final. Quizá para no tener que seguir soportando nuestras agresiones verbales, algunos críticos reseñaron el logró del amigo, fatalmente dispuesto por entonces a reconsiderar su idea de que en la oscuridad pudiera haber luz, tan deprimido se encontraba el pobre.

Cumplido nuestro objetivo, entendimos que había llegado la hora de celebrarlo a nuestra manera. Así se lo expusimos a Florencio que acogió la idea con regocijo y hasta con emoción. Por desgracia, los acontecimientos sucesivos retrasaron su ejecución, pero, tras unas semanas que llegaron a hacérsenos eternas, una noche nos fuimos a cenar ostras gigantes, percebes del Cantábrico y otros deliciosos aperitivos que regamos con excelentes vinos de Rueda; ya he dicho que nos gusta sacarle provecho a la vida. Pues bien, fue precisamente tras aquel generoso condumio cuando empezaron a evidenciarse los primeros síntomas que justifican la historia que cuento y que trataré de completar con la mayor simplicidad, pues, antes que motivación literaria, me anima a ello el deseo de exorcizar las culpas colectivas. Como escritor que soy, escojo esta vía. Nunca pasé por hombre de fe, de otra manera puede que hablara con un pastor de almas en vez de hacerlo con ustedes. Cualquier cosa menos seguir padeciendo la angustia que me corroe... Pues bien, las cosas sucedieron de la manera que sigue.

Como comprenderán, para celebrar la buena nueva, Santiago y yo no

podíamos conformarnos con organizar un encuentro gastronómico, por interesante que fuera. Ya se sabe que no solo de ostras viven los hombres. Por fortuna habíamos conocido pocos días antes a dos mujeres muy bellas, a más de grandes aficionadas a la poesía, que es lo más estimable. De treinta y seis y dieciocho años respectivamente, eran, para mayor casualidad, madre e hija. Y, como parecían sensibles a los sonetos, les declamábamos en nuestros encuentros algunos deliciosos, aprendidos, a veces, de otros autores, o improvisados, tal es nuestra facilidad para encadenar cuartetos y tercetos. Y aun, ocasionalmente, añadíamos estrambotes. Pues bien, tanto las impresionamos con esas y otras habilidades que un día nos llevaron a su casa para presentarnos a la abuelita, señora de cincuenta y cuatro años (en esa familia las mujeres parían al parecer con regularidad cada dieciocho) que resultó más elegante y atractiva, si cabe, y con un gusto lírico tan exquisito que, en cuanto se lo propusimos, aceptó sin remilgos asistir con sus pequeñas al homenaje que preparábamos. Hay etapas de la vida en que nos persigue la fortuna, y esta corría desatadamente tras nosotros. Los hombres solos acaban bebiendo una barbaridad y se ponen patosos cuando se juntan, pero las mujeres dulcifican sus comportamientos y les llevan por el buen camino. Las cosas como son.

“Hay momentos que la vida toma contigo café…”, entonó Santiago en mi presencia a Florencio que acababa de llegar a El Balandro. Pero éste interrumpió la canción de Joan Manuel Serrat que el otro rememoraba sin ninguna consideración.

“Prefiero whisky”, dijo. Se le veía muy cabreado.

“¿Estás cabreado?”, pregunté. “Ya sabes que mañana es el día elegido para el homenaje.

“Me temo que tendréis que excusarme”, musitó con abatimiento.

Santiago y yo le miramos sin entender.

“¡Pero tío”, exclamó éste, “si hemos citado a todo un árbol genealógico!”.

“Angelines, mi mujer”, desveló nuestro interlocutor, “está enferma. No puedo dejarla sola”.

“¡La puta!”, se me escapó.
“No jodas, tu”, me increpó Florencio.

“No, hombre...”, me disculpé, es una expresión... Y enseguida me puse constructivo: “Que se eche un poco de cognac en el vaso de leche y ya verá como se le va la gripe. Yo, además, acostumbro a tomar algún antibiótico, más vale prevenir...”.

“¡Ojalá fuera tan fácil!”, admitió Florencio con una pesadumbre que daba pena... “Se trata de hepatitis. El médico le ha recomendado reposo absoluto y no queda más remedio que ayudar en lo que se pueda. Tendré que ocuparme de la comida, de los cacharros que se ensucien, de llevar al colegio a los niños...”

Casi nos hace saltar las lágrimas. Cuando la vida decide que no toma contigo café, no te cuelas ni los posos.

“¡Qué putada, chico!”, lamentó Santiago. “Creo que será mejor que no contemos lo que te teníamos preparado. Muchas veces la caridad consiste en algo tan simple como evitar los detalles”.

Nuestro amigo se fue a casa y la verdad es que, al momento, ya le estábamos echando de menos. Bebimos en silencio, como bebemos los hombres cuando estamos fastidiados. Una copa, tres... Al fin uno de los dos dijo que aquello no se lo podíamos hacer a Florencio y que lo mejor era aplazar la celebración hasta mejor ocasión, y el otro estuvo de acuerdo. Esa misma noche nos fuimos a bailar a una discoteca con la abuela, la madre y la hija; tampoco era cosa de hacerles un feo. Además, teníamos la obligación de mantener encendida la llama para quemarnos cuando pintaran oros. La yaya resultó divertidísima.

A la tarde siguiente volvimos a encontrar a Florencio en El Balandro.

“¿Qué tal ayer?”, preguntó por todo saludo.

“Normalitos”, me adelante yo. “Me temo que nos estamos haciendo viejos”, agregué para evitar que se disparase su imaginación y sufriera en la comparación con su realidad.

“Sin ti no somos los mismos”, añadió Santiago apercibido de la estrategia.

Pasamos el rato castigando los cuerpos con unas cuantas cervezas y cosquilleando las almas con unas burbujas de poesía. También despellejamos a algunos críticos que se nos antojaban el verdadero cáncer de la realidad literaria española. Florencio se tuvo que ir pronto a casa para atender a su esposa y nosotros hicimos lo propio porque ya estaba bien de andar por ahí perdiendo el tiempo con los amigotes o con cualquier pelandrusca, mientras en nuestros hogares los hijos que abandonamos a primera hora de la mañana dirían “papá, papá...”, sin que nadie les contestará. El impecable comportamiento del amigo era el mejor ejemplo a imitar.

Por fortuna, a la noche siguiente no oímos los gritos de los niños y Santiago y yo pudimos irnos tranquilos de juerga. Tampoco se trataba de violentar la naturaleza. A otros se les echa el muermo cuando la luna pasea el firmamento, a nosotros nos excita como a los vampiros. Da igual que sea cuarto creciente que menguante, no hay nada que hacer. Somos noctámbulos empedernidos, como casi todos los poetas que lo son de verdad. A determinadas horas empieza a entrarnos un comezón insoportable que no podrán entender mentalidades prosaicas. En fin, no pido que se nos comprenda sino que se nos tolere. Los bohemios estamos muy necesitados de cariño.

Agotado en sí mismo el capítulo de la solidaridad sentimental, Florencio se despedía cada tarde de nosotros al rato de llegar a El Balandro para hacer la cena a la mujer, acostar a los niños y leerles historietas de Mortadelo y Filemón. A Santiago y a mí nos producía mucha ternura y jamás le permitíamos pagar las cervezas, porque los amigos tienen que demostrar que lo son en los momentos más duros. Le decíamos que los tiempos venían así para todos y que Madrid ya no era lo que fue. Si nos quedábamos todavía en el pub era por no hacerle un feo al dueño que nos conocía desde tiempo atrás y, en ocasiones, nos permitía dejarle a deber.

Por fortuna, la salud de Angelines, esposa de Florencio, mejoró tras un periodo de convalecencia en el que él veló para que tomara la medicina oportuna a la hora precisa, ingiriera la comida conveniente en las proporciones marcadas por el especialista o para que tuviera a su disposición los videos con las mejores películas del mercado, cualquier cosa que pudieran edulcorar su convalecencia. Las últimas pruebas a que la sometieron los médicos revelaban que había superado el problema y él se sentía muy contento. El tipo la quería, qué duda cabe, como también, qué duda cabe, queríamos nosotros a

nuestras mujeres. Digan lo que digan, el amor es una invención de los poetas.

Y, sin embargo, cuando todo parecía reconducirse por la senda de la normalidad, Florencio llegó una tarde a El Balandro con el gesto de la cara amargo como nunca.
"Va", salí al paso del funeral que se intuía, "invito a unas cocochas esta noche. Finalmente el ayuntamiento de ese pueblo de la sierra madrileña del que os hablé en su momento me ha pagado el pregón de las fiestas que di el pasado verano". Y para desdramatizar aún más, añadí: "En realidad van a pagar la cena los contribuyentes del villorrio. ¡Ellos se lo han buscado por tener el mal gusto de votar a los que me contrataron".

"¡Puta madre!, exclamó Santiago. Será una forma de vengarme del recargo que me metió la Comunidad en la contribución por olvidar afrontarla en el momento oportuno". Y luego, con gesto reflexivo, agregó: ¡Hay gente que solo piensa en sus propias cocochas!".

"No, no, lo siento", se disculpó no obstante Florencio... "Ya sabéis que hasta que ella no esté bien...".

Su cara era el espejo de su abatimiento. Parecía un niño indefenso y acorralado por la vida. Nos lloró sobre el hombro: Ahora sospechaba ser víctima de un chantaje sentimental por parte de Angelines. La enfermedad le había permitido recuperar el mimo y la presencia que le brindó su pareja en los primeros tiempos de relación y ahora se resistía a perderlos de nuevo. Dicho de otro modo: la esposa se empeñaba en hacerle la puñeta pretextando un estado de debilidad que contradecían los análisis clínicos. Pero él no sabía ya salir de la red que lo atrapaba. Lloraba delante de él y de los niños y le decía que le necesitaba y que, si se marchaba con los amigotes, se pondría amarilla como un plátano y que enseguida se moriría.

"Pues, chico, lo tienes crudo", le reconoció Santiago, muy afectado por el relato.

"Aprovecha y escríbete ahora tus obras completas", sugerí yo que quería encontrarle el lado positivo al asunto.

Pero algunos datos alentaban en realidad la esperanza de que pudieran evitarse procedimientos tan traumáticos. Un poco más calmado, el amigo nos puso en antecedente de su plan. Desde hace unos días había convencido a la esposa para consumir una dieta a base

exclusivamente de higos frescos, cuya idoneidad para la hepatitis amparaba en el extraordinario dominio de su cultura clásica. Convenía saber, y así nos lo recordó, que la palabra "hígado" proviene de la degradada latina "ficatum" y que, por eso, el órgano respectivo de las ocas lo engordan con la fruta en cuestión determinados criadores que lo comercializan después con enorme éxito. Florencio confiaba que el de Angelines se pusiera tan bello y sano como el de los orgullosos animalitos aludidos y ella se dejaba hacer, pues la iniciativa del esposo era una prolongación del mimo que recibió en los momentos más duros de la convalecencia. Nuestro amigo iba cada mañana al mercado para nutrir a la madre de sus hijos y cuando intuía que podía faltarle el suministro lo pedía por Internet a productores de otros países que se lo hacían llegar con puntualidad, aunque a unos precios carísimos.

"Ya veréis", nos dijo de pronto esperanzado. "No puede fallar".

Pero fue una euforia transitoria. Tras algunas semanas, el problema no acababa de solucionarse y Florencio se volvió de nuevo melancólico y triste. Nosotros le animábamos todo lo que podíamos. Le repetíamos que la noche de Madrid no era lo que fue, que en los bares adulteraban cada vez más las bebidas y que la abuela, la madre y la hija que tanto nos hicieron antes gozar se habían encaprichado de unos poetastros sin verdadero aliento lítico y que en eso llevaban su penitencia. Pero nada, todas estas cosas le sonaban al amigo a caridades conmiserativas y no le proporcionaban el menor consuelo. El hombre se volvía triste como un ciprés castellano y aseguraba que no se la daríamos con queso así como así.

Todo cambió una tarde cuando menos lo esperábamos.

"¡Llegó el gran día", exclamo exultante Florencio apenas pisar El Balandro. "Ya podéis elegir un buen sitio para la cena de esta noche que tengo que recuperar el tiempo perdido", desafió con ese encantó que alguna vez admiramos en él y que creíamos irremediablemente perdido.

"¡No jodas, tío!, se le escapó a Santiago que no daba crédito a lo que oía.

Yo tampoco lo daba.

“¿Ha parido la gata?, me atreví a preguntar como si cayera del guindo.

“Algo así”, me respondió Florencio. “Y para celebrarlo”, siguió, “me he proporcionado un magnífico foi con el que os chupareis los dedos”.

“Yo pago el vino”, ofrecí.
“Yo el marisco”, ofreció Santiago.

Estábamos en las nubes. ¡Por fin volveríamos a divertirnos los tres juntos!..

“No, no”, rechazó con firmeza Florencio. “El parto de la gata lo tiene que pagar el dueño”.

Era un casta. Y eso nadie se lo podría discutir jamás por un quítame allá estas botellas de vino o estos mariscos.

Elegimos un restaurante del que teníamos buenas referencias. Pedimos un Rueda de Valladolid. Florencio puso el foi sobre la mesa. Tenía una pinta extraordinaria. Nos lanzamos hacia las ostras gigantes y los percebes y todos untamos nuestras rebanaditas de pan tostado en aquel delicado obsequio aportado por el amigo.

“Bocati di cardenali”, aseguró Santiago que realizó sus primeros estudios en un seminario.

“O del Santo Padre”, mantuve yo que no quería pasar por lego siquiera en asuntos vaticanos.

“Podíamos llamar a la abuelita, la madre y la hija de que te hablamos”, sugirió Santiago. Y siguió dirigiéndose en particular a Florencio: ¿No te habrás creído lo de los poetastros?... Habrían de ser Góngora y Quevedo para segarnos a éste (me señaló) y a mí (se señaló) la hierba bajo los pies. Y, salvando lo presente, los tiempos no traen buenas cosechas líricas”.

“Y a la tatarabuela si es posible”, aceptó entre risas Florencio. ¡Ole por nuestro Florencio!

“¡Eres un casta tío!”, le dije mientras reafirmaba mi reconocimiento

con un golpecito fraternal sobre su espalda, Me lo agradeció llenando las copas con el vino de una nueva botella del mejor Rueda.

Elevamos los vasos para ritualizar nuestro entendimiento. “¡Por la amistad!”, propuso Santiago.

“No, no”, negué yo dispuesto a aportar una idea mejor: “¡Por Angelines que es la mujer más sana del mundo!”.

Cada cual dio un trago a su copa, prueba de que todos estábamos felices por la recuperación de Angelines. Como cabe imaginar, Florencio dio el más largo de todos. Luego quedó pensativo unos segundos. Transcurridos, agregó lo que sigue:

“¡Y por su hígado!.. ¡Por ese magnífico hígado que he conseguido engordar a base de higos frescos!”.

Brindamos.

“¡Por el hígado de Angelines!”, reiteró Florencio relamiéndose los labios mojados de vino, mientras miraba con codicia las nuevas rebanadas de pan tostado que todos untábamos con foi para que la juerga no decayera...

Epílogo

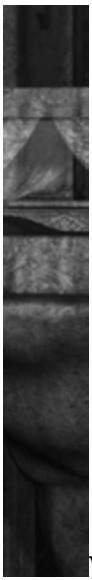
Se mire por donde se mire aquello fue un mal trago. Cuando menos lo espero, me viene todavía a la boca ese gusto repugnante que nunca se borró de mi paladar... En ocasiones, me acuerdo también de Florencio, de lo mal que lo estará pasando en la cárcel donde cumple cadena perpetua por el alevoso asesinato de su esposa. El se desilusionaría mucho si supiera que Santiago y yo trabajamos ahora como críticos de poesía en determinados periódicos nacionales. En fin, es lo mejor para que los libros de uno y otro tengan la acogida que se merecen. Por lo demás, cuando me llega esa sapidez de que les hablo, escupo en el suelo o me tomo una cerveza. No sé qué otra cosa podría hacer...

Sirena

La sirena y el hombre pidieron dispensa al Papa pues, por razones obvias, habrían de hacer el amor por vía contra natura, pero no se les dio la respuesta apetecida. Para no arriesgar la vida ultraterrena, sacrificaron su amor y ella acabó casándose con un boquerón muy galán y él con una chica de su pueblo de sólidos principios morales.

Tiempo después y por esas casualidades que tiene la vida, la sirena y el hombre se encontraron en un atolón de cierta localidad costera de moda, donde fueron con sus respectivas familias a disfrutar las vacaciones anuales. Superada la sorpresa, sintieron renacer su amor, que habían reprimido a lo largo de los años de separación sin conseguir sofocarlo, y sus cuerpos se entrelazaron como pudieron y gozaron el uno del otro por donde les vino en gana. Se sabe que aquel fue el primer día en que vieron a Dios.

Ruleta rusa



Veintiuna horas menos diez minutos y, apenas el Maurice Lacroix de muñeca iniciaba su leve grito de aviso, cuando Malcolm se enderezó desde el fondo del sillón orejero con determinación profesional. Ya en pie, manipuló la diminuta manecilla del avisador del reloj de muñeca y, con un tenue tirón a las puntas de sus delanteros, deshizo las irrelevantes arrugas que en el chaleco de tisú a rayas amarillas y negras dejaron los escasos instantes de relajo. También comprobó el apresto de los puños de su blanquísima camisa, la exquisita verticalidad de las rayas de sus negros pantalones, la precisa horizontalidad de la pajarita amarilla. Ante el espejo del baño, inspeccionó, además, la limpieza de sus manos, se atusó los cabellos, se vaporizó la boca con un líquido de suavísimo olor a regaliz y se perfumó el cuello y las axilas con un evanescente aroma de tabaco. Después de enguantarse las manos de riguroso blanco y de aprovisionarse de la oportuna bandeja de plata, salió de sus dependencias a las nueve en punto de la noche para cumplir con las obligaciones inmediatas.

“Naturalmente, el señor deseará que le retire el servicio”, dijo cuando estuvo en presencia de aquel a quien servía.

“En efecto, Malcolm, en efecto”, le dijo el amo de la casa.

El inapreciable gesto de aquiescencia del señor dio paso al hacer mecánico y pulcro del mayordomo. En la ingravidez de su mejor

oficio, Malcolm posó en la bandeja de plata el cuenco de plata con restos de hielo picado en el que se bañaban los rugosos esqueletos de unas ostras de Arcachon, el oblongo recipiente de plata que sostuvo el caviar iraní, el botellero de plata que abrazaba la botella a medio consumir de Châteaux Margaux de 1926 y la panera de plata con algunas rebanadas de pan tostado que ya nadie comería. Por cierto, que cada una de las piezas de plata fueron labradas en Amberes a mediados del siglo XVIII.

Próximo ya a la puerta de salida del saloncito, Malcolm se detuvo para decir:

“Naturalmente, el señor deseará jugar esta noche a la ruleta rusa...”.

“Por supuesto, Malcolm, por supuesto”, se le dijo.

El asistente trasladó el servicio a la cocina de la mansión y, una vez allí, comprobó con repugnancia que sus guantes de seda se habían impregnado de un aroma salobre, tan sutil como grosero, que ya le vino dando tufillo en la nariz durante el recorrido. Sin descomponerse por el contratiempo, marchó a su cuarto para remplazar las prendas con otras gemelas, más blancas que la leche. Enseguida hizo una llamada de teléfono y, tras un cuarto de hora entretenido con un programa de filosofía pura que daban por una emisora de televisión alternativa, recibió en la entrada de la casa a seis mujeres guapas y elegantísimas, cuyo aspecto revisó exhaustivamente pese a ello antes de permitirlas franquear la puerta de acceso. Acompañado de las visitantes volvió a la estancia donde permanecía el señor.

“Si el señor da su permiso...”, musitó.
“Adelante, Malcolm, adelante”, le consintieron.

Abstraído en las volutas liberadas de la pipa que prolongaba su boca, el amo no consideró necesario mirar a las forasteras, pero el guía que las conducía a la aventura sabía muy bien como tenían que proceder.

“Procedan”, indicó el mayordomo a las damas.

Procedieron y poco a poco fueron quedando desnuditas como cuando llegaron al mundo, aunque ninguno de los dos hombres les hizo el ajo, ajo... o esas cosas que les harían sus papás al nacer. Para precisar, se mostraban ambos tan ajenos a la situación que en realidad no parecía

ir con ellos.

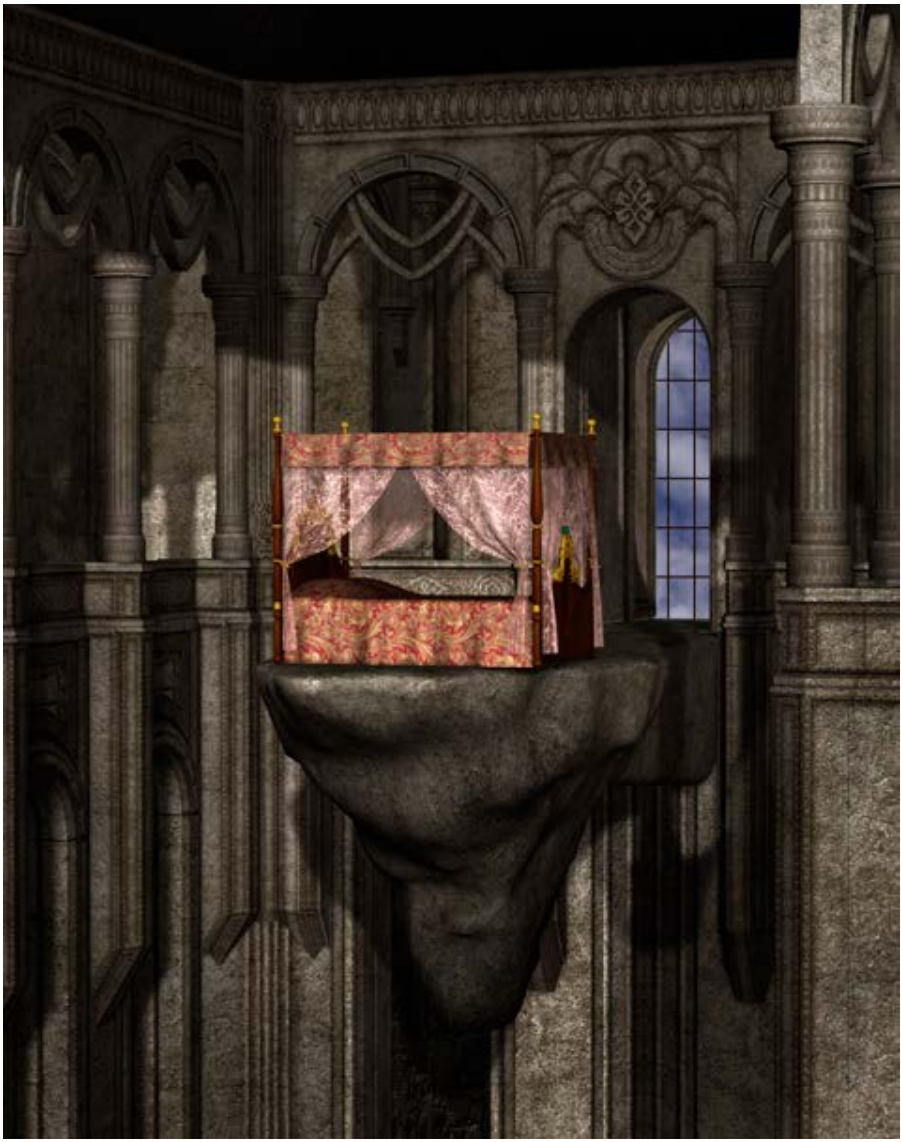
“Si el señor me autoriza…”, sugirió por fin el sirviente.

“Desde luego, Malcolm, desde luego”, le autorizó el interlocutor mientras se levantaba de la butaca de cuero cámel galanamente envejecida a lo largo de varias generaciones.

Primero la chaqueta y la camisa; enseguida, los zapatos; por fin, la ropa interior. El amo de la mansión quedó mondo y lirondo como una fruta pelada sin que el mayordomo le hubiera rozado la piel siquiera con una uña al desnudarle. Estaba claro que Malcolm sabía pelar la fruta.

Aunque pasaba de los sesenta años, el cuerpo de aquél mostraba una musculatura perfectamente dibujada: bíceps largos estirados con académicos drives y reveses en los clubs de tenis más sofisticados del mundo, modalidad hierba, claro; piernas fuertes como columnas neoclásicas y con el desvío elegante que produce la práctica continuada del varonil juego del polo cuando obliga a fijarlas en el vientre redondo y orgulloso de los cuadrúpedos de raza; ancho torso ganado en competiciones estudiantiles de remo en las grandes universidades de Occidente y, por fin, una cintura plana y cerrada como un esfínter, pues fue educada en el noble arte del boxeo al dictado exigente de las reglas del marqués de Queensberry.

En pelotas, el señor parecía estatua de Mirón o Praxiteles y a las espectadoras femeninas se les escapó, sin querer, ohhhhs y



uhhhhs de admiración cuando le vieron así, y hubo alguna que hasta se chupó entonces la yema de los dedos. Poco importaba que el pene del señor se les presentara aun chiquitito y fofo, apático y pendulón aunque resultaba evidente que no era aquel un hombre de emociones inmediatas.

“Cuando desee el señor...”, acabó Malcolm con el hechizo. “Ahora, Malcolm, ahora”, le dijo el interpelado.

Por lo que el mayordomo dispuso a las chicas en posición de trabajo antes de enfundar las manos del que le pagaba con unos guantes de

cirujano.

El señor avanzó hacia las contratadas y, tras unos instantes de abstracción ante el paisaje que le enfrentaba, se acercó a Mari Pili, la morenaza situada en el extremo izquierdo del grupo, y le metió el dedo en el trasero como otros meten el suyo en la bañera para comprobar la idoneidad de la temperatura del agua. A Irene, que le seguía en el orden, le pellizcó levemente el botón colorado de uno de sus esculturales senos y ella aspiró aire como si fuera asmática. A Rita, posible cruce de felino y diosa, le acarició el triángulo isósceles de su vellosidad más íntima y la estancia se envolvió de repente en un maullido feroz que estremeció hasta al apuntador. A Susana, pelirroja cual la crin de las mejores yeguas irlandesas, le olfateó la entrepierna como hace el colegial al paso de una pastelería. A Elvira, que se mostraba agitada y ansiosa, le dio unos azotitos en la grupa y ella emitió un relinchó bravío que desató todas las bridas. A Julia, angelical rubia de ojos infinitos, le chupó la rótula y le supo a sandía.

Acabado el recorrido, Malcolm volvió a tomar la iniciativa. “Si el señor ha decidido…”, invitó cuando vio a este con el arma enhiesta para emprender la batalla.

“Así es, Malcolm, así es”, le dijeron

Mientras el amo cabalgaba a su presa en una estancia próxima, el mayordomo invitó al resto de las mujeres a vestirse y las acompañó hasta la puerta de la mansión donde satisfizo con generosidad el importe de los servicios prestados. Entonces volvió a sus habitaciones privadas y se sirvió un martíni con una aceituna española que se dispuso a disfrutar, cómodamente instalado en el sillón orejero. Tras mojarse los labios en la bebida y exhalar con gozosa tranquilidad el aroma de su paladar para que le inundara la nariz, tomó del bolsillo interior de su chaleco de rayas amarillas y negras un sobre lacrado que abrió con exquisita habilidad. De esta manera pudo saber cual de las seis mujeres facilitadas por la agencia estaba infectada, tal como se le pidió a la firma, de tan inconfesable enfermedad de origen sexual.

El pianista

Le inundaba el cansancio, cuando el ascensor escupió su desaliñada figura sobre el elegante rellano. En uno de sus rincones arrojó el cigarrillo a medio consumir, que retiró antes de los labios. Luego lo aplastó contra el suelo con un firme movimiento del talón derecho. Enseguida ladeó ligeramente el ala de su sombrero y sólo así pudo identificar la puerta de la vivienda que buscaba. Con manifiesta parsimonia desabrochó el cinturón y los seis botones de la gabardina cruzada que vestía con el cuello levantado. De uno de los bolsillos laterales de la prenda extrajo el sobre que le diera poco antes el conserje de la finca. Lo rasgó y encontró en su interior un llavín y una nota que leyó varias veces sin expresar emoción: “Bienvenido a Madrid. Tuya: Ilsa”.

“¡Ilsa!”, masculló. Y, sin más que decir, estrujó el papel entre las manos.

Cuando entraba en la morada, escuchó las notas de un piano que provenían del piso superior. No tuvo que esforzarse demasiado para identificarlas: “El Preludio de Comienza el cuento de Háry János. Suite de Orquesta de Zoltán Kodály”, se dijo para sus adentros.

Avanzó unos pasos por el recibidor con las mandíbulas apretadas para evitar rendirse a la sensación hogareña que transmitía el ambiente. En el perchero situado a la izquierda de la puerta colgó la gabardina y el sombrero. Luego buscó el salón, donde se abandonó en un cómodo sillón de cuero negro que le salió al paso. Recorrió la pieza con la

mirada y, al tropezar con el mueble bar, se levantó y se sirvió un whisky seco que bebió de un trago, antes de llenar de nuevo el vaso. Con esa compañía amiga volvió al sillón y prendió un cigarrillo, que fumó con avidez para conjurar el cansancio que le embargaba. El viaje desde Marruecos lo decidió en un decir amén, tantas ganas tenía de ver a Ilsa, a la que seguía queriendo como el primer día en que empezó a quererla y a la que hacía varios meses que no veía. Rememoraba el rostro de la mujer, cuando volvió a sonar el piano desde algún punto del piso superior. Antes de dormirse le dio tiempo a reconocer la melodía: Qué problema desconocido me penetra del Fausto de Charles Gounod.

Al despertar, las manecillas de su reloj de muñeca le contaron que había pasado durmiendo catorce horas; y la contenida luz que filtraba el gran ventanal de la estancia, que amanecía un día distinto del de su reciente memoria. Un poco entumecido, se puso en pie y se fue al dormitorio de la casa, donde se desnudó por completo y se puso a realizar ejercicios de estiramiento y un montón de flexiones, como acostumbraba a hacer antes de meterse en la ducha. En ese momento, el piano de marras inició el Allegro con brío de la Sinfonía número 5 en do menor, Opus 67 de Ludwig Van Beethoven.

Disfrutaba las caricias del agua templada en el cuarto de baño, cuando la melodía cambio bruscamente por la Gratitud al arroyo de La bella molinera de Franz Schubert.

Como no tenía un pelo de tonto, mientras secaba su cuerpo con una toalla de felpa que encontró en un aparador de mimbre, advirtió coincidencias entre sus actos y las melodías de que venimos dando cuenta. Pero rechazó interpretar el hecho, porque la vida está llena de casualidades y él era más un hombre de acción que un filósofo. Además, empezaba a sentir hambre y no era en esas circunstancias cuando mejor pensaba.

Del frigorífico de la cocina, sacó un par de huevos y un sobre de jamón troceado envasado al vació y se hizo un revuelto. Calentito, sobre una rebanada de pan tostado que encontró en uno de los armarios, la cena estaba servida. Daba el primer bocado al invento y empezó a sonar en el piano El baile de los polluelos en sus cascarones de Modest Musorgsky.

Otro hubiera dejado el plato, extrañado por el acoso musical al que se le sometía, pero él había pasado por situaciones mucho más incomprensibles y era lo que podía decirse un tipo duro. En fin, no tanto... La verdad es que siempre le deprimió mucho comer sin

compañía. Sí, se sentía triste, no quería engañarse... Pues bien, precisamente entonces, llegó a sus oídos el Lloraré mi destino de Georg Friedrich Haendel para piano. Sin querer conceder importancia a la nueva casualidad, se zampó el revuelto de una sentada y, como algo tenía que beber para llevarlo hasta el estómago, se sirvió un buen baso de whisky; seco, por supuesto.

Ilsa le amaba, no albergaba la menor duda al respecto, pero, a estas alturas de su vida, no estaba dispuesto a conformarse con encuentros ocasionales. Ligada a un marido, a quien nunca dejó de querer, se había visto obligado a vivir sin ella durante periodos larguísimos, que ya no tendría fuerzas para repetir. O el esposo o él. Cuando la viera se lo plantearía con esa misma crudeza… Adivinando su circunstancia, el pianista del piso superior se inclinó por interpretar la Overtura de la esposa virtuosa de Henry Purcel.

“¿Qué está pasando aquí?”, se preguntó nuestro hombre en voz alta.

Y es que está vez su sistema nervioso le pidió explicaciones. Y, como no se le ocurrió otra forma mejor de contentarlo, se engatilló otro whisky seco mientras sonaba el Schottisch Choro de La suite popular brasileña de Heitor Villa-Lobos. Aquello era mucho más de lo que estaba dispuesto a aguantar...

Se vistió tan rápido como pudo y recuperó la gabardina y el sombrero del recibidor, porque jamás abandonaba una casa sin esto o aquello. Mientras salía de la vivienda, sonaba la Marcha des Davidsbündler contra los Philistins del Carnaval, Opus 9 de Robert Schumann.

Ya en la calle, no supo muy bien que camino seguir. Tras unos instantes de duda, que soportó con la mano en la barbilla como hacen muchos en su situación, cayó en la cuenta de que necesitaba cuchillas de afeitar. Lo más cómodo sería ir a la casba, donde, de paso, compraría unos dátiles dulces como los que degustaba en Marruecos para regular el intestino. Preguntó a un transeúnte por la más cercana y, como el tipo le mandó a Melilla, estuvo a punto de soltarle una hostia. Finalmente, vagó sin dirección hasta que encontró una tienda de la que salía gente con comestibles y tuvo la fortuna de que allí halló todo lo que buscaba.

De nuevo en la calle, todavía quiso seguir el paseo, pero pronto se arrepintió y entró en cierto bar que sorprendió su camino. De una de sus paredes colgaba una amenazadora cabeza de toro. Con todo el aplomo que le caracterizaba, le dijo al camarero: “Seco y doble”.

“¿Ehhh…?”, le contestó el empleado.

“Whisky, claro”, soltó displicente, incapaz de entender que nadie pudiera precisar de una aclaración como esa.

“Una buena forma de empezar la mañana, si señor”, reconoció el interlocutor impresionado.

“Eso no le concierne”, masculló nuestro hombre cabreado porque no encontraba en los bolsillos su mechero de oro macizo. “Si es usted de la Liga Antialcohol”, le soltó para dejar las cosas en su sitio, “pertenece a otra patria distinta de la mía”.

Pese a la grosería, el servidor le puso un pepinillo con aceituna y anchoa de aperitivo, especialidad de la casa, al que el cliente no hizo aprecio, pues andaba ya a vueltas con sus pensamientos. También le dio lumbre para que prendiera el cigarrillo que pendía de sus labios.

Quizá no debió salir de Marruecos. Nunca antes estuvo en Madrid, que le parecía un lugar hostil, habitado por gente a la que no comprendía. Pero, cuando Ilsa le llamó, no tuvo fuerzas para negarle nada. Llevaban varios años citándose en diferentes ciudades del mundo, París, Saigon, Riga…, y ahora le convocaba en la capital de España, en cuyo aeropuerto le localizó, apenas aterrizado el avión, para disculparse: Se había visto obligada a abandonar precipitadamente el apartamento, aunque no olvidó darle instrucciones para que se instalara en el mismo. Lo encontraría allí lo más pronto posible. Desde luego, aquella nada tenía que ver con la vida que alguna vez proyectaron… “Siempre juntos”, se comprometieron. En fin…

“Seco y doble”, ordenó de nuevo al camarero, que le miraba como si le conociera. Lejos de darle pistas, se ocupó en rastrear otra vez sus bolsillos para ver si encontraba el mechero de oro macizo.

El servidor le dio una caja de cerillas con la marca del establecimiento bien visible en la carátula. También le obsequió con un trozo de tortilla de patata que acababa de hacer su mujer. Concentrado ya en las poderosas bocanadas de humo que exhalaba desde lo más profundo de sus pulmones, apenas hizo aprecio del manjar.

No, no, tenía que rechazar aquella idea que pugnaba por secuestrarle el cerebro. Ilsa no era una mujer frívola. No fue al aeropuerto ni le

esperó en el apartamento por razón mayor, quizá algún problema de Victor, su marido. Querer a dos hombres a un tiempo resultaba un atentado permanente a su estabilidad. La pobrecita...

Pidió un último whisky, que bebió de un trago y el camarero le compensó con una mirada de respeto, como si se hallase ante su torero favorito. A punto estuvo de confesarle que en Marruecos se trincaba muchos días una botella de escocés nada más salir de la cama para quitarse el mal sabor de boca, pero en su torpe castellano no encontró las palabras oportunas. A veces se arrepentía de no haberse matriculado allí en el Instituto Cervantes, pero ya se ha dicho que era un hombre de acción.

“Yo, a veces”, le confesó el servidor al darle las vueltas, “le rezó un padrenuestro a San Antonio”. Y, como el cliente puso cara de poker, alargó la explicación: “Lo digo por lo del mechero”.

Todavía le daba vueltas al santoral, cuando, consumado el camino de vuelta, introdujo el llavín apropiado en el apartamento de Ilsa. Al entrar en el mismo sonó una melodía al piano. Era El Evangelista de La Pasión según San Mateo de Johann Sebastián Bach. Pero su única religión era el whisky y, enseguida, se sirvió un vaso antes de otro.

Degustaba el tercero cuando le entraron unas ganas enormes de fumar. Aunque prendió el cigarrillo con las cerillas que le facilitó el camarero de aquel extraño bar con una cabeza de toro colgada en una de sus paredes, se puso a buscar el mechero de oro macizo por todas las dependencias de la casa. Al margen de su valor material, tenía otro sentimental para él. Sonaron las notas del Presto de la Sinfonía número 9 en Re menor, Opus 125 de Ludwig van Beethoven. El encendedor se lo había regalado Ilsa al despedirse en París, al poco de conocerse. Su mera contemplación le dictaba los recuerdos más maravillosos de su vida. Aquella experiencia la marcó para siempre.

Aunque lo buscó durante mucho tiempo, el mechero no apareció. Mal presagio, corroborado por el Preludio y muerte de amor del Tristán e Isolda de Richard Wagner.

Aquí si que perdió los nervios. Ya no tenía ninguna duda de que algún virtuoso pianista le vigilaba estrechamente. Alguien capaz de interpretar sus sentimientos, como si viviera dentro de él mismo, y de volverlos a interpretar con el teclado sin pagar derechos de autor. Por eso se puso a inspeccionar cada uno de los rincones del apartamento. Sonó Impaciencia de La bella molinera de Franz Schubert. Era más de lo que estaba dispuesto a aguantar.

Nuestro hombre abrió la puerta de la vivienda, se puso el sombrero y la gabardina y se precipitó escaleras arriba hasta ganar el piso superior, donde aporreó cada una de las puertas que le salieron al paso. Tras una de ellas, la voz de una viejecita que vigilaba su rellano por la mirilla le anunció que, de persistir en su actitud, llamaría a la policía. Otra se abrió para enseñar un niño de unos diez años que le invitó a jugar con su play station. De la que correspondería al apartamento de Ilsa no obtuvo contestación.

Desandó el camino recorrido decidido a formular denuncia telefónica en la sección de ruidos del Ayuntamiento. Pero, a la hora de la verdad, dudó que pudiera hacerse entender con las cuatro palabras de castellano que le enseñó en Marruecos uno de sus criados, antiguo miembro de la guardia mora del generalísimo Franco. Cuando entraba de nuevo en la vivienda de su enamorada, sonó el Si vendetta, tremenda vendetta del Rigoletto de Giuseppe Verdi. Ni que decir tiene que se bebió a morro un larguísimo trago de whisky.

Aunque intentó hacer un crucigrama para relajarse, en las siguientes dos o tres horas se bebió otras tantas botellas de lo mismo. Borracho, se quedó dormido sobre el sofá del salón.

Le despertó el teléfono móvil cuando se masturbaba semiinconsciente bajo la alucinación de su enamorada.

“Hola, tesoro”, saludo Ilsa. “Es la tercera vez que llamo”, reprochó. “¿Se puede saber que hacías?”.

“Me estaba masturbando”, sinceró.

“¡Vaya!..”, se disculpó ella confusa. “¿No crees que deberías refinar tu lenguaje?.. Aunque otros no lo crean, entre España y África hay nada menos que un estrecho”.

“Por estrecha que sea” afirmó él, cualquier distancia que me separé de ti, es una inmensidad”.

“Mañana iré temprano a encontrarme contigo”, aseguró Ilsa conmovida.

“¿Mañana?... He hecho un largo viaje para encontrarte... Todo lo que no sea ahora es demasiado tarde para mi”.

“No seas impaciente... En este momento no podría explicártelo. Victor trabaja en el cuarto de al lado...”.

“¡Una gran novedad!..”, ironizó él. “Victor ronda siempre nuestras vidas como una alimaña... ¿No tienes nada más que decirme?”.

“Que te quiero amor”, templó la mujer. “Y tu, tesoro, ¿tienes algo más que decirme?”.

“No sé... Si acaso, preguntarte por el símbolo del Osmio. Antes de dormirme dejé interrumpido un crucigrama con esa cuestión. Ya sabes que en las veladas me gustar sentir emociones fuertes”.

Pero la Química no era el plato fuerte de Ilsa, que se despidió con un beso muy quedo. Victor estaba a punto de irrumpir en su habitación.

En el deseo de perpetuar el ósculo de la enamorada, nuestro hombre mantuvo un buen rato el teléfono móvil pegado a la oreja. Por fin, se resignó a su suerte y lo abandonó sobre la mesa para beber whisky. La estancia se iba envolviendo en la oscuridad que avanzaba del exterior y él se aplicó de nuevo en masturbase, pues le daba pereza ir a encender la luz para seguir con el crucigrama. Atrapado en las garras de la pasión solitaria, escuchó Los perfumes de la noche de Claude Debussy.

Dormido como un angelito, pasó después varias horas y, al despertar, marchó al cuarto de baño para meter la cabeza debajo del grifo de la bañera. Sonó Escena junto al arroyo de la Sinfonía número 6 en fa mayor, Opus 68. Pastoral de Ludwig van Beethoven.

Ya en la cocina cortó con una faca muy bien afilada unas rodajas de salchichón de la tripa que encontró en uno de los armarios. El piano atacó las notas de Tengo un cuchillo ardiente de Las canciones de un camarada errante de Gustav Mahler.

No había catado aún el embutido, cuando sonó el timbre de la puerta de entrada al apartamento. Se precipitó hacia la misma convencido de que tras ella le esperaba mejor bocado. Esta vez el paladar no le engañaba.

“¡Tesoro!”, exclamó Ilsa al tiempo que se enroscaba a su cuello. Luego relajó el abrazo para mirarle atentamente. Le acarició el rostro con sus manos incólumes, pero también le increpó con las palabras que siguen:

“Dime que no te ocurre nada, tesoro… No sé, tienes mala cara…”.

“Pues te juro que ayer compre cuchillas de afeitar”, aseguró él. “Pero todo el mundo sabe que Madrid es una ciudad con mucho ambiente. La verdad es que el tiempo me ha corrido a velocidad de vértigo y aún no he podido desarrollar mis planes. Si hubiera sabido que venías, mi rostro estaría como el culito de un niño”.

La mujer estampo los labios en los del macho.

“No quiero que me cuentes tus juergas. Dime que eres mío y solo mío…”.

“Lo soy”, afirmó él, mientras apretaba con sus manos las cachas del culo de ella.

Más que correr, volaron hacia la cama, mientras sonaba El amor es un pájaro rebelde de la Carmen de Georges Bizet.

Cuando sus cuerpos se sorprendieron desnudos entre las sábanas, el pianista de siempre interpretaba ¡Heme aquí tendido! de El caballero de la rosa de Richard Strauss.

Se encelaba la mirada del hombre en la aguamarina de los ojos clarísimos de la chica y el teclado de referencia se entretenía en Los azules ojos de mi tesoro de las Canciones de un camarada errante de Gustav Mahler.

Se agitaban las respiraciones de ambos por el placer de las caricias respectivas y el concertista se lucía con Un suspiro de La consolación número 3 en re bemol mayor de Franz Liszt.

Emborrachaban los amantes sus deseos entre abrazos sin fin y se hizo presente la Orgía de las Danzas fantásticas de Joaquín Turina.

Decían el uno y la otra a la otra y el uno palabras de amor propias de

colegiales y el instrumentista bordaba la Danza de los adolescentes de La consagración de la primavera de Igor Stravinski.

Rompían, por fin, los cuerpos de los enamorados las compuertas que retuvieron los jugos de sus deseos y el piano explotó con ellos por el coro final de la Oda a la alegría de Schiller en la Sinfonía número 9 en re menor, Opus 125, Coral de Ludwig van Beethoven.

“Victor se presentó de pronto en Madrid cuando tu avión volaba ya hacia aquí”, dijo Ilsa en cuanto comprobó que tenía resuello para hablar. “Enseguida nos trasladamos a una casa más segura que le proporcionó la organización. Ya sabes que su vida está en permanente peligro...”.

“Si yo fuera tu marido, jamás viviría en un lugar donde tu no me protegieras”, confesó él.

“Ha salido hoy para el Asia central”, volvió a intervenir ella. “Las cosas están mal allí para los derechos humanos y Victor sigue creyendo que su deber es estar al lado de la gente que sufre”.

“No puedo negar”, expresó él, “que le deseo una marcha tan larga como la que en su día abordó Mao”.

Eso no le sentó demasiado bien a Ilsa que le dedicó una mirada impenetrable, pero él se negó a interpretarla. Era un hombre de acción y, lo más que se le ocurrió, fue soltarle un beso de tornillo que ella recibió hierática, como corresponde. Fue entonces cuando sonó el Oh estatuo gentilísima del Don Giovanni de Wolfgang Amadeus Mozart.

Nuestro hombre cogió un cigarrillo del paquete que tenía en la mesilla y se levantó para conseguir el mechero de oro macizo. Pero enseguida se acordó de que ya lo había buscado sin éxito en otras ocasiones durante los últimos días y estrujó el pitillo entre las manos como si se tratara de una cucaracha.

“Confieso”, dijo cada vez más irritado, “que hay ocasiones en que me caen especialmente bien los dictadores. Es cuando he de agradecerles que aparten de ti a ese campeón de los derechos humanos, a quien permaneces unida en matrimonio. Sé que lo hacen conmovidos de mi situación para que pueda sustituirle a tu lado durante el tiempo que dedica a los oprimidos”.

Ilsa se levantó de la cama y revolvió en el bolso de mano hasta que encontró su propio mechero, delicada pieza esmaltada con un rosario de brillantitos en forma de V en uno de los frontales. Solícita, se lo

tendió al amante.

“Veo”, dijo desilusionada, “que ya no usas el que te regalé en París.

“Lo eche en falta al llegar a Madrid”, contestó él. “En una guía que compré en Marruecos leí que aquí había mucho chorizo ”. Luego se quedó un rato con la vista fija en el encendedor que le prestó la mujer.

“V de Victor”, dijo como si hablara para si mismo. Ella se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

“Victor ha quedado en llamar al apartamento que hemos ocupado los últimos días”, le informó. “Prefiere no hacerlo a los teléfonos móviles que, al parecer, son un objetivo fácil para los terroristas”.

“Mi terror”, aseguró él, “es que te alejes de mi lado”.

Ilsa abandonó el apartamento mientras el piano de siempre atacaba las primeras notas del Preludio y fuga IV en do sostenido menor de Johann Sebastián Bach. El se levantó de la cama dispuesto a emborracharse.

A la mañana siguiente despertó con una gran resaca de amor y de whisky. Antes del último encuentro, pasaron varios meses desde que en Estambul se volvieron a jurar amor eterno, pero el nuevo periodo de distanciamiento no apagó tampoco sus llamas. Victor vigilaba por entonces la evolución de la crisis política de Timor, pero buscó muy pronto a Ilsa para curar a su lado una neuralgia del trigémino que le atacaba cuando se tomaba las cosas muy a pecho, y él tuvo que alejarse una vez más de la mujer. En Maruecos, donde los negocios y la costumbre fijaban su residencia, el alcohol fue su mejor compañero.

Lo seguía siendo. Sin encomendarse a Dios ni al Diablo, nuestro hombre abrió una botella de su bebida favorita y, de un primer trago, se metió media y, del segundo, lo que restaba. Procedió sucesivamente de la misma manera con otras cuatro o cinco, y en un determinado momento creyó estar buceando en un proceloso océano. Repletos los aljibes interiores, su cresta lanzaba whisky al exterior, como hacía con el agua el famoso surtidor del lago Leman en Ginebra que el visitó una década atrás con su amante, aprovechando que Victor se peleaba por entonces en Sudáfrica con los recalcitrantes partidarios del apartheid. El piano del piso superior sonó ahora con el Amanecer de los interludios marinos de Peter Grimes de Benjamín Britten.

Al día siguiente Ilsa se presentó otra vez de improviso. Estaba muy avanzada la mañana y él continuaba arrullando su ánimo maltrecho, como si se tratara de un hijo, mientras el pianista de marras interpretaba el Sueño de amor de La consolación, número 3 en re bemol mayor de Franz Liszt. Pero, nada más aparecer ella, atacó las notas del Saludo matinal de la bella molinera de Franz Shubert. Al contemplar la figura de la mujer en el quicio de la puerta de entrada del apartamento, el amante la vio más bella que nunca. También más enigmática, más misteriosa, más inexpugnable, más inaprensible.

“No sé...”, dijo él. Te encuentro enigmática, misteriosa, inexpugnable e inaprensible.

“Victor no ha podido entrar en el país al que se dirigía y cuya dictadura se proponía destruir”, explicó Ilsa.

“Es lo malo de los dictadores”, concedió él. “No respetan ni a los campeones de los derechos humanos”.

“Hablé ayer con él”, recuperó la mujer. “Se lo ha tomado muy a pecho y le ha vuelto a atacar la neuralgia del trigémino. Regresa esta noche a Madrid”.

“Eso es un disparate”, rechazó el hombre. “Hay otros muchos lugares en que se necesitan tipos como él. ¿No le hablaste del Tibet, de Corea del Norte, que sé yo... de Guinea Ecuatorial?... En la primera hay acupunturistas que hacen maravillas. Para ellos la neuralgia del trigémino es cosa de niños”.

“Esta cansado de tanta lucha”.

“Y yo estoy cansado de luchar por ti”, sinceró nuestro héroe, mientras se llevaba un cigarrillo a los labios. “Renuncié de nuevo a todo por acudir a tu llamada y, apenas te he visto, cuando ya tengo que pensar en alejarme de tu lado”.

“Perdóname”, imploró ella. “Contaba con un tiempo que ya nunca tendremos. “Victor está desilusionado y enfermo de neuralgia del trigémino”.

“Yo estoy desilusionado y enfermo de soledad”, respondió él mientras trataba de encontrar cualquier cosa que le sirviera para prender el cigarrillo.

“Victor es mi marido”, dijo Ilsa.

Desde el piso de arriba, el piano trajo los aires de El cortejo nupcial hacia la iglesia del Lohengrin de Richard Wagner. “Te raptaré”, prometió el hombre cada vez más nervioso y sin saber qué coño hacer con aquel cigarrillo.

Sonaron las notas del Rapto de la novia del Peter Gynt Suite de Eduard Grieg.

Ilsa sacó del bolso un pequeño paquete que tendió al amante, luego de estrecharlo contra su pecho y de besarlo un montón de veces. Con el gesto imperturbable que le caracterizaba, lo abrió él y su esfuerzo se vio recompensado con un precioso mechero de oro macizo.

“Cuando el mundo se derrumba a nuestro alrededor”, dijo, “no te falta nunca un mechero de oro macizo con el que convertir en cenizas nuestro amor”.

El pianista se entretuvo con las notas de Hundimiento del palacio de Kastchel y desaparición de todos los encantamientos de El pájaro de fuego de Igor Stravinski.

“En Marruecos podrás rehacer tu vida”, presagió ella francamente emocionada.

Ilsa enfiló decidida la puerta de la calle y abandonó el apartamento, mientras el concertista se despachaba con La despedida de La canción de la tierra de Gustav Mahler.

A él se le hubiera abierto bajo los pies, pero, afortunadamente, contaba a su lado con un verdadero amigo, el whisky, que lo mantuvo tan pegado al suelo como si fuera de plomo. Mientras se bebía un par de botellas al gollete, sonó In taberna de Carmina Burana de Carl Orff. Fue un buen detalle.

Era noche cerrada cuando emergía de uno de los más pavorosos estados etílicos que le tocó vivir, que no eran pocos. Enseguida recordó la última conversación con Ilsa y decidió que nada tenía que hacer en esa casa ni tampoco en Madrid. Sin olvidar ponerse el sombrero y la gabardina, paseó la mirada por el territorio de su postrer encuentro de amor acompañado por el Nocturno de Frédéric Chopin, música que seguía considerando encantadora.

Todo permanecía sin embargo en silencio cuando, con la parsimonia que exigía la ocasión, nuestro hombre abrió la puerta de la calle.
Contra lo que cabría imaginar, por lo avanzado de la hora, advirtió un bulto en la penumbra. Sin perder la calma, pues era un tipo duro, presionó el interruptor de la luz más cercano y ladeó ligeramente el ala de su sombrero.

Esta vez si que se emocionó al reconocer a aquel tipo de color que le sonreía con sus labios gordezuelos y sus dientes blanquísimos.

“¡Sam, Sam!..”, gritó el héroe del cuento sorprendido, mientras abría sus brazos al amigo.

“¡Señorito Rick!”, exclamó Sam dentro ya del hueco que se le ofrecía.

“¡Sam, Sam!..”, insistió el proganista.

“Perdóneme, señorito Rick”, se disculpó el de color. “Temía que este nuevo encuentro con la señorita Ilsa le afectara más que los anteriores y decidí seguir sus pasos desde Marruecos. Los años acaban por pasarnos a todos factura y el señorito Victor ya no tiene edad para andar por esos mundos de Dios. El solo le tiene a ella...”.

“Cierto, Sam”, aceptó Rick. “Yo nunca la tuve...”.
“Me tiene a mí”, se ofreció Sam.
“No es lo mismo, Sam compréndelo...”, matizó el interlocutor.

“CASABLANCA sigue en el mismo sitio”, insistió el aparecido, que se puso a entonar la melodía con la que la señorita Ilsa y el señorito Rick identificaron su amor durante tantos años.

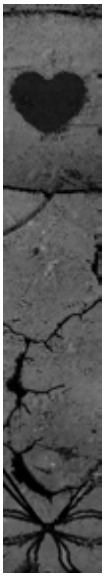
“No”, negó éste. “Nunca más nuestra canción”.

Sam permaneció un momento callado y confuso, mientras nuestro héroe abría la puerta de la finca y se perdía definitivamente por las calles solitarias de Madrid.

Sin saber muy bien qué hacer, el pianista se puso a tararear La seguidilla murciana de Manuel de Falla.

Oportunidad

A medio consumir aún las palabras de la seducción en sus bocas, entraron en el apartamento y, enseguida, él propuso que salieran a la terraza para agotarlas, aunque estaba claro que quería calmar los nervios. Oscuro como boca de lobo, el firmamento enseñaba sin embargo luna llena, suntuoso brillante en el cuello negro de la noche. “Pídeme lo que quieras”, dijo él emocionado, y ella se limitó a jugar con la mirada, entre tímida y picaruela. Hicieron el amor tres veces seguidas y, después de fumar, se asomaron al exterior. Allí seguía la luna y nada más se veía. Tocado por la experiencia que acababa de vivir, él se ofreció de nuevo a conseguírsela a su dama, pero ésta sonrío provocadora y el galán le dio otro larguísimo repaso en la cama que le dejó exhausto. Tomaron café con leche, mientras seguían azorados la huida de la luna. Presa de un deseo insaciable, cuando el sol más radiante que quepa imaginar ocupaba su sitio, ella volvió a gemir de deseo. Mas él ya no le preguntó nada, temeroso por igual de quemarse el sexo o las manos.



Lo que los tres tenemos en común

Andaba por los catorce años cuando sorprendí por primera vez a mi hermana besándose con un chico. Ella andaba por los quince y parece que les estoy viendo. Era la fiesta de despedida de una chica del colegio que marchaba a

vivir a Praga con su padre, diplomático de carrera. Nunca simpaticé demasiado con la anfitriona. Aspiraba a ser actriz y, en todo momento, parecía interpretar un papel por encima de sus posibilidades. Ese día era Marlene Dietrich. Después de dar varias caladas a una larguísmima boquilla rematada con un cigarrillo mentolado, me desabrochó el botón superior de la camisa y me besó el cuello, que yo ocultaba cuidadosamente por el acné. A lo largo de la tarde, hizo lo propio con otros muchachos, mientras me buscaba con la mirada por si me perdía algo.

También mi hermana le sacó gusto a la propia representación. Mientras bailaba, suspiraba con denuedo y metía la lengua en la boca de su pareja. Casi me hace devolver. Hoy está casada con un ingeniero aeronáutico con el que juego al tenis las mañanas de los domingos. Me consta que ambos se relacionan con otros amantes, aunque todo discurre entre ellos con pavorosa placidez. Tienen una niña preciosa que pronto cumplirá once años. Soy su padrino, esa es mi suerte. Cuando me lo permite el trabajo, acudo a buscarla al colegio y vamos a merendar a su chocolatería favorita. Le enseño que la mujer es el pilar de la familia y le auguro que un día se casará con un hombre bueno y trabajador, que será el único y gran amor de su vida. Es introvertida y se avergüenza con ciertos temas. Le gusta mucho el chocolate.

A su debido tiempo, alguien le hubiera tenido que hablar así a mi hermana, pero nuestra madre murió en el parto que me trajo al mundo y mi padre acabó casándose con otra mujer que le dio su propia descendencia. A partir de ahí, fuimos extraños en su casa, que abandonamos cuando pudimos pagarnos el alquiler de otra. Años más tarde, nos confesó que mamá estaba enamorada de un hombre más joven que ella y que distaba mucho de ser el pilar de la familia que imaginábamos. Se encontraban en el apartamento del amante por las tardes, después de castigarnos a mi hermana a mí sin ir al parque con cualquier pretexto. Puede que papá intentase justificarse ante nosotros. El tampoco nos llevó nunca al parque.

Mi relación con las mujeres no ha sido buena y, hasta ahora, he

preferido mantenerme soltero, pero eso no quiere decir que sea un misógino. Si en algunas por las que mostré interés hubiera visto condiciones para convertirlas en pilares de una familia, hubiera cambiado de estado de un día para otro. Con las que salí, me desilusionaba saber que lo hicieron antes con otros hombres. O que lo seguían haciendo. Vivo solo y no me arrepiento. Las mujeres me atraen una barbaridad, pero resuelvo mi sexualidad de un modo que podríamos llamar funcional. La compañía femenina en la cama la pago con dinero. Las putas no engañan, eso es todo.

En otros órdenes, me comporto como cualquier otro hombre. En el trabajo alternó con mis compañeras con absoluta normalidad y las hay que sienten por mi verdadero afecto. Les cedo el paso por las puertas, escucho sus opiniones con respeto, pagó sus desayunos cuando nos encontramos en la cafetería cercana a la oficina y, si precisan de mi ayuda, me encuentran. Odio a los machistas y jamás compito en el trabajo con personas del otro sexo por razón de su diferencia. En la compañía de publicidad donde presto mis servicios como creativo, he encontrado muchas de gran valía que merecen mi respeto profesional. Ellas dicen que ojalá todos los tíos fueran como yo. Amador, el director de la firma, no lo es. Aunque intenta disimularlo, se le ve incómodo en su presencia y evita promocionarlas. Ese sí que es un misógino.

Amador llegó hace unos meses a la dirección de la empresa como estrella de un nuevo plan del consejo de administración que apostaba por situarla entre las mejores y más rentables del sector. Mi primera impresión al conocerle fue inmejorable. Reunidos los empleados en la sala de juntas, el mismo día que se incorporó nos hizo partícipes de las iniciativas que pensaba tomar y nos dijo que nuestra colaboración sería fundamental para el éxito de las mismas. Hablaba con respeto, pero con seguridad, que es, a mi juicio, la manera idónea para provocar la confianza de los subordinados. Después, nos recibió a cada uno en su despacho y, conmigo, se mostró amable. Conocía mi labor como creativo y prometió que gozaría a su lado de magníficas oportunidades. Lejos de hablar por hablar, ya entonces me encargó la campaña de un nuevo prototipo que una industria puntera del automóvil sacaría a la calle en los próximos meses. Era el asunto más importante de los que tenía entre manos y, cuando conocí los detalles de la operación, no tuve palabras para agradecérselo. Jamás conté con un presupuesto tal para desarrollar mis ideas. Le prometí que no se arrepentiría de su decisión.
Encelado por la confianza que me mostraba y por la magnitud del proyecto, imaginé un spot televisivo promocional que enseñaría el ingenio como el acceso al futuro soñado por los conductores. Potencia,

seguridad… estaban ante el mayor logro tecnológico de todos los tiempos. La presunta historia de los vehículos rodados había sido en realidad su prehistoria. Ahora empezaba lo bueno.

Como es natural, opté por preparar la idea concienzudamente. Soy un trabajador riguroso y sé que el esfuerzo es la mejor garantía para cualquier propósito. Como primera medida, decidí documentar la campaña con una investigación en la Hemeroteca Nacional que me permitiría representar la evolución desde los dinosaurios en nuestra particular prehistoria. Al cierre de la oficina, marchaba cada tarde a las dependencias del organismo. Todavía podría trabajar en el proyecto un par de horas por sesión. Lo que no pensé es que tropezaría cada día en las sala con el propio Amador, el mismísimo director de la firma a la que sirvo.

Disimulando la sorpresa, en la primera ocasión nos saludamos con cordialidad y distancia, según su costumbre, y cada uno se entregó a su tarea, sin más. Desde el lugar que ocupaba, le vi abandonar el local media hora antes del cierre de las instalaciones, mientras yo apuré el tiempo, porque estaba encelado con una revista y no era cosa de dejarla a medias. El encuentro se repitió las tardes siguientes y discurrió por los mismos cauces, sin que siquiera nos confesáramos los asuntos que nos llevaban allí. Era un habitual de la investigación, qué duda cabe. Otra razón para admirarlo.

“¿Es usted amigo del señor Morales?”, me preguntó el conserje de sala al cabo de unos días, un hombre agradable, que siempre procuraba servirme las publicaciones solicitadas con la mayor celeridad. Yo acababa de entrar al receptáculo de fumadores para echar un cigarrillo, y él hacía lo propio en el mismo sitio.

“¿Morales?”, pregunté a mi vez sin caer en la cuenta. “Amador Morales”, concretó. “He visto como se saludaban estos días.

“Compañeros de trabajo”, dije sin que considerara oportuno entrar en categorías. Bueno, tampoco se por qué habría de hacerlo.

“Un tipo extraño”, siguió. “Verdaderamente extraño”.

No es mi costumbre dar confianza a los desconocidos, más allá de lo que dicta la buena educación, pero el atrevimiento del conserje me intrigó.

“¿Extraño?”, inquirí.

“Son ya tres años viniendo cada tarde a la Hemeroteca Nacional”,

añadió. “No es una apreciación gratuita… Cada tarde pide publicaciones de sucesos. Es evidente que le motiva la sangre y los asesinatos, aunque solo se detiene en las páginas de crímenes pasionales. No sé, a mí me parece raro…”, se reafirmó el tipo pensativo, para desdecirse enseguida. “En fin, no quiero decir que… Entré aquí de chaval y ya tengo nietos. Y le aseguro que he visto a tipos interesarse por las cosas más insospechadas, no vaya usted a creer…”.

Para entonces, la investigación que me propuse estaba prácticamente terminada. Sí acudí todavía algunas tardes más a la Hemeroteca Nacional fue por ese afán perfeccionista que me caracteriza.

Aunque evité regodearme en sus dudas, las palabras del conserje despertaron mi curiosidad. Así, en cierta ocasión, me las arreglé para sentarme en una butaca situada un par de filas detrás de la que ocupaba Amador Morales. Era el observatorio apropiado. Cuando vi que se disponía a abandonar la sala, hice lo propio. Como pretendía, nos encontramos en el guardarropas, camino de la salida del edificio.

“¿De retirada ya?..”, dije porque algo tenía que decir. “Va siendo hora…”, contestó porque tenía que contestar algo.

Caminamos unos pasos sin pronunciar palabra alguna. Pero yo esperaba algo más de aquel encuentro, aunque no supiera exactamente qué.

“¿Ha traído coche?”, pregunté por preguntar algo. “Prefiero el transporte público”, respondió por responder algo. “Por aquí es difícil aparcar”.

“Estaré encantado de llevarle a su casa”, afirmé.
Rechazó el ofrecimiento amablemente.

“No podrá negarse”, insistí sin darme por vencido. “Los fabricantes del coche que promocionaremos me han facilitado un prototipo para que lo conduzca durante algunos días. Creen que así tendré mayor sensibilidad para abordar la campaña”. Dicho lo cual, añadí todavía esto para cercarlo por completo: “Usted es mi director. También le gustará saber que el producto merece la p e n a”.

Estaba cercado.

“Todo indica que es usted un gran estudioso”, planteé ya dentro del prototipo, porque algo tenía que plantear. “Le veo cada tarde revisando publicaciones”.

“No me gusta perder el tiempo”, aceptó Amador.

Tarde un buen rato en hacer la siguiente pregunta. No quería evidenciar mi curiosidad.

“¿Y qué se trae entre manos?”, tanteé al fin. “Los publicistas estamos en permanente estado creativo. Seguro que se trata de algo grande…”.

Amador permaneció callado unos segundos. Luego se puso a hablar de lo complicado que estaba el tráfico en Madrid. Una confidencia profesional que no extenderíamos a los potenciales clientes del coche que íbamos a promocionar.

Llegamos a la puerta de su casa entre silencios y frases esporádicas de aplastante intrascendencia. Para mi sorpresa, la puso a mi disposición por si quería tomar una copa.

“La verdad…”, me disculpe, consciente de que podía sentirse presionado. “No me permitiría interrumpir la paz de su hogar”. Pero ahora era él quien me cercaba.

“Mi mujer estará encantada de conocerle”, aseguró. “Le he hablado mucho de usted”.

Nos recibió con exquisita amabilidad. Me dijo que Amador no acostumbraba a llevar amigos a casa y que aquella era una magnífica oportunidad para demostrarle que estaba encantada de que lo hiciera. Se trataba de una dama de unos cuarenta y cinco años, unos diez menor que él y quince más que yo, todo esto a riesgo de mi propia intuición. Un tanto pasada de peso, mantenía agraciadas proporciones y una belleza que daba pistas del reciente esplendor. Me halagó al informarme de que su marido me citaba delante de ella como uno de los mejores creativos de la empresa. Rechacé la oportunidad que me brindó de cenar con ellos, pero dejamos abierta la posibilidad para más adelante. Tras tomar un vino tinto de Burgos y unas virutas de jamón de Jabugo, salí de la casa con la seguridad de que aquella no sería la última vez que estaría en la misma.
Aunque coincidimos cada jornada en la oficina, en las siguientes Amador se mostró tan amable y distante como de costumbre. Completado el trabajo que me llevó hasta allí, interrumpí mis visitas a la Hemeroteca Nacional, con lo que se suspendió esa vía de relación entre nosotros. Pasarían algunas semanas antes de abrirse otra.

Una mañana en que me encontraba perfilando los últimos bocetos de la campaña para el lanzamiento del coche, mi secretaría se comunicó conmigo por el dictáfono.

“Amparo en la línea dos”, dijo.

Acepté la llamada de manera mecánica. Estaba demasiado abstraído en el trabajo como para ponerme a pensar quién podría ser la tal Amparo.

“Soy la señora de Morales”, escuche por el auricular. Salí de la abstracción para ponerme a sus pies.
“Tengo que verle”, planteó.
“Será un gran placer”, aseguré.

Me citó esa tarde para las cinco en su casa. También me pidió que no comentase la llamada con el marido. Esperaba que su solo nombre de pila no la hubiera identificado ante mi secretaria.

“Actuó por el bien de Amador y le ruego que respete mis reglas”, dijo.

Confieso que me dejó intranquilo. Aunque no negaré que despertó aquella curiosidad que sentí antes por él, y que, lejos de desaparecer, permanecía sólo arrinconada. A las cinco en punto de la tarde acudí al encuentro, un caballero jamás hace esperar a una dama. Ella estaba alterada y el relato que de inmediato abordó tampoco me permitió mantener el sosiego. El gran secreto del compañero era nada menos que el siguiente:

Diez años atrás, Amador había matado a su propio hermano, un desgraciado parapléjico que acogía en su casa. Aquejado de inoportuna gripe, nuestro hombre se presentó allí una mañana, cuando debía estar trabajando, y encontró a Amparo encima de la silla de ruedas donde se pudría el cuñado. Desnuda, para más señas. Pues bien, en pie, como hay que proceder en estos casos, calificó su acción de caritativa, pues quiso darle una alegría al desventurado. Lejos de entrar en razón y con el tato encima, Amador condujo el artilugio hacía la escalera de salida de la morada y lo lanzó al vació. Estaba loco de ira y, tras comprobar el resultado de su acción, el hombre creyó enloquecer aún más. Para su fortuna, la esposa había hecho en su juventud pinitos de actriz y consiguió convencer al juez de que el óbito era consecuencia de suicidio. El cuñado era corajudo y, si no por su propio pie, sí con gran voluntad, consiguió asomarse al precipicio y después recorrerlo. Ni que decir tiene que nadie, hasta ahora, conoció el secreto que se me desvelaba.

“¿Y qué tengo yo que ver en todo esto?”, pregunté impresionado por la confianza.

“El problema”, siguió Amparo, más interesada en lo que quería decir que en mi propia cuestión, “es que Amador lleva mucho tiempo documentándose sobre crímenes pasionales. He descubierto el material que acumula al respecto y le aseguro que eso no se consigue en un rato”.

“De lo cual usted deduce….”, reflexioné yo en voz alta.

“En efecto”, sentenció adelantándose a mis conclusiones: “Está planeando matarme”. Se le saltaron las lágrimas cuando añadía: “Amador es muy rencoroso, no me ha perdonado lo del hermano”.

Le tendí el pañuelo para que se secase los mocos. Luego lo tiraría a la basura, a mí estas cosas me dan mucho asco. Y sumaba el rechazo por su conducta, ya he dicho lo que pienso de las mujeres de relajada moralidad. Por desgracia, ahora no podía ver a Amparo como la vi el primer día.

“Verá”, anticipé dispuesto a poner las cosas en su sitio, “no es asunto mío. Compréndalo”.

Se puso a llorar como nunca he visto llorar a nadie. Venga a hipar, a lamentarse, a gritar… De haber estado allí, hubiera roto el corazón del abominable hombre de las nieves. Yo no soy el abominable hombre de las nieves.

Me acerqué para hacerle un mimo. Quería que reaccionara, y en verdad que pareció tranquilizarse. La estreché contra mí para ver si lo conseguía del todo. Despedía un calor animal, un fuego brutal. Me tomó la mano y se la llevó a su pecho. Era la forma de mostrarme su agradecimiento. Aquello era el centro geométrico de la lumbre.

No sé lo que nos pasó. Al segundo siguiente nos abrasábamos en la cama como San Lorenzo en la parrilla. De pronto, me inundaba la lava de un volcán cuya existencia no se testimonió jamás en la guía universal de la vulcanología. Tras tanto tiempo al margen del amor verdadero, carecía de conciencia sobre algo parecido. Es lo que tiene el no entender, que te dan gato por liebre en las adquisiciones en cuanto te descuidas.

Pero luego vino el desasosiego que se fue abriendo paso en mi cerebro tras la irracionalidad del primer vomito de dicha. Me encontraba en la cama de un loco criminal haciendo el amor con su mujer y él podría

aparecer en cualquier momento ante nosotros. Las consecuencias serían previsibles…

“No te preocupes por Amador”, dijo Amparo, que, además de fuego, tenía intuición, y que me daba ahora un tratamiento mucho más cercano. “Nunca abandona la Hemeroteca Nacional hasta media hora antes de su cierre”, señaló mirando el reloj de la mesilla.

Pero no voy a negar que tuviera miedo. En este país los horarios están sometidos a demasiadas contingencias. España no es Suecia.

“¿Os divertís?”.

La pregunta restalló como un látigo en medio del dormitorio. Su cuero acertaba plenamente entre los dos. Lo manejaba el loco criminal con una escopeta de cañones recortados en la otra mano. En la Hemeoteca Nacional se produjo una fuga de agua y tuvieron que desalojar a los lectores. No era su día de suerte, ahora llegaba a casa y se encontraba con la tostada.

“Eres un hijo de puta”, me calificó Amador. Ahora ya me tuteaba hasta el apuntador.

Me levanté de la cama corrido de vergüenza. Trataba de tapármelo todo con las manos, pero apenas conseguia taparme casi nada. No lo digo por presumir, todavía me abrasaba la lava del volcán.

“Supongo que me va a matar”, acepté resignado. Aunque tenía esperanzas de que lo negara.

Amparo abandonó también el lecho. Al verla frente a mí, reafirmé la impresión que me produjo al conocerla: le sobraba algo de peso.

“¡Noooo!”, se desgarró la esposa situándose en medio de los dos. “¡Amador, que te pierdes!”, llegó incluso a decir, como dijeron antes que ella tantas esposas en sus mismas circunstancias. Claro está, que ella contaba con experiencia.

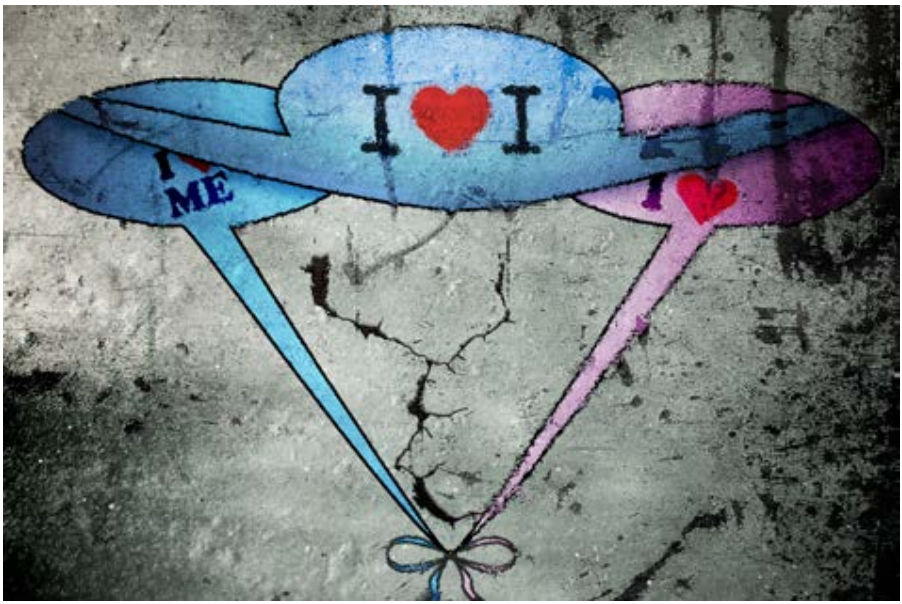
Amador pareció dudar. Por fin, llevó al suelo el punto de mira de la escopeta de cañones recortados y salió de la habitación. La mujer le había convencido. Era un pico de oro.

Cuando ella y yo salimos del dormitorio con la ropa puesta, mi director improvisaba una cena para los tres. En fin, quesos, embutidos y un vino del Priorato que no estaba nada mal. La compartí para no desairarle, nunca se sabe con los locos. Me pidió que en adelante lo

tutease y así lo hice.

Para no desairarlo y ser víctima de inimaginables consecuencias, tuve que volver a su casa dos días más tarde. Esta vez me prometió un ágape más ortodoxo y diré que todo lo que se presentó en la mesa resultó exquisito. Antes de sentarnos, volvió a sacar la escopeta de cañones recortados y me pidió que me desnudase. Obedecí, era un tipo muy convincente. Después me hizo sentar en la silla de ruedas que fue del hermano. La guardaba plegada en un aparador sobre el que lucía enmarcada y dedicada la foto del mismo. Vestida también como vino al mundo, acomodó a Amparo sobre mi. Al poco tiempo nos estábamos abrasando vivos. Disfrutó una barbaridad viéndonos hacer el amor. Durante la cena hubo un momento en que me trató como si fuera su hermano, tan cariñoso el hombre.

A partir de entonces voy casi todos los viernes a visitarlos y jugamos a reproducir los crímenes pasionales que Amador ha ido almacenando durante tres años ininterrumpidos de trabajo en la Hemeroteca Nacional. Hay algunos que exigen mucha concentración y, a veces, terminamos cansados. A él lo sigo viendo cada día en la empresa. Allí me vuelve a tratar de usted y solo me dirige la palabra cuando es necesario, pero me confía las mejores campañas publicitarias, pues merezco su estima profesional. Ya no he vuelto a ir a lugares de lenocinio y, cada vez que hacemos el amor, Amparo me recuerda que, para comprar, hay que apren



der a hacer la compra. Gracias a ella ahorro una barbaridad y, como

suele decir, con “lo que los tres tenemos en común”, qué necesidad tengo de andar por ahí arriesgándome a lo peor.

Como es el familiar más directo que tengo, le he contado la aventura a mi hermana. Amador le parece un tipo interesantísimo y me ha pedido que se lo presente. He sentido una gran repugnancia al oírla. También una cierta pena, porque no tuvo al lado, en su momento, la persona que le orientase por el buen camino. Yo, cada vez que llevo a mi sobrina y ahijada a su chocolatería favorita, me esfuerzo en idear un mundo distinto para ella. Le digo que un día se casará con un hombre maravilloso que será el único amor de su vida, pero es introvertida y se avergüenza con ciertos temas. Le gusta mucho el chocolate.

La carta

Querida Mirenchu: Si esta carta llega a tu poder, imagino la sorpresa que te producirá saberme vivo. También yo extraño la propia decisión de hacértelo saber. Dudé mucho antes de iniciar la presente y, apenas escribo tu nombre en el encabezamiento, me embarga de tal modo la emoción que ignoro si podré continuarla.

La noticia de mi desaparición, con la de aquel barco que salió de Turku, destino Estocolmo, en fecha fatídica, abriría en ti una herida que quizá no haya cicatrizado en los cinco años transcurridos desde el brutal suceso que sustrajo la vida a más de quinientas personas. Consciente del dolor que provoco, escarbo en ella impelido por un remordimiento que me agota de modo insoportable. Sí, Mirenchu, la mía es una reacción egoísta. Podría mentirte y convertirla en respuesta, siquiera tardía, a tu previsible angustia. Pero, ahogado en las propias miserias, necesito dignificarme ante mí mismo para seguir afrontándolas.

Cuando un lustro atrás cogía en la ciudad finlandesa citada el barco que debía llevarme a la capital de Suecia, entraba en la última etapa del proyecto diseñado en Jerez por los altos ejecutivos de la firma Domecq, empeñados por entonces en ampliar el campo de comercialización de sus productos al norte de Europa. Honrado por el encargo de liderarlo, había cosechado ya éxitos remarcables en capitales como Copenhague o Helsinki, visitadas con anterioridad, desde algunos de cuyos restaurantes y pubs más representativos se formalizaron por fax pedidos de nuestros vinos y licores que

provocaron los inmediatos parabienes de mis superiores. Sabes que trabajé siempre a su plena satisfacción y confío en que, mi actitud honrada y diligente, les animase en el tiempo de la desgracia a ocuparse de ti y de nuestro hijo Emilín y que continuarán haciéndolo mientras viváis. No soy capaz de sospechar lo contrario. Serví a la empresa desde los dieciséis años y la entregué los mejores de mi vida. A su amparo crecí como profesional y como hombre y la nuestra fue una relación maternofilial. No, no exagero. Hoy que mi vida se conduce por otros derroteros, siento aún el desamparo de quien se ve impelido a renunciar a la protección de la progenitora... Pero recuperemos la secuencia de los hechos. De eso, Mirenchu, se trata, al fin y al cabo.

Embarcado en Turku, pasé las dos primeras horas de travesía de manera distendida. En el amplio salón del barco hice una cena frugal que rematé con un cognac francés bastante mediocre, como no reparé en calificar ante el camarero de servicio. De nuestras marcas nada sabía éste, que, sin embargo, prometió interesarse por ellas dado las excelencias con que acerté a cantarlas. Me consta que no fue en vano. Hoy me llegan ecos de que la naviera los ha incorporado en la carta de servicio de sus buques y, aunque nada me liga ya a Domecq, valoro el hecho como cosa propia. En fin, volviendo a la rememoración, diré ya que, por desgracia, el relajo no iba a durar mucho en aquel viaje.

Supongo que conoces los detalles y no me recrearé en ellos. Un iceberg traicionero y asesino golpeó inesperadamente nuestra embarcación que se rompió en dos en medio de un mar hostil y frío, al que fuimos arrojados pasaje y tripulación. En medio de la oscuridad, me vi nadando con desesperación contra olas gigantescas imposibles de doblegar. Sin saber la razón, de pronto era el epicentro del horror y, a los gritos impotentes, los lamentos angustiosos y la locura inoperante de la gente que me rodeó unos segundos sobre las aguas, sucedió el estentóreo vació. Cuerpos inertes flotaron enseguida entre trozos de hielo y objetos varios que marcaban el rastro de la muerte. El paisaje era apocalíptico.

Ignoro de donde saqué fuerzas para subir a un bote que el terrible impacto de la masa helada debió desprender del barco siniestrado para dejar a capricho del brutal oleaje. Cuando me así a su perfil, mi cuerpo era de plomo, pero, desde el interior, una horrorizada joven, única ocupante para entonces del mismo, me prestó las fuerzas que le quedaban para que mi empeño fructificara. Sin duda, fue su determinación la que estimuló mi deseo de superación. Le debo la vida.

Y quizá me deba la suya. Aquella no era un hada intangible enviada por los cielos para resolver mis dificultades sino una frágil mujer agotada en la lucha terrible por la supervivencia. Incapaz también de prolongar su gesta, apenas hube entrado en la barcaza sufrió una crisis de histeria que a punto estuvo de hacerle saltar de nuevo a las gélidas aguas que enseñoreaban el espanto a nuestro alrededor. No me importó mostrarme violento hasta calmarla y, el tiempo empleado en ello, consumió el resto de nuestras energías. Aunque parezca difícil de entender, llegó un momento en que quedamos dormidos sobre el suelo del bote. Para entonces la noche era negra como boca de lobo.

Despertamos en una mañana luminosa, pero nuestro júbilo fue aún mayor al comprobar que la embarcación que nos soportaba había encallado en tierra firme. Marjatta, que así se llamaba mi compañera, comprobaría enseguida que nos encontrábamos en la costa finlandesa en una aldea vacacional cercana a Turku, punto de partida, curiosamente, de aquel funesto viaje. Entramos en una vivienda poco protegida que encontramos a nuestro paso y nos secamos la ropa ante la chimenea que encendimos en una de sus habitaciones. Yo saqué una botella de cognac Fundador del maletín de trabajo y la vaciamos con repetidos tragos que nos reanimaron. Por suerte, mi celo profesional y mi amor a la firma lo mantuvieron asido a mi mano en todo momento de la aventura. Ella alabó la calidad del producto y yo me sentí feliz, como si acabara de nacer. Acababa de nacer, y lo primero que se me ocurrió decir fue: “Está como nunca, Fundador...”. ¿Recuerdas, Mirenchu, aquel eslogan publicitario de la marca que tan dignamente creo haber representado?.. Te juro que en el lugar remoto en que lo rememoraba se me antojo el más sincero del mundo.

A mi lado, Marjatta ocupaba la misma burbuja de felicidad en que ahora me envolvía el destino. Se le veía radiante... En realidad era la primera vez que me fijaba en ella. Con aproximadamente veinte años, unos diez menos que yo, era una mujer muy guapa. Rubia, con ese pelo casi amarillo que solo he visto en ciertas mujeres finlandesas, su perfección física emocionaría a cualquiera. Belleza melancólica la suya, que también he sabido luego corresponde muy bien con el carácter de su pueblo. En fin, tras el último brindis, abandonamos la casa y nos dirigimos al centro de la localidad, donde alquilamos un coche para desplazarnos a su casa familiar.

Sita esta a unos doscientos kilómetros al norte de Tampere, te escribo desde el salón de la misma, pues me encuentro tan cómodo habitándola que me he resistido a marchar de aquí. Zona de profundas nieves invernales y de paisaje lacustre donde reverbera la luz y transitan los renos, presumo que te gustaría conocer su entorno. Puede

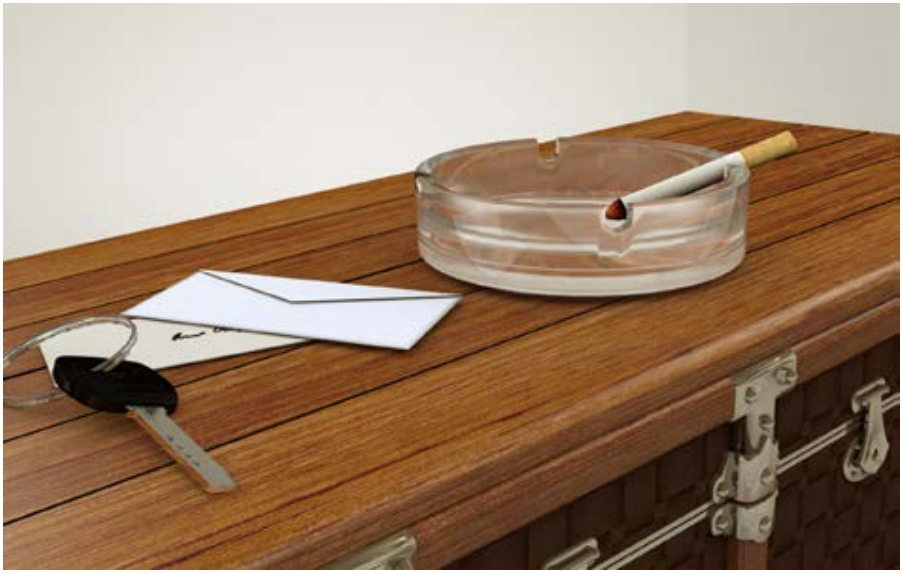
que alguna vez, Mirenchu, te decidas a visitarnos. Sus habitantes son amables y acogedores y, en concreto, los padres y hermanos de Marjatta nos recibieron en los momentos que describo con mimos deliciosos, gracias a los cuales se haría posible la superación progresiva del trauma que nos produjo el naufragio. A ti y a Emilín os recibirían de igual modo. En cuanto a Marjatta y a mí, para qué señalar…

Fue un proceso lento, monótono, desesperante, no vayas a creer. Personalmente, me sentía al principio incapaz de fijar la imaginación en nada. Vuestra imagen me torturaban, pero, a la vez, algo hacía que me distanciara de los recuerdos. Ya sé que lo lógico hubiera sido entrar en contacto contigo y, sin embargo, cuando me aproximaba al teléfono, sentía un miedo atroz que me enfermaba. Estuve algún tiempo postrado en el lecho sin que mi estómago tolerase otra cosa que buenos ponches de leche de reno hembra bien calentita y consomé de reno macho. Luego fui admitiendo solomillos bien pasaditos, del tipo de carne que Marjatta o su mamá me preparaban con salteados de hinojo. Resulta muy duro decirlo, pero pronto deje de ser consciente de que existió otra vida para mí; que tenía una esposa llamada Mirenchu y un hijo, Emilín, que me llorarían a muchos kilómetros de distancia. Fíjate como sería que me olvidé hasta de que existía Domecq, empresa que había sido como una madre para mí.

Por fin una mañana pude abandonar la cama. A mi lado estaba Marjatta, que pasó muchas noches sentada a mis pies velándome el sueño. Antes y ahora, encontrarla cerca fue el mejor regalo que pudo hacerme la vida. El segundo fue una botella de Fundador. Encargada por el papá de la muchacha, llegaba entonces, mediante correo de puerta a puerta, desde un hotel de Helsinki. Nos la bebimos en familia, pues para mí lo era ya, en cierto modo, la de ella.

Al lado de mi compañera de aventuras seguí avanzando en los días siguientes hacia la recuperación definitiva. En casa hacíamos gimnasia casi todas las mañanas y, cuando cesaban las ventiscas, dábamos largos paseos por las proximidades de algún lago cercano. ¡Qué delicia los lagos finlandeses, Mirenchu!.. Hay cientos de miles en el país, quizá millones, y, si te decides a venir, apuesto a que quedarás impresionada al contemplar más de uno... En fin, éramos felices desarrollando aquella tranquila actividad, aunque no evitábamos conversaciones que acababan por desasosegarnos. Yo hablaba a Marjatta de ti y de Emilín. Le decía que alguna vez tendría que volver a España y ella me ponía en antecedentes de su firme compromiso con un muchacho, casco azul de la Organización de Naciones Unidas, que pronto volvería de una de esas zonas de conflicto donde operaba para

desposarla y hacerle hijos, que crecerían sanos y fuertes como crecen en el lugar los renos.



Una tarde, Marjatta y yo regresamos al hogar cabizbajos y pensativos. Para mí era motivo de permanente preocupación imaginar vuestro sufrimiento y ella estaba intranquila por la suerte de su novio, que siempre andaba metido en follones, aun bajo bandera de la ONU. La mamá nos recibió con un caldito de reno macho que nos estimuló de manera extraordinaria. Aunque parezca un contrasentido, para entonces yo estaba hecho un toro y, a mi compañera, se la pusieron con la ingesta unos colores en las mejillas rojos como su sangre. Mugíamos y, para no convertir la vivienda en un coso, decidimos tomar una sauna.

Apenas dimos cuenta del condumio, nos desplazamos a la familiar. Ya sabes, Mirenchu, que en Finlandia la sauna es tan imprescindible en una casa como el cuarto de baño. Siguiendo la costumbre, nos desnudamos para entrar en la misma y subimos la condensación de vapor arrojando un par de cazos de agua a la lumbre. Con pasmosa naturalidad, Marjatta comenzó a golpearme el cuerpo con ramitas de abedul para activarme la circulación y yo hice lo propio en el suyo. Hay ciertas cosas que en otras culturas pueden resultar sospechosas, pero yo te pido, Mirenchu, que hagas un esfuerzo por interpretar las que te cuento en su propio contexto.

Al cabo de unos instantes, el calor se hizo en verdad relajante y la influencia del cuerpo bellísimo de la anfitriona comenzó a penetrar cada uno de los poros de mi piel. Por un momento, creí que se trataba

de una sensación pasajera, como la que producen las dos o tres primeras copas de Fundador, pero aquello iba a más y sentí unas ganas irrefrenables de beberme entera la botella. En fin, hicimos el amor. Y, entonces, algo cambio dentro de mí.

Tu sabes, Mirenchu, que, desde que nos comprometimos en noviazgo, allá por mis veinte años, nunca tuve relación sexual con otra mujer y que la nuestra marchó siempre razonablemente, al punto de vivir convencido de que ninguna otra podría estimularme en la tierra. Por poner alguna pega, lo único molesto para mí era esa costumbre tuya de fumar en la cama, a la que el tiempo me había sin embargo acostumbrado. Pues bien... no sé si debo decírtelo... De pronto subí a los cielos. Sí, te lo juro, con Marjatta, debajo o sobre mí, visité la gloria que olía a abedul como los bosques que enmarcan aquí el paisajes lacustre y transitan los renos. Lo sigo haciendo con mucha frecuencia, ya te digo que estoy hecho un toro.

En fin, Mirenchu, te ruego que me perdones. Nunca regresé a España, como proyecté hacer durante semanas, y Marjatta nunca matrimonió con el casco azul del que te he hablado y que acabó sus días poco después en una arrojada acción de la ONU, quién sabe si espoleado por la desgracia de perderla. Hoy, como puedes suponer, somos pareja de hecho y nos sentimos felices, especialmente cuando nos olemos nuestros cuerpos embadurnados con fragancia de abedul.

Quizá no sea indispensable contarle todo esto a Emilín. Preferiría que tuviera de su padre un inmejorable recuerdo. Mejor que crea en mi desaparición en aquel triste naufragio. Si aún hoy no has rehecho tu vida al lado de otro hombre, también te pido a ti que creas en lo mismo. Fueron más de quinientos los muertos y yo estaba entre ellos, no lo dudes más. En cuanto a Domecq, la astucia aconseja que nada sepan sus directivos tampoco. Siempre podían buscarte las cosquillas con el subsidio. Yo, sin embargo, desearía saber de vosotros e incluso veros algunas vez, si es posible. Murió el padre y el esposo, pero no el amigo. Considerad la posibilidad de venir a visitarnos, a visitar a unos muertos o, mejor, a unos nuevos amigos. Marjatta estaría encantada de conoceros, a mí me haríais muy feliz y Finlandia bien merece el viaje. Si no lo has hecho ya, aquí podías tratar de abandonar el tabaco definitivamente, pues el aire es puro y llena los pulmones de vida. A nuestro hijito, Mirenchu, le encantarían los renos.

Te quiere. JOSE JULIO

Aniversario

Como era el aniversario de la muerte de mi padre y el jefe de personal del ministerio me prometió hacer la vista gorda, fui al cementerio a poner unas flores en su tumba. Tarde más de tres horas en volver al despacho, pues Madrid estaba colapsado por una manifestación de mariscadores gallegos. Todavía tuve tiempo de tramitar un expediente sobre la solicitud de ayuda económica de un nuevo grupo experimental de teatro que proyectaba representar El divino impaciente de José María Pemán. Julia comía con amigas de la Facultad y yo lo hice con compañeros del departamento, que también son aficionados al mus. Apenas iniciado el segundo juego de la partida, me localizó mi mujer por el móvil. Se trataba de recordarme nuestra cita en esa gran superficie de la periferia en la que acostumbramos a hacer la compra de la quincena por sus buenos precios en los artículos de primera necesidad. Ni que decir tiene que la operación nos llevó varias horas y buena parte de los nervios de ambos, que gastamos en una discusión doméstica sin más interés. En casa, ella volvió a romper el régimen de adelgazamiento para sedarse con una tableta de chocolate y yo consulté en la relación de lo prohibido por el especialista para el colesterol. Elegí

chorizo frito, que me lo preparé en un bocadillo, mientras los chicos se peleaban por unas pizzas envasadas al vacío, que es lo que más les gusta. Para protegerme el cuello de las tensiones, me fui a la cama temprano con un pañuelo caliente anudado al mismo, mientras Julia se relajaba con un programa de televisión que pone a sus espectadores al tanto de las relaciones sexuales entre personajes de la farándula. Cuando al fin llegó al dormitorio, le propuse hacer el amor para evitar resquemores, pero se me ofreció con indiferencia y di gatillazo. A punto de concluir su aniversario, pensé todavía un rato en mi padre y lamenté profundamente que no siguiera vivo. Había nacido al principio de la segunda década del anterior, pero siempre deseó vislumbrar lo que sería el siglo XXI.

Antigüedades

Tras algunos meses de sufrimiento, papá entró en una situación irreversible y los médicos nos acostumbraron a la idea de que el desenlace estaba próximo. Sucedió una mañana a últimos de julio extremadamente calurosa, que quizá prefirió ahorrarse, pues le agobiaba una barbaridad el calor y no alentaba esperanzas de restablecerse. Alrededor de la cama mortuoria, mi esposa, mi hijo y yo sudamos hasta la extenuación a lo largo de las inacabables horas de duelo, pero no por ello nos separamos un momento de su lado.

Por lo que a mí se refiere, no cabría otro comportamiento. Obligado a decidir entre la vida de mamá y la mía en el parto que me alumbró, su desvelo hizo feliz mi niñez y su ejemplo guió mi existencia, que no prescindiría del referente para progresar. Juez de una situación impredecible, jamás le oí referirse al fatal suceso, que conocí por una de sus hermanas, aunque penó hasta el último suspiro la perdida de la mujer que adoraba.

Aun consciente de la imposibilidad de lograrlo, durante los días en los que se prolongó la agonía, hice lo imposible por responder a sus atenciones y estuve vigilante a esas pequeñas cosas que aprecian los hombres en su final. En ocasiones, me sentaba a los pies de su cama y le invitaba a librar una partida de tute, juego de cartas de su preferencia. Si me era posible, le dejaba ganar, porque disfrutaba como un niño presumiendo de sus habilidades con las cartas, pero siempre que no apreciara la estratagema, pues su dignidad se hubiera herido con ello. Pasábamos horas hablando de Pedro Mari, su único

nieto, y me felicitaba por la educación que le daba. Yo le respondía que me iluminaba su modelo y, con estas cosas tan aparentemente vulgares, se nos caía a los dos la baba de dicha. Por las noches le leía algún capítulo de las novelas de Pedro Mata o El caballero Audaz, autores de la primera mitad del siglo XX que le divirtieron de joven. Cuando el cansancio le rendía, abandonaba su dormitorio de puntillas y con un nudo en la garganta, que solo liberaba dejando brotar las lágrimas. Influido por la emoción de esos momentos, tomé un día la decisión más importante de mi vida.

Cuando se la conté a Pedro Marí casi se cae de espaldas. No esperaba una cosa así, aunque pronto entendió mis razones, estimulado por el propio dolor. Primero fue el asombro, luego el entendimiento y, por fin, la complicidad; todo ese camino recorrió mi hijo en pocos instantes. Sin él, el proyecto hubiera sido un disparate; su voluntad lo hizo posible. El impulso de los jóvenes puede ser incontenible como los ciclones. No se si he dicho que Pedro Mari adoraba al abuelo. Eso también pesó lo suyo.

Como se comprenderá, el primer problema a solventar fue la falta de conocimientos. Era ridículo pensar en acudir a un especialista, porque no se nos ocultaba que la acción vulneraría la legalidad, demasiado rígida desde el dictado de las emociones. Por otra parte, era imprescindible actuar al margen de papá, naturalmente, pero también de mi esposa y madre de mi hijo, pues, al no ser carne de nuestra carne, resultaba deshonesto involucrarla, aunque no negaré que desconfiábamos de su sensibilidad. Desgraciadamente, el tiempo demostró nuestro acierto.

Superamos aquella dificultad con esfuerzo y voluntad, opciones imprescindibles para progresar en empresas de tan alto empeño. Nada se nos da a los humanos de modo gratuito. Pedro Mari y yo nos apuntamos a un curso acelerado de taxidermia por correspondencia, que el chico simultaneó con clases prácticas, aunque su agenda ya estaba sobrecargada, pues ahorraba para casarse y hacia horas extraordinarias en el banco que lo empleaba. Quiero dejar constancia aquí de la emoción que sentimos ambos el día que apareció en casa con su primera paloma disecada. La pasó oculta en una bolsa de plástico hasta mi cuarto para que no la viera su madre y, cuando me la enseñó, nos abrazamos llorosos como niños. Los desvelos empezaban a dar fruto.

Otro día fue un lagarto; al siguiente, un águila real, que un amigo suyo, cazador furtivo, había logrado en una excursión al Coto de Doñana; el de más allá, una cabeza de novillo que consiguió a bajo

precio en la Plaza de Toros de Aranjuez. A partir de determinado momento, los trabajos de Pedro Mari revelaban pericia, mientras yo, que me aplicaba en el aspecto teórico de la especialidad con los tratados más importantes hasta altas horas de la madrugada, ya me consideraba capaz de afrontar cualquier contingencia formal que pudiera presentarse. No quedaba sino esperar el fatal desenlace, cuya inmediatez se fue haciendo patente. Apenas una semana después de acabar con el novillo, papá nos abandonó, en efecto, sin hacer ruido. En el momento del óbito yo le tenía cogida la manita derecha y Pedro Mari, la izquierda. Su expresión era de serenidad. Parecía un santo.

El dolor no nos llevó a alterar nuestro plan, que debía materializarse precisamente a partir de aquí. Para entonces todos los pasos sucesivos estaban calculados y aplicarlos fue una actividad en cierto modo rutinaria, donde no nos permitimos la menor torpeza. En la habitación del finado se dispuso la capilla ardiente con una virgen de las Angustias, de la que fue devoto, presidiéndolo todo; una imagen muy linda, encerrada en una capillita de madera, que alquilamos para la ocasión en una tienda especializada. A papá le hubiera encantado verla. Amigos, familiares y vecinos desfilaron por el lugar con el recogimiento preciso. El ser del que se despedían fue en vida un hombre bueno y, los que así lo sintieron, querían testimoniarlo, a pesar del calor sofocante de la jornada. Solo al final de la misma, Pedro Mari y yo nos quedamos sin otra compañía ante el cadáver. Instada por nosotros, mi esposa, su madre, dormiría en casa de una amiga, donde relajaría mejor sus nervios, alterados por la situación. El cambio de ambiente le vendría muy bien. Si la necesitábamos, la localizaríamos por el teléfono móvil y, con esa advertencia o parecida, se fue con la música a otra parte, dicho popular al que no recurro por capricho, pues tendrá explicación en el momento oportuno.

Al fin, en la soledad requerida, Pedro Mari y yo pudimos constatar el beneficio de nuestro esfuerzo. Tras varias horas de trabajo, papá quedó como un San Luis, guapo a rabiar, como siempre fue por otra parte, aunque en los últimos meses se le hundían un tanto los mofletes, sin duda que por la enfermedad. Se los retocamos convenientemente y así pareció mucho más joven. La piel se la dejamos tersa, para sí la quisieran muchos bebés. Y no es que lo diga yo, Pedro Mari dijo lo mismo. Le vestimos con su mejor traje, ese que sólo se ponía en los cumpleaños o las fiestas señaladas para no gastarlo, ¡el pobre!, y con unos zapatos de tafilete negro relucientes, apenas estrenados, pues le hacían daño en el talón izquierdo, que se lo rebajamos para no fastidiarle la eternidad. En el curso de su mal había mermado lo suyo y ahora todo le quedaba como un pincel. En el proceso de recomposición, no olvidamos dibujarle una sonrisa que le

daba vida a la cara, si es que cabe la expresión. La verdad, nos sentimos orgullosos del resultado.

El trámite del entierro se solventó en la forma planeada. Antes de que vinieran a casa los empleados de la funeraria, reclamamos a los presentes el último momento de intimidad que nos correspondía como familiares directos del finado. De esta manera pudimos esconder su cuerpo disecado en un armario, mientras en el féretro introdujimos un muñeco de parecidas características formales que, con la caja cerrada, dio el pego hasta a los transportistas, y eso que eran expertos. Pedro Mari y yo presidimos la comitiva hasta el camposanto y, tras el enterramiento, afrontamos el duelo pese al dolor, que nos reconcomía. El cuerpo de papá permanecía en su habitación, pero no se nos ocultaba que habíamos echado arena sobre un periodo imborrable de nuestras vidas. No tanta como algunos hubieran querido, sin embargo.

Pese a que lo clausuramos pretextando que era una forma de convertirlo en santuario de su memoria, mi esposa forzó días después la puerta de entrada del cuarto de papá y se encontró, naturalmente, con papá. No necesitaba hacerlo, porque la vivienda es grande por fortuna y todos en la corta familia que quedábamos disponíamos del espacio suficiente para nuestras necesidades. Pero ella ya venía anunciando su intención, pues pretendía instalar allí, con sus estampitas predilectas y todo, otro santuario para su madre, que había fallecido cuatro o cinco años antes, a lo que nos negamos Pedro Mari y yo. La progenitora en cuestión actuó siempre con nosotros como una verdadera bruja. Recuerdo que, cuando pretendía a la hija, denunciaba, a diestra y a siniestra, mi presunta falta de méritos para pretenderla, y no fue menos malediciente con el niño que engendramos, porque, según ella, sacó mi misma cara.

La de mi mujer, al toparse con papá, sería digna de ver. Al parecer, dio un grito que se escucharía en la Gloria, donde sin duda la virgen de las Angustias habría llevado el alma de nuestro mayor benefactor. El cuerpo, que es lo que allí quedaba, no pudo oírla, pues era sordo, como se comprenderá. Afectada por el suceso o porque no le hacían el caso que ella consideraba merecer, esa noche se fue de nuevo a dormir con la amiga, porque sus nervios estaban otra vez destrozados. Una semana después abandonaba para siempre la casa sin siquiera llevarse el teléfono móvil. Por eso supimos que se había enrollado con un cantante de salsa nacido en el extrarradio de Madrid, una desilusión más pues ni siquiera nos dejaba por alguien consecuente, que es lo menos que nos merecíamos. Era evidente que desde hacía tiempo vivía ya con la música en otra parte. Una deducción fácil de establecer, porque, para entonces, había retirado casi todos los

depósitos bancarios familiares. Pedro Mari y yo afrontamos con dignidad la desgracia.

La marcha de aquella mujer (ni Pedro Mari ni yo quisimos llamarla más madre o esposa) reforzó nuestro unión, que ya es decir. Siempre nos quisimos y respetamos, pero, a partir de ahí, ninguno dio un paso sin contar con el otro. Al fin y a la postre, con los dos se completaba ahora la familia. Bueno, al margen de papá, al que dábamos puntual cuenta de nuestras decisiones, si es que no estaba presente al tomarlas. Para que no se sintiera solo, nos acostumbramos a hacer la vida en su cuarto, cuya temperatura manteníamos constante para no resentirle las costuras y también para nuestro propio solaz. Ocasionalmente, jugábamos alguna inocente partida de tute a su lado o leíamos algún capítulo de las novelas de Pedro Mata o El Caballero Adudaz, a las que también sacábamos gusto.

Pero aquella no era una relación malsana, ni mucho menos, y, el que especule en tal sentido, obra a su albedrío. Jamás pensamos en perpetuarnos en nuestra propia sanie y así lo evidencia el hecho de que Pedro Mari, al cabo de un tiempo prudencial para no interferir con el recogimiento del luto, vino a matrimoniar con una chica monísima e inteligente donde las haya. Respondía al nombre de Isabel; Isabelita la llamaríamos en casa.

Todo dulzura, sin que restase con ello un ápice a su preclara inteligencia, nada más entrar en la familia aceptó como eran las cosas con la mejor predisposición. La nuestra iba a ser en adelante su casa, pues jamás se les pasó a los cónyuges por la cabeza abandonarme a mi propia suerte ni abandonar a la suya a papá. Respetuoso siempre con la intimidad ajena y aun reconcomiéndome por dentro, fue yo quien les hablé de las ventajas de poner casa propia, pero dijeron a coro que de ningún modo e Isabelita, especialmente, significó lo divertido que iba a ser para ella vivir con un muerto, pues nunca antes pasó por la experiencia. Estudiante de cuarto curso de Medicina, la encontraba a esta muchas ventajas, pues podría hacer prácticas de Anatomía en directo, mientras sus condiscípulos se contentaban, todo lo más, con un esqueleto sintético. Todo esto, claro, siempre que nosotros no nos opusiéramos a sus manipulaciones, a lo que respondimos que al contrario, porque lo haría para mejorar a papá, pues se le adivinaba su buena fe.

La época que siguió fue de auténtica felicidad. Cada uno atendía sus obligaciones cotidianas para, luego, en las horas de asueto, reunirnos en la habitación del que seguía siendo el cabeza de familia. De vez en cuando Isabelita le ponía alguna que otra inyección para hacer mano

(la expresión era suya) o le desnudaba la espalda para contarle las vértebras y aprender a distinguirlas. Mientras jugábamos una partida de tute o leíamos algún capitulo de las novelas de Pedro Mata o El caballero Audaz, Pedro Mari y yo la veíamos hacer, orgullosos de su habilidad y agradecidos del mimo que mostraba con nuestro antepasado. Muchas veces amenizamos incluso aquellos ratos con canciones del cantante de salsa con el que se fugó esa mujer que no voy a nombrar; tal era nuestra felicidad, que nada la mermaba. Allá cada cual con su vida.

Pero la dicha de aquellos instantes no fue nada comparada con la que sentimos cuando, una tarde inolvidable, Isabelita nos informó del inmediato crecimiento de la familia. El ginecólogo acababa de confirmarle que llevaba en las entrañas un varoncito. Hasta papá se emocionó. De la comisura de su ojo izquierdo, que siempre tuvo más sensible que el otro, pendió por un momento una lágrima. Pedro Mari sugirió que podía ser causa del dolor producido por las inyecciones que su mujer le ensartaba para hacer mano; pero no, la chica las ponía divinamente.

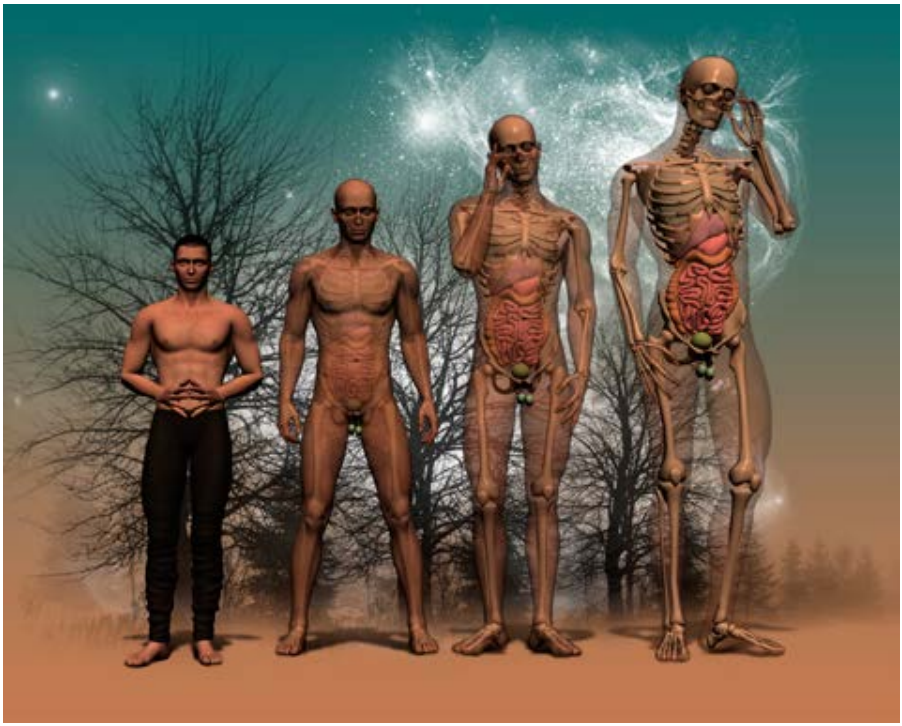
Aquel niño fue una bendición para todos. En homenaje a papá, que así se llamó en vida, le bautizamos con el nombre de Evaristo. De haber vivido, le hubiera hecho una ilusión enorme, pero había que ser realista y, viniendo de la iglesia, se lo pusimos en los brazos para que lo disfrutara muerto. Más de una vez lo tuvo entre ellos mientras fue bebé; por cierto, con una ternura que para sí quisieran muchos vivos. Al pequeño le encantaba estar allí, pues se compenetraba mucho con el bisabuelo, al que enseñaba sus coches miniatura de carreras que pronto le dio por coleccionar. También papá se volvió un poco niño con las atenciones del chiquitín y no protestaba cuando le disfrazaba de indio o de moro con tal de seguirle en sus fantasías, que primero le llevaban a imaginar un episodio de la conquista del Oeste americano y, luego, de las Cruzadas. No ocultaré que, a veces, yo mismo sentía celos de las preferencias de mi nieto, pero, con todo, el placer de verlos en armonía era una impresión mucho más poderosa que remitía otras miserias de las que me avergüenzo.

Siguieron años maravillosos, un auténtico regalo de Dios que no viviré lo bastante para agradecérselo. En ellos entregué mi vida, porque el destino es inexorable y, en la gratificante realidad de cada jornada, uno paga el día a día de la inexistencia. Por supuesto, también hubo sinsabores, quienes habitamos este valle de lágrimas sabemos que a todos nos corresponde nuestra ración de lo mismo. En fin, aunque no me guste hablar de ciertas cosas, diré que lo pasamos muy mal cuando Isabelita se fugó con un enfermo de próstata que conoció en el

hospital donde había empezado a trabajar después del parto. Nos salió rana, la muy desgraciada. Además, a mí ya no me parecía tan inteligente como alguna vez pensamos.

Pedro Mari quedó muy abatido con la marcha de esa mujer a la que jamás volvió a nombrar explícitamente, pero mi propia experiencia le sirvió de ejemplo. Todos los cantantes de salsa del mundo con todos los prostáticos del planeta no eran suficientes para acabar con nosotros. Por fortuna, Evaristo, su hijo, se quedó en casa y, al cabo de un tiempo consecuente, casó con una chica estupenda, Nuria, que incorporó a nuestra familia. Dedicada al diseño de modas, supo sacarle partido a papá, que le sirvió con entrega como maniquí cuando ella lo requirió. Al hijo que parió cinco meses después le llamaron Juan Luis, como yo. Por cierto, no sé si les había dicho mi nombre...

Ignoro de donde sacaría Juan Luis la afición a los coches de carrera que, a Evaristo, mi nieto, solo encelaron como coleccionista de miniaturas. Dado que los otros hombres de la casa hemos sido más bien sosegados y que éramos conscientes de que Nuria llegó embarazada a la misma, a veces he especulado con argumentos disparatados, que luego rechazo, pues no soy quién



para meterme donde no me importa. Además, el chaval se nos pareció

siempre muchísimo o eso pensamos todos. Las cosas sucedieron de la manera escrita para suceder. Como casi todos los hombres de mi edad, soy un determinista.

A Juan Luis le gustaron los coches de carrera cuando tenía que gustarle la teta de su madre y, siguió en el empeño, cuando tenían que gustarle otras tetas. Había que verle de niño reduciendo la marcha en su bólido de juguete, siempre con la vista fija en el televisor por el que retransmitían las pruebas del campeonato mundial de Fórmula 1, que era las que prefería. O recordarle de adolescente, cuando ya sabía cambiar una rueda a los prototipos en veinte segundos y revisar su circuito eléctrico en veintitrés. Había nacido para pilotar un prototipo y, en el año en que cumplió la mayoría de edad, nos lo dijo a todos muy seriamente:

“Tatarabuelo (siempre el primero en el tratamiento, porque sentía veneración por él), bisabuelo (a mi también me quería una barbaridad), abuelo, padre, yo he nacido para pilotar un prototipo...

Aunque los aludidos éramos hombres sosegados, aceptamos la realidad de los hechos. Lo malo es que no era lo único que teníamos que aceptar. Ni las firmas patrocinadoras ni los fabricantes iban a confiar en un chico de su edad y él no tenía paciencia para hacer el meritoriaje, porque sus conocimientos apabullarían a los profesionales. Como tantos jóvenes en los nuevos tiempos, él se constituiría su propia empresa, Escudería Juan Luis, que pronto acabaría con los monopolios de las grandes firmas del ramo. Condiciones no le faltaban. Cuando nos llevó alguna vez en coche al médico o a tomar el vermouth los domingos por la mañana, habíamos podido comprobar que conducía como los ángeles. Sabíamos que llegaría muy lejos. En fin, que decidimos ponernos enteramente a su disposición, pues, como se comprenderá, era por completo insolvente. Con papá ejerciendo de cabeza de familia, tomamos decisiones:

“Aquí estamos para lo que necesites”, le dije, pues era el mayor de los que, además de voto, tenía voz en aquella familia.

Pero reuniendo todos los bienes de que disponíamos no hubiéramos comprado ni el volante del prototipo. Es decir, que hubo que ingeniárselas, como hacen las gentes sin posibles. Yo sugerí vender la colección de taxidermia animal, la paloma, el lagarto, el águila real y la cabeza del novillo. Mi hijo Pedro Mari se resistió porque era el artista de esas obras, pero mi nieto Evaristo dio una prueba de su desprendimiento poniendo a disposición de mi bisnieto Juan Luis la colección de coches de carrera en miniatura que atesoró en su propia

niñez, y él se sintió muy incomodo por haber enseñado su egoísmo.

Tomando las riendas del asunto, como correspondía, Juan Luis conectó con una importante casa de subastas inglesas, que, al parecer, lideran hoy día el comercio del arte y el coleccionismo en el mundo. Fue una experiencia interesante, que le abrió los ojos a la realidad de ese comercio. Lo que se pagaba eran las piezas originales, siempre que fueran antiguas. La taxidermia animal ofrecía muy pocas novedades. Aunque parezca mentira, hasta el águila real, con todo de ser especie protegida, era posible encontrarla en la trastienda de muchos buhoneros europeos, a los que, comentaban las malas lenguas, se las vendia un español de altísima cuna con acceso libre a Doñana y especializado tambien en elefantes africanos. Las palomas eran una auténtica vulgaridad, lagartos se podían encontrar en botellas de licor de Extremadura y, el coleccionista que no tuviera una triste cabeza de novillo, es que era un jilipollas. Desde luego, la firma inglesa buscaba otras cosas. En pleno entendimiento con sus representantes, Juan Luis les habló de papá. Después nos dijo que “se corrieron de gusto”, una expresión que utilizan los chicos de hoy para significar el entusiasmo; y es que, con el tiempo, cambia hasta el lenguaje, para qué les voy a contar...

Papá era rareza y antigüedad, no había que darle más vueltas. Al enterarme, a mi se me puso un nudo en la garganta igualito que el que tuve que desliar muchos días a base de llanto cuando estaba inmerso en su agonía. Cuando estaban tratando el tema en su cuarto, también esta vez me excusé de mis familiares para irme a llorar al mío. Pero, al ceder a sus requerimientos, me plantearon con toda crudeza el acuerdo colectivo al que habían llegado. Si la felicidad de Juan Luis pasaba por sacrificar a la momia, la cosa estaba clara. A mi me dio un soponcio, pero, recuperado con una infusión de tila y los mimos de todos, no tuve otro remedio que aceptar sus argumentos. Tras muchos años de soportar el pegajoso calor de los veranos de Madrid y el frío cortante de sus inviernos, los costurones del cadáver se habían dilatado una barbaridad y, por algunas partes, daba ya pena de verla. Los compradores, que serían hombres de posibles, someterían seguramente a papá a técnicas de rehabilitación que le devolverían su prestancia. La eternidad no es fácil para los pobres.

En los días que siguieron, la casa parecía un camposanto, nunca mejor dicho. Con el paso de los mismos, Juan Luis se iba alterando más y más. La firma inglesa no acababa de encontrar comprador para papá, mientras él tenía contratado un prototipo de Fórmula 1 con una empresa automovilista italiana para intervenir en la prueba del campeonato mundial que se celebraría, Dios mediante, en Montecarlo.

A través de la suya, todos vivíamos nuestra particular carrera de angustia. Por fin, un día sonó el teléfono cuando ya estábamos a punto de comernos a bocados los unos a los otros, por los nervios. Lo cogí yo, pero, como andaba mal del oído, se lo pasé a Pedro Mari, mi hijo, que resultó que ya tenía problemas de lo mismo, aunque se resistía a confesarlo, y se lo trasladó a Evaristo, mi nieto. La llamada era para Juan Luis, mi biznieto.

"¿Siii?.., interrogó éste descompuesto por la ansiedad. Todos éramos presa de la misma.

"Es de la firma inglesa de subastas" , dijo para calmarnos, mientras mantenía tapado el locutorio del aparato y seguía pendiente del interlocutor... "Le escucho, le escucho", repitió el chaval por dos veces, quizá porque el interlocutor tenía también problemas de oído, como Pedro Mari y yo.

Nuestro Juan Luis las captaba sin embargo al vuelo. ¡Lo que son los años!..

"Pero eso es imposible", negó éste con firmeza... "Imposible", repitió mas fuerte... "Ese millonario americano es un caprichoso... ¿De dónde voy a sacar yo la parejita?..".

Pedro Mari, Evaristo y yo nos miramos alelados. A papá hacía ya tiempo que no le mirábamos a la cara.

"Claro, claro", aceptó mientras tanto Juan Luis... "Quien paga, manda"... Para despedir finalmente la conexión con estas palabras: "Veremos que puedo hacer... veremos que puedo hacer...".

Sí, esto último también lo repitió dos veces. Lo recuerdo muy bien porque para entonces no dejaba de observarme por el rabillo del ojo. En realidad, para entonces tampoco dejaban de observarme por los suyos Pedro Mari y Evaristo. Y es que he de reconocer que siempre fui el vivo retrato de papá...

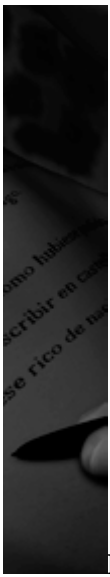
Por Nosotras las Mujeres

Despertar

Como estaba proyectado, el despertador sonó a la siete de la mañana, pero él lo desactivó y permaneció boca arriba en la cama con los ojos abiertos para encontrar las fuerzas que lo animaran a levantarse. Sintió el calor de ella y, cuando se acurrucó a su lado, no pudo evitar un estremecimiento de placer. Desnudos los dos, acomodó su cuerpo al de la pareja, aunque hubo de doblarse ligeramente para que los glúteos de la mujer encajaran con sus ancas y retirarse el pene hacia un lado, para no dañarla. Aquello era el colmo del bienestar y olvidó su compromiso con el editor de entregar el libro de cuentos en un plazo concreto.

Despertaron cuando la luz del día inundaba la habitación. Ella se removió para ir al baño y, al apreciar el esplendor de su culo celulítico, él la reafirmó su cariño, que no tenía resquicio. Indefenso ante el frío de la mañana, pensó que era una suerte que no la hubiesen conocido otros escritores, para bien de la literatura universal.

Vocación



Pues a mi, de mayor, me gustaría trabajar en un prostíbulo".

Hubo una carcajada general y eso me confirmó que la elección no era descabellada. Contaba trece años, edad suficiente para saber que la gente se burla de lo que envidia. Algunos de mis condiscípulos forzaban carcajadas estruendosas y otros balanceaban su cuerpo por la convulsión del cachondeo. Tenían mucho que envidiar. Decididamente, me prometí que de adulto trabajaría en un prostíbulo.

"El capitalismo, del que les hablé en otras lecciones, genera su propia escoria... Pero, no desesperen, también las vías para evitarla", mantuvo la profesora sobre el choteo del aula. "Espero que, el día de mañana, no sigan el ejemplo de su compañero", agregó, mientras me asesinaba con la mirada, para retirarme la palabra... "A ver, el siguiente".

Protesté con todas mis fuerzas. La asignatura de Humanidades era supuestamente dialéctica y estaba programada al servicio del contraste de opiniones. Yo tenía argumentos para defender mi postura, pero se quedarían en el tintero.
Con afán de situar la escena, diré que las preferencias resultaron tan dispares como cabría esperar, los colegiales son solo un reflejo de la sociedad. Por ejemplo, el alumno que me precedió en la exposición quería ser fotógrafo de prensa rosa, porque tenía gran sentido de la solidaridad y se hacía imprescindible socializar el placer que disfrutaban unos pocos. Trabajador con compromiso de clase, el padre

se lo repetía con frecuencia: “Hijo, los hombres no seremos iguales hasta que todos disfrutemos por igual de las princesas y de las modelos de alta costura”. Por ejemplo, el chico que me siguió, aspiraba a ser político, porque no tenía ningún sentido de la solidaridad.

Por lo que a mí respecta, consideré tres razones para inclinarme por lo que dije y la primera es que me encanta escandalizar. Quizá porque soy un tímido recalcitrante y solo la provocación me ayuda a liberarme de mis limitaciones. Créanlo, varias décadas después, cuando me asomó a mi propia niñez con la tolerancia precisa, les aseguro que no ha cambiado este rasgo de mi carácter, causa de permanentes problemas en mi vida. Lo he intentado, pero no pude luchar contra él. Lo que algunos refieren como mi “capacidad polémica” es, en realidad, un estímulo incontrolable, el exabrupto de un ser interiorizado y retraído que reclama atenciones.

Contaré un ejemplo: Tras publicar el ensayo sobre Lo que queda de Europa, me hicieran una entrevista en directo para la BBC 1, la prestigiosa emisora inglesa de televisión. Enseguida fui acusado en la prensa londinense de “exhibicionista” y “cara dura”. Juzgando los hechos, los diarios conservadores llegaron a decir que me había “reído del imperio británico” y que, mi actuación ante las cámaras, fue prolongación del “resentimiento español por el tema de Gibraltar”. Afortunadamente, la objetividad del país recepcionista permanecía para entonces intacta, pues ni uno solo de los comentaristas dejó de alabar mis tesis sobre la reconversión cultura que venía operándose en el continente, influencia de las sucesivas oleadas migratorias llegadas del tercer mundo.

Recuerdo que, en los prolegómenos de la entrevista, me sentía muy excitado, olía la carnaza y la rondaba como un lobo. Terry Wogan, presentador del talk-show que me reclamaba, quiso tranquilizarme con su fácil verborrea. “En cuando se encienda el piloto rojo de esa cámara”, me dijo, “el realizador tomará un primer plano de tu cara y luego lo hará de la mía, para abrir sucesivamente el plano a los dos y al público del estudio. Esto es como coser y cantar”, acabó con la autoridad del que hace todos los días el mismo traje y la hace bien. Pero, en tales momentos, sus palabras no podían servir de laxante a la diarrea mental que se estaba produciendo en mi cerebro. Los que no padezcan de timidez no sabrán de qué hablo; los que sufran la enfermedad, pues no otra cosa es, me comprenderán mejor.

El piloto rojo se encendió, en efecto. Entonces yo me levanté de la butaca, me puse de espaldas a la cámara y, tras una rápida actuación a

la altura del cinturón y de la cremallera de la bragueta, me bajé los pantalones hasta las nalgas. El realizador cumplió con su compromiso del primer plano, pero lo sacó de mi culo, que no había pasado por maquillaje. Nada que envidiar a la cara de Terry Wogan, cuyos afeites, por cierto, se resquebrajaron de pronto en un puzzle dramático. Por muy profesional que se sea, siempre puede uno sorprenderse en situaciones desesperadas. Yo grité: "¡Apenas queda nada de la cultura continental!". El dijo: "!Bastardo!" (Terry, como todo el mundo sabe, es irlandés)... Dada la objetividad de sus directivos, desde entonces me han invitado a unos seis o siete programas en la BBC 1, pero mantengo la sospecha de que, aun conformándose con mi cara, lo hicieron sencillamente por mi culo. Aquel día la audiencia subió una barbaridad. Amigos que estudiaron en ellas, me recuerdan que las public schools han creado muchos seres ambiguos. Yo no sabría a que atenerme...

La segunda razón la sabía muy bien la profesora de mi colegio. Coja de la pierna derecha, casi cae de su plataforma ortopédica al oír el anunciado de mi redacción, pero no pudo evitar incendiar aún más su natural belleza con la rabia que le produjo. La tarde anterior, mientras me daba de merendar en su propia morada de sus pechos espléndidos, me confesaba corrida por la dicha: "Quiero ser tu puta, quiero ser tu puta"... Lo que dije ante mis condiscípulos le pareció una traición. Pero, cuando nos volvimos a encontrar en el territorio de nuestra intimidad, tuve la impresión de que se sentía también ufana de su labor como profesora.

Me admiraba. Yo era el alumno más brillante con el que contaba y creía haber descubierto en mí, no ya un simple estudiante aventajado, sino uno de ingenio superior y buenas cualidades para la escritura. Era una de esas personas propias de otra época que se moría por la literatura y que, a sabiendas de que nunca escribiría Absalon, Absalon, enseñaría el secreto de la creación a quien pudiera llegar a hacerlo. Una tarde, al abandonar el aula, la profesora se acercó a mí para decirme: "La literatura es un asunto íntimo". Y luego agregó: "Yo puedo enseñarte los secretos de la creación". Por mis padres no tenía que preocuparme. Ella puliría el diamante en bruto que había descubierto. Quedaron encantados cuando se lo comunicó por teléfono; sobre todo mi madre. Aquella encantadora señora se había interesado, además, por su artritis. Haría de mí un nuevo Faulkner, me anticipó. Yo dije: "¡Hostias!"...

Por esas fechas, yo era un lego en las cosas de la vida y de la narración, pero, apoyándome en los mejores logros de otros maestros, fui relacionando ambas cosas con acierto. O eso creo. "Toda la

literatura del mundo por las piernas de una señorita", me enteré mucho después que podría haber dicho Albert Camus una noche de inspiración. Y pensaba lo propio de mi señorita, aunque fuese coja.

Cuando jóvenes admiradores que canalizan su formación en las Escuelas de Letras, tan en boga, se acercan a mis estrados de conferenciante en las distintas universidades del mundo, no puedo evitar un sentimiento de lástima. Gocé de la mejor canalización posible para mi formación desde edad bien temprana, pero no creo que en tales centros reparen en las ventajas de ciertos procedimientos. ¡Oh placer inmenso el de estudiar a Quevedo o a Shakespeare, mientras aquella mujer me daba la merienda! Quería ser "mi puta" y fue también mi lazarillo en el campo proceloso y confuso de la literatura. Le agradezco ambas cosas. Sobre sus enseñanzas edifiqué el canon de estética literaria con que me defiendo todavía por la vida... Como habrán comprendido, su novelista preferido era Faulkner, que pronto contó también entre los míos. Este es un dato importante en la historia que les cuento. Verán.

Consciente de sus inclinaciones y deseando corresponder a lo mucho que me daba mi profesora, un día sentí la tentación de adelantar varias lecciones por cuenta propia. Me procuré cuantos libros del autor o sobre el autor norteamericano encontré en los circuitos a mi alcance: biblioteca de mis padres y hermanos mayores, de los padres y hermanos mayores de mis amigos y hasta en las públicas del barrio que los prestaban a los vecinos. Pertinaz como soy, hice descubrimientos importantísimos. El mío es uno de esos casos en que la lectura ha condicionado la existencia.

Según esclarecí en una biografía prestigiada, Faulkner descubrió en sus propias carnes que el lugar de trabajo ideal de los escritores era, precisamente, el prostíbulo. Se refería, naturalmente, a aquellos que se vieran obligados a ganarse el sustento con actividades extraliterarias, cosa bastante común aun en nuestros tiempos, sobre todo si desdeñas la novela histórica. Lo fue en los del creador norteamericano que, en su juventud, cuando ya sentía la comezón de contar historias, se empleó en una casa de lenocinio del sur de los Estados Unidos, cuyo ambiente nos resulta familiar por las rememoraciones cinematográficas de época. Referente de muchos aspirantes a serlo del mundo entero, aquello no era una boutade de genio o exabrupto de tímido (Faulkner lo era, eso es muy conocido), pues lo razonaba con elegancia.

En su lucha por la gloria e incapaz de vivir todavía de sus textos, al aspirante a escritor no le faltaría cama y comida con sus consejos. En

el prostíbulo oficiaría de barman o chulo o de barman y de chulo. Con las propinas podría resolver vicios menores, toda vez que los mayores correrían a cuenta de la casa (como hacen las compañías de aviación comercial con los desplazamientos aéreos de sus empleados). Pero, además, y he ahí lo verdaderamente importante, el creador encontraría allí el mejor ambiente para desarrollar su talento: Por la noche, una enorme riqueza de personajes y de situaciones; por el día, una tranquilidad sin límites, como quizá no se da ya en ninguna otra edificación levantada por la mano del hombre.

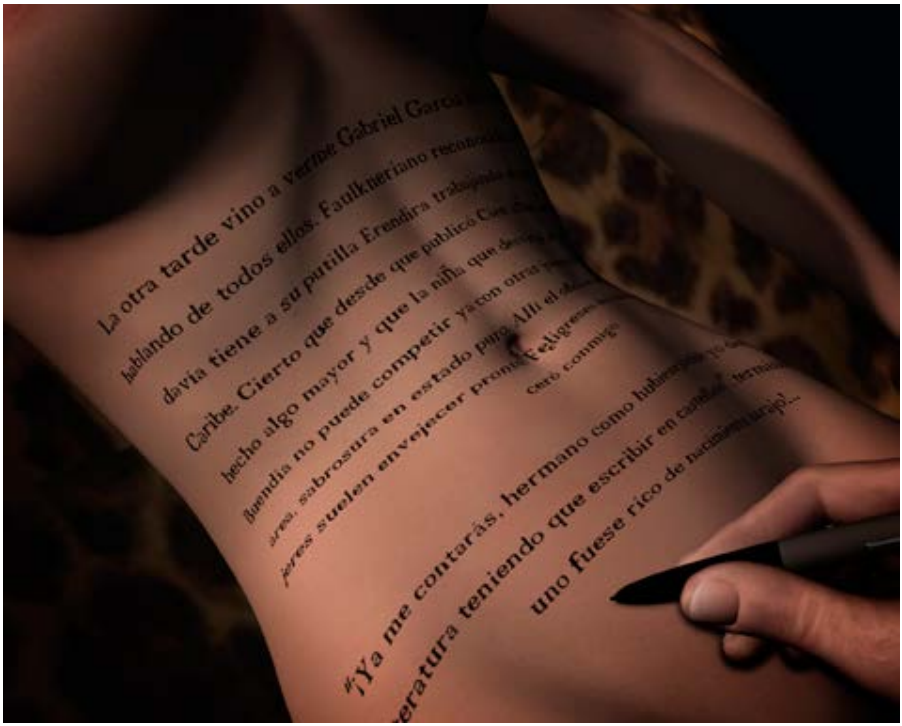
"Verá, profesora", dije tras su insultante intervención con el tono de suficiencia que hay que emplear en estas cosas. "Ya el maestro Faulkner dejó dicho que el mejor lugar de trabajo para el escritor es el prostíbulo".
La vi respirar aliviada y que su relajo crecía con mi explicación. Me imaginó por un momento zafio y me recuperaba culto y exquisito, como siempre creyó que era. Contaba en esa clase de persona subyugada por el Aristóteles dixit.

Sí, la cosa no quedó mal. Ante determinados auditorios uno puede decir lo que se le antoje a condición de que se esconda tras las espaldas de un personaje importante o que los escuchadores crean que lo es. Por supuesto, mis condiscípulos aceptaron la cita sin rechistar. Aunque con modestia, he sugerido ya mis cualidades. Para entonces resulta verosímil que no supieran ni el nombre del escritor norteamericano, pero el temor a reconocer ciertas cosas suele esconderse en un silencio reverencial. Siempre pensé que no llegarían más que a fotógrafos de prensa rosa o a políticos, los pobrecitos.

Afirmar que en ese preciso instante se separaron nuestros caminos puede resultar superfluo. Los otros perseguían senderos fáciles y yo buscaba putas, a cuyo lado ejercería la vocación que me atormentaba. Quería ser escritor y pondría los medios, aunque de hecho no me apliqué a la tarea hasta pasados unos meses. Supongo que, entre tanto, tenía que sufrir ese proceso de maduración del que hablan los psicólogos. Sí, sería eso.

La madurez me llegó durante el mismo curso académico una tarde de primavera. La noté como deben notarla los melocotones o las peras a punto de caer del árbol. Yo, para entonces, seguía amarrado a las tetas de la profesora, como la fruta al frutal. Desde luego, la experiencia no guardaba relación con el dictado de Faulkner y, por más que ella insistía en que quería ser mi puta, los únicos beneficios tangibles que sacaba de ella, aparte de los formativos, eran los dos grandes tazones de leche que merendaba cada tarde. Además, mamá empezaba a

valorar con suspicacia



aquel seminario inacabable y papá no paraba de preguntarme por la fecha de publicación de mi primer libro.

Al lado de la profesora, parecía abocado a promover una fábrica de potitos. Por eso, cuando le dije que ya no era un crío y que había llegado el momento de que pusiéramos pie en tierra, lo aceptó sin la menor protesta. Quizá lo único que le molestó fue que la metáfora aludiese precisamente al miembro donde estaba su talón de Aquiles. Siempre fue muy susceptible y me dijo que lo menos que podía esperar de mi en aquellos momentos era un comportamiento elegante. Para compensar el descuido, le aseguré que no volvería a tomar una gota de leche sin revivir las deliciosas experiencias que viviéramos en común. Aprovechando que era el día de San Jordi, me regaló un libro y una flor. El libro era La Busca de Pío Baroja; la flor, una rosa blanca que retuvo unos instantes en su pecho antes de entregármela. Al acabar el año académico, pidió la baja en el colegio y se retiró a Badalona, su tierra natal, desde donde sigue con atención mi carrera literaria.

El olor corporal de la profesora persiste al cabo de los años en la rosa disecada por las páginas de la novela del autor vasco. La Busca fue

también un presente para agradecer, una de esas obras importantes de las que no he podido desprenderme jamás. En la pista de sus héroes y en el rastreo concienzudo de la geografía que los ampara, eché pie a tierra en la persecución de los ideales que me preocupaban. Paseándola, una noche fui a tropezar contra los muros traseros de la Iglesia de San Francisco de Madrid, primer prostíbulo itinerante que vi en mi vida. Alianza tradicional en España, el pecado confluía allí con la santidad en hermosa naturalidad. Aquello era un circo ambulante que levantaba regularmente su carpa bajo el amparo del anochecer. Yo me asomaba a la representación avanzada de la primavera y, la luz que llegaba de las viviendas cercanas, las ascuas de los cigarrillos de los clientes y la luna la dejaban en un sugerente claroscuro.

En el disimulaban sus defectos las trapecistas tras la larga gira de sus vidas. La que yo negocié pudiera haber sido incluso la misma que se tiró don Pío para ambientar su historia. Cogí una gonorrea mucho más persistente que la que le afectaría a él, para algo era médico también. Y, sin embargo, esa misma noche, cuando la función estuvo cumplida, fui detrás de la dama y le dije de sopetón:

“Quiero ser tu chulo o tu barman. O tu chulo y tu barman...”.

Se echó a reír, pero, cuando agregué que tenía vocación de escritor, le dio por pensar que la propuesta iba en serio y me preguntó:

“¿Puedes invitarme a una coca cola?”.

En un bar cercano pedí un trinaranjus de limón y mi invitada le agregó un chorrito de ginebra a su refresco. Así empezó nuestra relación. Desde entonces iba por las noches a buscarla al trabajo, después de haber pasado el día escribiendo en su casa. Ocasionalmente recibía allí clientes de estricta confianza, sobre todo un funcionario de segunda de cierto ministerio, que me miraba con recelo y que le había prometido matrimonio si alguna vez ganaba las oposiciones a funcionario de primera. Yo le daba consejos para que no se fiara de los hombres que ofrecen el oro y el moro y ella me daba parte de sus ganancias, sólo eso porque no quería abusar. Mientras fui escribiendo la primera de mis novelas, que se publicaría cinco años después, a mis veinte, con el título de Vivir en Venecia. Mis generosos padres, que no me negaron la segunda oportunidad cuando les aseguré que aquella mujer haría de mí un gran escritor, se sintieron orgullosos de su hijo. De sobra sabían que no había estado nunca en Venecia.

Puede que fuera un capricho del destino, pero el mismo día en que se distribuía mi novela, el funcionario de segunda aprobó las oposiciones

que le convertían en funcionario de primera y la mujer que en el pasado lustro me diera cobijo e inspiración se comprometió con él, pues nunca abdicó de su buen criterio. Siempre soñó con aprobar la oposición a mujer honrada y yo me alegré con su éxito porque le tenía ley, y los tres nos fuimos a tomar gambas a la plancha para celebrarlo. Para entonces, yo había establecido relaciones con otras compañeras suyas que, impresionadas por el grato desenlace de mi pupila, atribuyeron su fortuna a la buena estrella de serlo. El mundo del circo está lleno de supersticiosos. Con la imprescindible colaboración de tales meretrices, abrí un prostíbulo que materializaba en realidad mi viejo sueño y al que bauticé Absalón, Absalón, en homenaje a Faulkner y a mi antigua profesora. Los hombres empezaron a llegar por las noches como moscas, pero durante el día gocé de la paz precisa para tejer pacientemente mi obra literaria.

Desde entonces el negocio ha ido cada vez mejor. Nunca me han faltado en el bolsillo los euros necesarios para comprar folios, libros y ordenadores, cada vez más sofisticados. Todos los colegas escritores que invitó a casa se quedan asombrados al ver mi biblioteca y se mueren de envidia cuando contemplan mi última computadora, siempre con un procesador un número o dos más alto que el suyo. La riqueza argumental y de personaje que desarrollo en mis obras les deja perplejos. Y, si conocen a las mujeres que trabajan para mí, cada vez más bellas y atractivas, se corroen de celos, los pobrecitos, ellos que se ven obligados a dar cursos en universidades nacionales y extranjeras o a criar champiñón en las terrazas de sus apartamentos para subsistir. A los que más quiero, les hablo de Faulkner, pero suelen hacer ascos a esa idea suya que supe poner en práctica, porque no quieren comprometer una brillante eternidad, aunque se contenten con una mediocre existencia.

Una tarde vino a verme Gabriel García Márquez, que Dios le tenga en su gloria, y estuvimos hablando de todos ellos. Faulkneriano reconocido, me confesó que todavía tenía a su putilla Erendira trabajando de un lado a otro del Caribe. Cierto que desde que publicó Cien años de soledad se le había hecho algo mayor y que la niña que desvirgó al coronel Aureliano Buendía no podía competir ya con otras jovencísimas prostitutas del área, sabrosura en estado puro. Allí el oficio era muy duro y las mujeres solían envejecer pronto. Feligreses de lo mismo, Gabo se sinceró conmigo.

“¡Ya me contarás, hermano como hubiese podido yo dedicarme a la literatura teniendo que escribir en castellano!”, terminó... “¡Ni que uno fuese rico de nacimiento, carajo!..

Estatura

Hasta que lo hice con Alicia nunca conviví con una mujer de superior estatura a la mía. Cierto que yo era casi veinte años mayor, pero también es verdad que ella medía cerca de doce centímetros más. Mi 1’78 sin zapatos quedaba definitivamente ridículo ante la irrupción de las nuevas generaciones, y eso me llevó a entender que formaba parte de una población residual más dura de mollera, pero más blanda de musculatura. Nuestro amor era imposible. Así se lo dije una vez que llegó algo más tarde a casa que de costumbre porque su entrenador de baloncesto le pidió que ensayara un nuevo mate desde la posición del pívot. Para entonces, yo había conseguido embalar mis cosas con la colaboración de dos peruanos, sin permiso de residencia en España, y me aprestaba a iniciar la mudanza. Se llevó un disgusto tremendo, porque su amor, me dijo, era “sincero”.

Ya no volví a verla hasta tres años después cuando la sorprendí emocionado en la sección de oportunidades de unos grandes almacenes. Para entonces vivía con un hombre mayor que yo, aunque trece o catorce centímetros más bajo. Era una mujer feliz y lo nuestro ya no tenía remedio.

Lluvia

Llegó a casa empapada por la lluvia de la jornada y enseguida me quite la camisa para retirarle las gotas que resbalaban por su rostro y reducir la humedad de su pelo. Comprobé que tiritaba y, con mis pantalones, le tapé la tripita después de desvestirla, pues desde pequeño sabe uno que es mejor tenerla caliente para evitar los cortes de digestión, tan perjudiciales casi siempre. Como se puso a toser, me serví de mi ropa interior para fabricar cataplasmas, que dispuse convenientemente en su pecho, tras ponerla unos minutos en el radiador de la calefacción. Mejoró mucho e hicimos el amor, pero, apenas satisfechos sus deseos, se dio cuenta de que se había equivocado de apartamento. Salió del mío sin despedirse, pues en el piso de abajo esperaban su marido y sus hijos y no quería que se inquietaran.

Despedida

Sabes de sobra, amor, que he cumplido con creces mi parte del acuerdo. Que van para diez años de nuestro matrimonio y me acuesto a tus pies cuando llega el invierno. Así cuentas que hacía aquel perro faldero que tuviste de niña y llamas por su nombre aún, cuando oscurece, y me acercó hasta ti. Sabes que permanezco en vela cada noche de estío para soplar atento las partes de tu cuerpo que rompen a sudar, pues rechazas los aires que no son naturales. Sabes que no me canso, amor, de llevarte el café cada día a la cama, de preparar tus baños con las gotas precisas de lavanda y espliego ni de hacerte la cena: berenjenas al horno o merluza rellena, todo lo que apetezcas... Sabes muy bien, amor, que nunca le hice ascos a nada de lo tuyo: te limpie los oídos con palillos de sándalo y el sexo, aunque vinieras de entregárselo a otro.

Pero lo que hoy me escuece, me duele, lo confieso... Habíamos comido paella de mariscos y quedamos traspuestos frente al televisor, como nos pasa siempre en los días festivos. Y, cuando despertamos, llovía sin parar.

“Qué tarde tan hermosa”, dijiste , “para beber oporto, masticar chocolate, escuchar a Sibelius y leer un buen libro...”.

Encendí el tocadiscos, te rebosé la copa y serví los bombones... Después dudé un buen rato, como podrás creer, que en todos estos años jamás hice el intento para no importunarte. Aunque entonces me dije que ese era el momento, la mejor ocasión.

Sin pensarlo más tiempo, busque entre mis papeles y te traje este libro que te tendí excitado.

El oporto, la lluvia, los bombones, Sibelius... Pero tú te reíste. Y, sin hacer aprecio de mi último regalo, fuiste a la biblioteca y cogiste esas Obras Completas de Francisco Quevedo que lees cada día en todos estos años, como si yo no existiera o fuese aviador.

Perdóname, mi amor, no pude resistirlo. Sin pensarlo dos veces, te eché la mano al cuello y apreté sin cesar...

Yo he cumplido con creces la parte de mi acuerdo, más todo lo que hice me lo vas a pagar: Uno a uno, sin pausa, te leeré mis cuentos. Recuerda que estás muerta, no podrás escapar... Y si alguno te gusta, te provoca una lágrima o, quizá, una sonrisa, no dejes de mostrármelo, de hacérmelo saber.

Atenta a lo que digo:

“… Érase que se era DE NOSOTROS LOS HOMBRES”…